

**LA MUJER QUE SE FUE A CABALLO
EL HOMBRE QUE MURIÓ**



D.H. LAWRENCE

LA MUJER QUE SE FUE
A CABALLO
y
EL HOMBRE QUE MURIÓ



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1110-3

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138

11.200 - Montevideo, Uruguay.

www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2019

La mujer que se fue a caballo

I

Había pensado que ese casamiento, entre todos los casamientos, sería una aventura. No es que el hombre en sí mismo tuviera nada de mágico. Un hombrecito, seco, retorcido, veinte años mayor que ella, con ojos oscuros y pelo grisáceo, que había llegado a América siendo un muchachuelo, una escoria, desde Holanda. Expulsado a México de las minas de oro del oeste, ahora era más o menos rico, pues poseía minas de plata en los desiertos de la Sierra Madre. Era evidente que la aventura estaba más bien en las circunstancias que en su persona. Pero era todavía un dínamo de energía no obstante los accidentes a que había sobrevivido; y lo que había hecho, lo había hecho él solo. Una de esas rarezas humanas, que no se pueden clasificar.

Cuando ella vio a lo que él había llegado, se le cayó el alma a los pies. Altos y verdes montes, ininterrumpidos, y, en medio de esa soledad sin vida, agudos montículos rosados de barro seco, sacado de las minas de plata. Y en la desnudez de la tierra explotada, la casa baja con paredes de adobe, oculta entre muros, con su jardín interior y sus corredores hondos tapizados de enredaderas. Y desde ese patio íntimo y florido solo se veía el enorme cono rosado del fango inútil de la mina, y las máquinas extractoras que se destacaban sobre el cielo. Y nada más.

Es cierto que las grandes puertas de madera se abrían con frecuencia. Y entonces podía contemplar el ancho mundo que se extendía ante ella y ver altas colinas desiertas, vestidas de árboles, amontonadas una tras otra, de la nada hacia la nada. Eran verdes en otoño. El resto era rosado, rígido y abstracto.

Y en un Ford abollado, su marido quiso llevarla a la pequeña ciudad española muerta, tres veces muerta, olvidada entre las montañas. La gran iglesia muerta, reseca por el sol, los muertos portales, el mercado cubierto, desolado, donde al llegar por primera vez vio un perro muerto, entre los puestos de carne y los colgajos de legumbres, estirado como para una eternidad, sin que nadie pensara sacarlo de allí. Muerte entre muerte.

Todo el mundo hablaba de plata, y se mostraban unos a otros pedazos de metal. Pero la plata ya no se vendía. Vino la gran guerra y se acabó. El comercio de plata estaba muerto. Las minas de su marido estaban cerradas. Pero ella y él vivían en una casa de adobe, al pie de las minas, entre las flores que nunca le parecían bastante floridas.

Tenía dos hijos, un varón y una mujer. Y el mayor, el varón, tenía casi diez años cuando ella empezó a darse cuenta del atontamiento de su extraña sujeción. Tenía treinta y tres años y unos grandes ojos azules, era una mujer deslumbradora, que empezaba a engordar. Su marido, el hombrecito tieso, seco, retorcido, de ojos oscuros, tenía cincuenta y tres, hombre tan duro como el acero, tan tenaz como el acero, aún lleno de energía, pero abrumado por la crisis de la plata en el mercado y por cierta curiosa inaccesibilidad de su mujer.

Era hombre de principios y un buen marido. A su modo tenía pasión por ella, y vivía deslumbrado de admiración. Pero en el fondo, era aún un solterón. Cuando a los diez años hubo de afrontar la vida, ya era un solterón. Se casó con más de cuarenta, teniendo bastante dinero para casarse. Pero su capital era el de un solterón. Era el amo de sus propias obras, y el casamiento era el último bocado y la más íntima de sus propias obras.

Tenía por su mujer una admiración sin límites, admiraba su cuerpo, sus cualidades. Y para él seguía siendo la deslumbradora californiana de Berkeley que vio por primera vez. Como un jeque, la tenía encerrada entre esas montañas de Chihuahua. Estaba tan celoso de ella como de su mina de plata: y esto es mucho decir.

A los treinta y tres años, ella seguía siendo la muchacha de Berkeley; solamente su cuerpo ya no era el mismo. El desarrollo consciente de su espíritu se había detenido misteriosamente y por completo el día de su casamiento. Nunca había sentido realmente a su marido, ni en lo mental ni en lo físico. A pesar de su pasión tardía, no representaba nada para ella, físicamente. Solo moralmente la guiaba, la tiranizaba, la retenía en una esclavitud invencible.

Así pasaban los años en la casa de adobe que encuadraba el patio soleado, a los pies de la mina de plata. Su marido no paraba. Cuando el negocio de la plata se acabó, estableció unas veinte millas más abajo un rancho para criar cerdos. Era un pobre diablo idealista, y realmente odiaba el lado material de la vida. Le gustaba trabajar, trabajar, trabajar y hacer cosas. Su casamiento, sus hijos, era algo que él creaba, parte de su negocio, pero esta vez con un beneficio sentimental.

Gradualmente, los nervios de su mujer se crisparon: tenía que salir. Tenía que marcharse. Entonces él la llevó a El Paso por tres meses. Al menos, allí eran los Estados Unidos.

Pero conservó su hechizo sobre ella. Los tres meses se cumplieron, volvió, reanudó la antigua vida, en su casa de adobe, siempre igual, entre aquellas eternas colinas verdes y de un rosa oscuro, vacía como solo está vacío lo no descubierto. Enseñaba a sus hijos, vigilaba a los muchachos mexicanos que eran sus sirvientes. A veces, su marido traía visitas, españoles o mexicanos, algunos blancos ocasionalmente.

A él le gustaba recibir hombres de raza blanca en su casa. Aunque entonces no tenía ni un momento de tranquilidad. Como si su mujer fuera una veta secreta de metal en sus minas que nadie más que él debía conocer. Y ella estaba encantada con los jóvenes ingenieros de minas que a veces eran sus huéspedes. A él también le encantaba encontrarse ante un caballero genuino. Pero él era un minero a la antigua que tenía una mujer; y si un caballero miraba a su mujer, sentía como si su mina hubiera sido violada y atisbados sus secretos.

Fue uno de esos jóvenes quien puso la idea en la cabeza de la mujer. Estaban todos fuera, ante la gran puerta de madera del patio, mirando el mundo exterior. Las eternas colinas inmóviles estaban todas verdes; era setiembre, después de las lluvias. No se veía nada, salvo la mina abandonada, las obras abandonadas y un grupo de casas, casi todas vacías.

—Pienso —dijo el joven— qué habrá detrás de esas grandes y tristes colinas.

—Otras colinas —dijo Lederman—. Si uno va por allá, Sonora y la costa. Por acá, el desierto, por donde usted vino. Y por el otro lado, colinas y montañas.

—Sí, pero ¿quién vive en las colinas y las montañas? *Seguramente*, hay cosas maravillosas. No se parecen a nada terrestre: dan la impresión de ser la luna.

—Hay mucha caza, si a uno le gusta cazar. Y hay indios, pero falta saber si serán maravillosos.

—¿Salvajes?

—Bastante salvajes.

—Pero ¿bien dispuestos hacia los extranjeros?

—Depende. Algunos son salvajes y no dejan acercarse a nadie. Cuando ven un misionero, lo matan. Y cuando un misionero no puede entrar, nadie entra.

—¿Y qué dice el gobierno?

—¡Están tan lejos!; el gobierno los deja en paz. Son astutos; si prevén dificultades, mandan una delegación a Chihuahua con un mensaje formal de sumisión. Y el gobierno se da por satisfecho.

—¿Y viven como salvajes, con sus costumbres salvajes y su religión?

—Sí, no usan más que flechas y arcos. Los he visto en el pueblo, en la plaza, con unos sombreros rarísimos coronados de flores, y un arco en la mano, casi desnudos, con solo una especie de camisa, aunque haga frío, paseándose con sus piernas de salvaje desnudas.

—¿Pero no cree que será maravilloso, allá en sus aldeas escondidas?

—No. ¿Qué maravilla puede haber? Los salvajes son salvajes, y todos los salvajes son iguales más o menos: vulgares y sucios, sin nociones de higiene, con unas cuantas mañas y picardías, luchando para saciar su hambre.

—Pero seguramente tienen una vieja, viejísima religión, y misterios; *debe* ser maravilloso, muy maravilloso.

—Yo no sé nada de misterios, prácticas paganas y ruidosas, más o menos indecentes. No, no veo nada de maravilloso en esas estupideces. Y me pregunto quién puede interesarse en eso habiendo vivido en Londres o en París o en Nueva York.

—¡Ah!, *todo el mundo* vive en Londres o en París o en Nueva York —dijo el joven, como si esto fuera un argumento decisivo.

Y ese vago entusiasmo por los indios desconocidos encontró eco en el corazón de la mujer. La invadió un romanticismo tonto, más ficticio que el de una niña. Sintió que era su destino vagar entre los refugios secretos de los indios, en la montaña, misteriosos, maravillosos, fuera del tiempo.

Guardó su secreto. El joven partiría, su marido le acompañaría hasta Torreón por negocios —estaría ausente unos días—. Pero antes de la partida le interrogó sobre los indios: sobre las tribus nómadas semejantes a los navajos, que vagan en libertad; sobre los yaquis de Sonora; sobre los distintos grupos, en los distintos valles del estado de Chihuahua.

Se suponía que una tribu, los chilchuis, habitantes de un valle alto en el sur, era la tribu sagrada entre todas las demás.

Los descendientes de Moctezuma y de los viejos reyes de Aztec o Totonac aún vivían entre ellos, y los viejos sacerdotes conservaban la antigua religión, y ofrecían sacrificios humanos—al menos, eso era lo que se contaba—. Algunos hombres de ciencia habían estado en el país de los chilchuis y habían vuelto flacos y exhaustos, con hambre tras amargas privaciones, trayendo algunos curiosos y bárbaros objetos de culto, pero sin haber visto nada extraordinario en la aldea de esos salvajes desnudos y hambrientos.

Aunque Lederman hablaba como de paso, era evidente que sentía cierta excitación ante la idea de aquellos salvajes antiguos y misteriosos.

—¿A qué distancia están? —preguntó ella.

—A tres días a caballo, después de Cuchitee y de un pequeño lago que está allá arriba.

Su marido y el joven partieron. La mujer hizo locos planes. Poco antes, para romper la monotonía de su vida, había obtenido de su marido que a veces la dejara montar a caballo y salir con él. No le permitía salir sola. El país no era seguro; primitivo y sin ley.

Pero tenía su caballo, y soñaba con ser libre, como cuando era niña, entre las colinas de California.

Su hija de nueve años estaba en un minúsculo convento, en la pequeña y semidesierta ciudad española, distante unas cinco millas.

—Manuel —dijo la mujer a su sirviente—: Voy hasta el convento a ver a Margarita y llevarle unas cosas. Tal vez pase la noche en el convento. Cuide a Freddy y vea que todo esté en orden hasta que yo vuelva.

—¿La acompañaré yo o irá Juan en el caballo del amo? —preguntó el sirviente.

—Ninguno de los dos. Iré sola.

El muchacho la miró como protestando. ¡Era absolutamente imposible que una mujer anduviera sola!

—Iré sola —repitió la gorda y plácida rubia, con especial tono imperativo. Y el hombre, silencioso, cedió a su pesar.

—¿Por qué vas sola, mamá —le preguntó su hijo mientras ella preparaba paquetes de comida.

—¿No podré estar *nunca* sola? ¿Ni por una vez en la vida? —gritó, en una súbita explosión de energía.

Y el niño, como el sirviente, guardó silencio.

Se fue sin un desfallecimiento, montada en su fuerte rosillo, vestida con un traje de montar de hilo grueso, con amazona sobre los bombachos de hilo, una corbata roja sobre la blusa blanca y un sombrero de fieltro negro en la cabeza. Llevaba

provisiones en las alforjas de su silla de montar, una cantimplora con agua y una gran manta india en el arzón de la silla. Escudriñando la distancia, partió de su casa. Manuel y su hijo se quedaron en el portón, mirándola alejarse. Ni siquiera se volvió para decirles adiós.

Pero cuando hubo andado cerca de una milla, dejó el camino real y tomó por una pequeña senda a la derecha, que llevaba a otro valle, sobre lugares empinados, y dejó atrás grandes árboles, y atravesó otro campamento minero, ahora desierto. Era setiembre, el agua corría libremente en el pequeño arroyo que había abastecido la mina abandonada. Se apeó a beber, y dejó que el caballo bebiera también. Vio venir a unos indios a través de los árboles, lejos, colina arriba. La habían visto y la miraban atentamente. Ella los miraba a su vez. Eran tres: dos mujeres y un muchacho; dieron una vuelta, para no acercarse demasiado. A ella no le importaba. Montó, adentrándose en el valle silencioso, más allá de las minas de plata, más allá de los vestigios de minas. Había todavía una huella tosca, que conducía a unas rocas y unas piedras sueltas más allá del valle. Ya había andado por esa huella con su marido. Después, sabía que debía dirigirse hacia el sur.

Era curioso, pero no tenía miedo, aunque era un lugar para tener miedo, con su silencio, sus senderos montañosos de aspecto siniestro, sus nativos distantes, sospechosos y elusivos entre los árboles, sus enormes aves rapaces revoloteando, como grandes moscas, a lo lejos, sobre las carroñas o sobre algún rancho o grupo de cabañas.

A medida que subía, los árboles se encogían y la huella atravesaba matas espinosas, donde trepaban campanillas azules y alguna enredadera rosada. Luego, desaparecieron las flores. Se acercaba a los pinos.

Llegó a la cima, y ante ella se extendía otro valle silencioso, vacío, vestido de verde. Era más de mediodía. Su caballo dobló hacia un hilo de agua, y ella bajó para almorzar. Se sentó en silencio, mirando el valle inmóvil y sin vida, las colinas puntiagudas, las rocas cada vez más altas y los pinos hacia el

sur. Descansó un par de horas en el calor del día, mientras su caballo pastaba cerca de ella.

Curioso; no tenía miedo ni se sentía sola. Al contrario, la soledad era como un vaso de agua fresca para el sediento. Y una extraña exaltación interior la sostenía.

Siguió su camino y acampó a la noche en un valle junto a un arroyo, hundido entre arbustos. Había visto ganado y había cruzado varias huellas. Debía de haber algún rancho por ahí cerca. Oyó el extraño rugido de un puma y un ladrido de perros respondiéndole. Pero estaba sentada al lado de su fogata en un hueco escondido y no sentía miedo realmente. La sostenía siempre la extraña exaltación que bullía en su pecho.

Hizo mucho frío antes del alba. Estaba acostada, envuelta en su manta, mirando las estrellas, escuchando el estremecimiento de su caballo, con la sensación de una mujer muerta y que ha franqueado el más allá. No estaba segura de haber oído en la noche un gran estruendo dentro de sí, que era el estruendo de su propia muerte. O bien era un estruendo en el interior de la tierra, que presagiaba algo grande y misterioso.

Al despuntar el día se levantó, aterida de frío, e hizo fuego. Comió de prisa, dio a su caballo unos pedazos de torta de semillas, y echó a andar. Evitaba cualquier encuentro —y el no encontrar a nadie, demostraba que también a ella la evitaban—. Divisó, al fin, la aldea de Cuchitee, sombrío y triste amontonamiento de casas negras con techos rojizos al pie de otra mina silenciosa, hacía largo tiempo abandonada. Y más allá, el largo flanco de una montaña verde y clara, hasta dar con el verde áspero y oscuro de los pinos. Y, más allá de los pinos, trechos de roca pelada contra el cielo, rocas atravesadas y jaspeadas por largas fajas de nieve. En lo alto, la nieve había comenzado a caer. Y ahora, a medida que se acercaba, más o menos, a su destino, empezó a sentirse indecisa y descorazonada. Había pasado el pequeño lago entre álamos amarillentos de troncos blancos, suaves y redondos como los brazos blancos y redondos de una mujer. ¡Qué lugar delicioso! En California se hubiera extasiado. Aquí miró y vio que era delicioso, pero no

le importaba. Estaba rendida, ya llevaba dos noches al raso y temía la noche próxima. No sabía dónde iba ni a qué iba. Su cabalgadura avanzaba penosa y tristemente hacia la inmensa montaña empinada, por una huella pedregosa. Y si le hubiera quedado un resto de energía, habría vuelto a la aldea para ser protegida y devuelta a su marido.

Pero ya no tenía voluntad. Su caballo chapoteó atravesando un arroyito, y se adentró en un valle, bajo inmensos algodoneros amarillentos, a casi nueve mil pies sobre el nivel del mar; la altura y el cansancio le producían un vacío en la cabeza. Más allá de los algodoneros, solo veía por todas partes los flancos escarpados de las montañas que la encerraban empenachadas de álamos entrelazados, y, más arriba abetos y pinos esbeltos y puntiagudos. El caballo caminaba como un autómatas. Solo era posible trepar hacia adelante, en ese valle apretado, por esa huella estrecha.

De pronto el caballo dio un brinco; ante ella, envueltos en mantas oscuras, estaban tres hombres.

—¡Adiós! —llegó el saludo de una voz india, llena y breve.

—¡Adiós! —replicó su voz segura de americana.

—¿Dónde va? —le preguntaron, sosegadamente, en español.

Los hombres con sarapes oscuros se habían acercado a mirarla.

—Hacia adelante —respondió con frialdad en su español de duro acento sajón.

Para ella no eran más que nativos: rostros oscuros, hombres de recia contextura, con sarapes oscuros y sombreros de paja. Solo el cabello largo sobre los hombros los diferenciaba de los hombres que trabajaban para su marido. Notó esas largas cabelleras negras con cierta aprensión. Estos debían ser los salvajes que quería ver.

—¿De dónde viene? —le preguntó el mismo. Siempre hablaba él. Era joven, con vivos, grandes y brillantes ojos negros que la miraban de soslayo. Tenía un sedoso bigote negro en su rostro oscuro, una barba rala, algunos pelos desparramados en el mentón. Su largo pelo negro, lleno de vida, caía en libertad

sobre sus hombros. A pesar de lo oscuro de su piel, se notaba que no se había lavado en muchos días.

Sus dos compañeros se le parecían, pero eran de más edad, fuertes y silenciosos. Uno tenía un bigotito, pero no barba. El otro tenía las mejillas lisas y pelos negros diseminados que marcaban las líneas del mentón con la barba característica de los indios.

–Vengo de lejos –contestó ella, con tono evasivo y alegre.

Hubo un silencio.

–Pero, ¿dónde vive? –replicó el joven, con tranquila insistencia.

–En el norte –contestó con desenvoltura.

Otro silencio. El joven conversó en voz baja, en indio, con sus compañeros.

–¿Dónde quiere llegar subiendo por ahí? –preguntó de pronto, con tono de mando y desafío, señalando el sendero.

–Al país de los chilchuis –contestó la mujer lacónicamente.

El joven la miró. Sus ojos eran vivos, negros, inhumanos.

Él vio, en la plena luz de la tarde, la débil sonrisa de seguridad sobre el rostro fresco, ancho y tranquilo de la extranjera; las ojeras azuladas que el cansancio había puesto bajo sus grandes ojos azules; y en la mirada, que ella dirigía hacia él, una confianza medio infantil, medio arrogante, en su poder de mujer. Y también en los ojos un extraño éxtasis.

–¿Usted está casada? –le preguntó el indio.

–Sí, estoy casada –contestó complaciente.

–¿Tiene familia?

–Marido y dos hijos, un varón y una mujer.

El indio se volvió y tradujo la respuesta a sus compañeros en voz baja, en un lenguaje que hacía pensar en el correr del agua. Evidentemente, no sabían qué pensar.

–¿Dónde está su marido? –preguntó el joven.

–¡Quién sabe! –replicó ella negligentemente–. Se ausentó por una semana, a sus negocios.

Los ojos negros le miraban perspicaces. Ella, a pesar del cansancio, seguía sonriendo, orgullosa de su aventura, segura de su encanto femenino y del hechizo de la locura que se había apoderado de ella.

—¿Y qué se propone? —preguntó el indio.

—Quiero visitar a los chilchuis, ver sus casas y conocer sus dioses —replicó.

El joven se volvió, tradujo la respuesta rápidamente y hubo un silencio casi consternado. Los dos hombres graves la miraban soslayadamente de un modo extraño, bajo el ala de sus sombreros adornados de flores. Y dijeron algo al joven en voz baja.

Este parecía indeciso. Luego se volvió hacia ella.

—Bueno —dijo—, vamos. Pero no podemos llegar hasta mañana. Tendremos que acampar esta noche.

—¡Bueno! —dijo ella—. Estoy dispuesta.

Y sin más preámbulos partieron a buen paso por el sendero pedregoso. El joven andaba a su lado, los otros dos venían detrás. Uno de ellos se había armado con una gruesa vara, y de tiempo en tiempo daba un golpe en el anca del caballo de la mujer para que apresurara el paso. Con esto saltaba el animal y la echaba para atrás en la silla, lo que, cansada como estaba, la hizo enfadarse.

—¡No haga eso! —le dijo al hombre, mirándolo furiosa. Encontró sus negros ojos, grandes y brillantes y, por primera vez, su espíritu desfalleció. Los ojos del hombre no eran humanos y no la veían como una hermosa mujer blanca. La miraban con una mirada negra, brillante, inhumana, y no parecían ver a una mujer, sino a algo extraño e inexplicable, a una *cosa* incomprendible y hostil. Se enderezó en la silla, asombrada, de nuevo con la sensación de estar muerta. Y, otra vez, el hombre golpeó el caballo que la sacudía con fuerza en la silla.

Toda la ira apasionada de la mujer blanca, consentida y mirada, estalló. Detuvo la cabalgadura y se volvió, con los ojos chispeantes, hacia el hombre vecino a sus riendas.

—Diga a ese hombre que no vuelva a tocar mi caballo
—gritó.

Encontró la mirada del joven, y en su oscura y brillante inescrutabilidad vio una chispa de burla como en la mirada de las serpientes. Habló a su compañero en voz baja como acostumbran los indios. El hombre del palo escuchó sin mirar. Luego, dando un extraño alarido, volvió a golpear el anca del animal con tal fuerza que este saltó como en un espasmo, dispersando las piedras del sendero y sacudiendo sobre el lomo a la mujer rendida.

Una rabia loca asomó a sus ojos y se puso mortalmente pálida. Tiró de las riendas con furia. Pero antes de que pudiera volverse, el indio joven agarró las riendas bajo el pescuezo del caballo y las tiró bruscamente hacia adelante, arrastrando consigo al animal.

La mujer se sintió impotente. A su cólera se mezcló un ligero estremecimiento de alegría. Sabía que estaba muerta.

Se ponía el sol, una gran luz amarilla inundaba los últimos álamos y ardía en los troncos de los pinos, cuyas agujas se destacaban sobre el cielo con un brillo sombrío; las rocas tenían un fulgor extraterreno, y en este deslumbramiento, el indio, a la cabeza del caballo, corría sin dar muestras de cansancio; su manta oscura se balanceaba; sus piernas desnudas tomaban con esa luz fuerte un raro tinte rojo que las transfiguraba, y su sombrero de paja, con un adorno absurdo de flores y plumas, brillaba chillón sobre el gran río de sus cabellos negros. A veces decía algo en voz baja al caballo, y entonces el otro indio le daba al animal con su palo. La luz milagrosa palidecía sobre los montes, el mundo se ponía oscuro, soplaban un aire frío. En el cielo una media luna luchaba con la llamarada del poniente. Pesadas sombras descendían por las laderas escarpadas y rocosas. Corría el agua. La mujer solo tenía conciencia de su cansancio, un cansancio indecible, y del viento frío que venía de las alturas. No se daba cuenta de cómo el claro de luna había reemplazado a la luz del día. El cambio se había operado mientras cabalgaba extenuada de cansancio.

Durante algunas horas anduvieron bajo la luz de la luna. Se detuvieron bruscamente. Los hombres hablaron un momento en voz baja.

—Acamparemos aquí —dijo el joven.

Ella esperó que él la ayudase a desmontar, pero se limitó a tener las riendas. Estaba tan rendida que, al bajar, estuvo a punto de caerse.

Habían elegido un sitio, al pie de los peñascos, que guardaba todavía un poco del calor solar. Uno de los hombres cortó ramas de pino; otro levantó, a modo de abrigo, pequeñas empalizadas con las ramas y extendió ramitas de pino oloroso para servir de cama. El tercero encendió una fogata para calentar las tortillas. Se movieron en silencio.

La mujer bebió agua. No quiso comer, solo deseaba acostarse y descansar.

—¿Dónde dormiré? —preguntó.

El joven señaló uno de los abrigos. Entró y se acostó inerte. No le importaba lo que pudiera sucederle; estaba cansada, desligada de todo. A través de las ramas veía a los tres hombres sentados en cuclillas alrededor del fuego, comiendo las tortillas, que levantaban de las cenizas con sus dedos morenos, y bebiendo agua de una calabaza. Hablaban en voz baja, en un murmullo, con largos intervalos de silencio. Su silla y sus alforjas estaban no lejos del fuego, sin abrir, intactas. Los hombres no se interesaban por ella ni por lo que le pertenecía. Agazapados, con los sombreros puestos, comían; comían mecánicamente, como animales; el sarape oscuro con flecos, se arrastraba; las fuertes piernas desnudas estaban encogidas como las de un animal, mostrando una camisa blanca, sucia y una especie de faja que eran sus únicas ropas. Y no mostraban más interés por ella que por un trozo de venado que hubieran traído de la caza y que estuviera colgado al abrigo.

Al rato, apagaron el fuego con cuidado y entraron en sus refugios. Mirando a través de la empalizada, tuvo ella un estremecimiento de miedo y ansiedad, viendo pasar las sombras oscuras a la luz de la luna. ¿Iban a atacarla?

¡Pero no! Parecían haberla olvidado. Habían maneado a su caballo; lo oía triscar con dificultad. Todo era silencio, silencio de montañas, frío, mortal. Dormía y se despertaba y se dormía en una semiinconsciencia, entumecida de frío y de cansancio.

Una larga, larga noche, helada y eterna: ella sabía que había muerto.

II

Sin embargo, cuando se notó una pequeña agitación en el campamento, un tintineo de pedernal y acero, y vio la forma de un hombre agazapado como un perro sobre un hueso ante un rojo crepitar de fuego, y se dio cuenta de que venía el día, pensó que la noche había pasado demasiado pronto.

Cuando estuvo encendido el fuego, salió de su abrigo con un solo deseo real: café. Los hombres calentaban sus tortillas.

—¿Podemos hacer café?—preguntó.

El joven la miró y le pareció ver en sus ojos la misma chispa de burla. Sacudió la cabeza.

—Nosotros no lo tomamos—contestó—. No hay tiempo.

Y los dos mayores, sentados en cuclillas, la miraron en la terrible palidez del alba, y ni siquiera había burla en sus ojos. Solo esa luz intensa, lejana, inhumana, que le parecía terrible.

Eran inaccesibles. No podían, en manera alguna, verla como una mujer. Como si ella *no fuera* una mujer. Como si su blancura le quitara toda su feminidad, y la redujese a una gigantesca hormiga blanca. Era todo lo que veían en ella.

Antes de la salida del sol estaba de nuevo sobre su cabalgadura, trepando el rápido declive, en el aire helado. Vino el sol y pronto tuvo muchísimo calor, expuesta como estaba a sus rayos en los espacios abiertos. Le parecía que subían hasta el techo del mundo. Más lejos, cerca del cielo, había cicatrices de nieve.

En el curso de la mañana llegaron a un lugar que el caballo no podía franquear. Descansaron un instante, frente a un gran declive de roca viva, lustroso como el pecho de un animal. Para transitar la roca debieron seguir una grieta en zigzag. Era un tormento andar a gatas, de grieta en grieta, a lo largo de la

oblicua superficie lisa de la roca; un tormento que le pareció de horas. Dos indios, uno delante y otro detrás, caminaban lentamente, erguidos, calzados con sandalias de cuero trenzado. Pero ella, con sus botas de montar, no se atrevía a enderezarse.

Todo el tiempo se preguntaba por qué persistía en suspenderse y agarrarse a esa roca de muchas millas de largo. ¿Por qué no se precipitaba al abismo para acabar? El mundo se extendía allá abajo.

Cuando llegaron, por fin, a un desfiladero pedregoso, la mujer se volvió y vio al tercer indio que llegaba trayendo a cuestas su montura y sus alforjas, todo colgado de una cuerda que envolvía su frente. Tenía el sombrero en la mano y andaba lentamente, con el paso lento, silencioso y pesado de los indios, sin tropezar en las hendiduras de la roca, como incrustado en una hendidura del escudo férreo de la montaña.

La senda rocosa descendía. Los indios empezaron a inquietarse. Uno se adelantó al trote corto, desapareciendo tras un recodo de piedras. La huella bajaba dando vueltas, hasta que al fin, en el fulgor pleno del sol de mediodía, divisaron un valle allá abajo, entre muros de roca, como un ancho abismo entre montañas. Un valle verde, con un río y árboles y grupos de casas chatas y brillantes. Todo era pequeño y nítido, a tres mil pies de profundidad. Hasta el puente sobre el río, y la plaza rodeada de casas, dos más altas en las dos extremidades de la plaza, y los altos algodoneros, los pastos y los espacios amarillos de los maizales secos, las manchas que los oscuros carneros o cabras formaban a lo lejos en las laderas, los recintos cercados a lo largo del río. Todo era pequeño y perfecto, con ese aspecto mágico que cobran los lugares vistos desde lo alto de una montaña. Era extraordinario ver las casas bajas, blanqueadas, resplandecer semejantes a cristales de sal, o trozos de plata. Eso la asustó.

Comenzaron el descenso por un largo camino intrincado en lo alto de la barranca, costeano el torrente que se precipitaba y caía. Al principio, eran puras rocas; luego empezaban los pinares y enseguida los álamos con ramas de plata. Había una

profusión de flores de otoño, grandes flores rosadas parecidas a las margaritas, y blancas y muchas amarillas. Pero estaba tan cansada que tuvo que detenerse a descansar. Y vio las flores deslumbrantes como vagas sombras pálidas, revoloteando, como las vería un muerto.

Al fin, la hierba y los pastizales en declive, entre los álamos y los pinos. Un pastor, desnudo al sol, con solo un sombrero y una faja de algodón, conducía sus carneros oscuros. Bajo un grupo de árboles se sentaron y esperaron, ella y el joven indio. El que llevaba la montura se había adelantado. Oyeron un ruido de pasos. Eran tres hombres, con hermosos sarapes, rojo y naranja y amarillo y negro, y con plumas brillantes en la cabeza. El de más edad llevaba sus cabellos grises tejidos con piel, y su sarape rojo y amarillo-naranja cubierto por curiosos signos negros, como una piel de leopardo. Los otros dos no tenían pelo gris, pero también eran de edad. Sus mantas eran rayadas, y sus peinados más sencillos.

El joven se dirigió a sus mayores en pocas y tranquilas palabras. Escucharon sin contestarle ni mirarle, ni tampoco a la mujer; las caras vueltas y los ojos fijos en el suelo. Al fin, levantaron la cabeza y observaron a la mujer.

El viejo jefe, o el brujo, o lo que fuera, tenía un rostro color de bronce oscuro, surcado de profundas arrugas, con unos pocos pelos grises alrededor de la boca. Dos largas trenzas de pelo gris, trenzadas con piel y plumas de colores, caían sobre sus hombros. Sin embargo, solo sus ojos llamaban la atención. Eran negros y extraordinariamente penetrantes, sin sombra de recelo en su poder demoníaco y audaz. Miró en los ojos a la mujer blanca, con una mirada larga y penetrante, sin que ella supiese lo que buscaba. Apeló a toda su energía para sostener esa mirada y se puso en guardia. Pero en vano. Él no la miraba como un ser humano mira a otro. Ni siquiera percibió su resistencia o su desafío, miraba más hondo, ella no sabía qué.

Comprendió que era imposible esperar ninguna relación humana con ese viejo.

Él se volvió y dijo algunas palabras al indio joven.

—Pregunta qué ha venido usted a buscar por aquí —interrogó el joven, en español.

—¿Yo? ¡Nada! He venido solo para ver cómo es esto.

La respuesta fue traducida y el viejo volvió a mirarla de nuevo. Luego tornó a hablar el joven en voz baja y murmurante.

—Dice: ¿Por qué ha abandonado usted su casa y los hombres blancos? ¿Quiere traer a los chilchuis el dios de los blancos?

—No —replicó ella temerariamente—. Yo misma he abandonado el dios de los blancos. Vengo a buscar el dios de los chilchuis.

Un profundo silencio siguió a la traducción de estas palabras. El viejo habló con voz baja y cansada:

—¿La mujer blanca busca los dioses de los chilchuis porque está cansada de su dios?

—Sí. Está cansada del dios de los blancos —replicó la mujer, y esa era la contestación deseada. Quería servir a los dioses de los chilchuis.

Advirtió un extraordinario estremecimiento de triunfo y de exultación en los indígenas, al oír la traducción, después de un silencio mortal. Luego, todos la miraron con sus negros ojos penetrantes, en los que chispeaba una codicia cruel e incomprensible.

Estaba tanto más intrigada porque no encontraba en esas miradas nada sensual ni sexual. Poseían una terrible pureza deslumbrante que ella no podía comprender. Tenía miedo, la habría paralizado el miedo de no haberse ya muerto algo en ella, dejándole solo un asombro frío y alerta.

Los viejos hablaron un momento y se fueron, dejándola con el joven y el viejo jefe. El anciano la miraba, ahora con cierto interés.

—Pregunta si está cansada —dijo el joven.

—Muy cansada —replicó ella.

—Los hombres van a traer una hamaca —dijo el joven.

Llegó el transporte; una especie de angarillas, compuestas por un rectángulo de lana oscura, suspendido de una barra que sostenían en sus hombros dos indios de cabellos largos. Echaron la hamaca a tierra, la mujer se sentó dentro y los dos hombres levantaron la barra en hombros. Sacudida, como si fuera en un saco, fue sacada del grupo de árboles, tras el viejo jefe, cuyo sarape, manchado como una piel de leopardo, se movía al sol extrañamente.

Se encontraban a la entrada del valle. Delante, se extendían los maizales con sus mazorcas maduras. El maíz no crecía muy alto en estas latitudes. El sendero aplanado corría en su mitad, y todo lo que ella podía ver era la figura erecta del jefe con su sarape negro y llama, que caminaba con paso rápido, silencioso y pesado, con la cabeza agachada, sin mirar a derecha ni a izquierda. Sus portadores le seguían, con paso rítmico, y una larga cabellera de un negro azulado corría como un río sobre la espalda desnuda del hombre que iba delante.

Pasaron el maizal y llegaron a un gran muro o terraplén, hecho de tierra y ladrillos de adobe. Las puertas de madera estaban abiertas. Al franquearlas, se encontraron en una red de jardincitos, llenos de flores, de legumbres y de árboles frutales; cada jardín era regado por una pequeña acequia. Entre cada grupo de árboles y flores había una casita de una blancura deslumbradora, sin ventanas y con la puerta cerrada. El lugar era una red de caminitos, de pequeños arroyos y puentecitos, entre jardines cuadrados y floridos.

Tomaron el sendero más ancho —estrecha, blanda huella entre hojas y hierba, huella aplanada por siglos de pisadas humanas, no desfiguradas por rueda alguna, ni por cascos de caballos—; llegaron a una pequeña corriente de agua viva y ligera, y cruzaron un puente de troncos de árbol. Todo era silencio; no había un ser humano. El camino seguía bajo algodoneros magníficos y de pronto desembocaba en la plaza central de la aldea.

Esta era un largo rectángulo de casas blancas y bajas, con azoteas; dos edificios más altos, formados por pequeñas chozas cuadradas, apiladas en lo alto de otras mayores, levantándose

en cada extremo del rectángulo, uno frente a otro, un poco desviados. Cada casita era de una blancura deslumbrante, a excepción de las grandes vigas redondas que sobrepasaban los techos y las azoteas. Rodeando cada uno de los edificios principales, en el exterior de la plaza, había un cercado, y en el interior un jardín con árboles y flores, y varias casitas.

No se veía un alma. Pasaron silenciosamente por entre las casas y llegaron a la plaza central. Era desnuda y árida; el suelo, aplanado por innumerables generaciones que la atravesaban de puerta en puerta. Todas las puertas de esas casas sin ventanas daban sobre la plaza vacía, y estaban cerradas. La leña para el fuego se hallaba cerca del umbral; un horno de barro humeaba aún, pero no había otra señal de vida.

El anciano atravesó la plaza hasta la gran casa al final, donde los dos pisos superiores, como en una casa de juguete, eran cada uno más pequeño que el inferior. Una escalera exterior de piedra conducía a la azotea del primero de ellos.

Al pie de esta escalera se detuvieron los conductores de la hamaca y depositaron a la mujer en el suelo.

—Suba— le dijo el joven que hablaba español.

Subieron la escalera de piedra y llegaron al techo de tierra que formaba una plataforma alrededor del segundo piso. Dieron toda la vuelta hasta la parte trasera del gran edificio y bajaron de nuevo al jardín.

No habían encontrado a nadie. Pero ahora, aparecieron dos hombres, con cabeza desnuda, con largas trenzas, con una especie de camisas blancas sujetas por una faja. Siguieron los tres últimos atravesando el jardín de flores rojas y amarillas, hasta una casa larga baja y blanca. Entraron sin llamar.

Dentro estaba oscuro. Se dejaba oír un sordo murmullo de voces masculinas. Había varios hombres, dibujábanse en la penumbra sus camisas blancas, invisibles los rostros oscuros. Estaban sentados sobre un grueso tronco, viejo y pulido, arriado a la pared. Salvo ese tronco, la habitación parecía vacía. Pero no: en un rincón, en la penumbra, había un diván, una especie de cama, y alguien estaba acostado, cubierto de pieles.

El indio viejo con el sarape coloreado, que había acompañado a la mujer, se quitó el sombrero, y también la manta y las sandalias. Las puso a un lado, se acercó al diván y habló en voz baja. Por algunos momentos no se oyó contestación alguna. Luego, un anciano de cabellos blancos como la nieve, que flotaban alrededor del rostro oscuro apenas visible, se irguió como una aparición, y apoyado en un codo miró vagamente a la asamblea, con un silencio grave.

El indio de cabellos grises habló de nuevo, y entonces el joven, tomando a la mujer de la mano, la hizo adelantarse. Con su traje de montar de tela gruesa, con sus botas negras, su sombrero, y los patéticos restos de su corbata roja, se quedó de pie, junto a la cama cubierta de pieles donde estaba el viejo, ¡tan viejo!, remoto como una aparición, apoyado en un codo, con el pelo blanco en desorden, el rostro casi negro, echado hacia adelante, para mirarla con una intensidad distante, que no era de este mundo.

Su rostro era tan viejo que parecía hecho de vidrio negro, y los pocos pelos blancos rizados que le crecían alrededor de los labios y en la barbilla eran inverosímiles. Los largos rizos blancos caían destrenzados y en desorden, encuadrando el vidrioso rostro oscuro. Y bajo el leve polvo de las cejas blancas los ojos negros del anciano jefe la miraban como de lejos, desde el reino lejano de la muerte, como si vieran algo que nadie más pudiera ver.

Al fin pronunció algunas profundas palabras, con voz cavernosa, que parecía dirigir al aire oscuro.

—¿Trae usted su corazón, al dios de los chilchuis? —tradujo el indio joven.

—Dígale que sí —respondió automáticamente.

Hubo una pausa. El anciano volvió a hablar como en el vacío. Uno de los hombres salió. Hubo un silencio como de eternidad, en la pieza oscura, solo alumbrada por la puerta abierta.

La mujer miró a su alrededor. Cuatro viejos de cabello gris estaban sentados en el tronco, frente a la puerta. Otros dos hombres, fuertes e impenetrables, estaban cerca de esa puerta. Tenían

cabellos largos y camisas blancas sujetas por una faja. Desnudas las robustas piernas oscuras. Hubo un silencio de eternidad.

Al fin volvió el hombre, con unas ropas blancas y oscuras en el brazo. El indio joven las tomó y, entregándoselas a la mujer, dijo:

–Tiene que quitarse sus ropas y ponerse estas.

–Que se retiren los hombres –contestó ella.

–Nadie le hará mal –dijo él con tranquila voz.

–No me desvestiré mientras haya hombres aquí.

Él miró a los dos hombres cerca de la puerta. Se acercaron con rapidez y, bruscamente, le asieron los brazos, sin hacerle mal, pero con fuerza. Luego, dos de los viejos se acercaron y, con rara habilidad, rasgaron con cuchillos sus botas de arriba abajo, se las quitaron e hicieron lo mismo con los vestidos, que cayeron a sus pies. En pocos instantes quedó desnudo su cuerpo blanco. El anciano del lecho habló, y la volvieron para que él la viera. Habló de nuevo, y el indio joven quitó con habilidad las horquillas y peinetas de su cabello rubio que cayó sobre la espalda en enmarañadas guedejas.

El anciano habló de nuevo. El indio la condujo junto al lecho. El anciano moreno de cabellos blancos mojó con saliva las puntas de sus dedos, y con gran delicadeza le tocó los pechos, el cuerpo, luego la espalda. Y cada vez que las yemas de los dedos se posaban en su piel, ella se estremecía como si la tocara la misma muerte.

Y se preguntaba, casi tristemente, por qué no se avergonzaba de su desnudez. Solo se sentía triste y desamparada. Nadie estaba avergonzado. Los viejos estaban sombríos, embargados por una profunda emoción incomprensible que paralizaba su agitación, mientras que el indio joven tenía en el rostro una rara mirada de éxtasis. Y ella estaba como extraña y fuera de sí misma, como si su cuerpo no le perteneciera.

Le dieron sus nuevas ropas: una larga camisa de algodón blanco, que le llegaba a las rodillas; después, una túnica de gruesa tela de lana azul, bordada con flores verdes y escarlatas. Se abrochaba solo en un hombro y la ajustaba un cinturón

de lana negro y rojo. Cuando estuvo así vestida, la llevaron, descalza, a una casita en el jardín cercado. El joven indio le dijo que pidiera lo que necesitara. Pidió agua para lavarse. Se la trajo en un cántaro, junto con un gran recipiente de madera. Luego cerró la puerta de la casa, dejándola prisionera. Por entre los barrotes de la puerta de su casa podía ver las flores rojas del jardín y un picaflores. De la azotea del gran edificio venía el son largo y pesado de un tambor, que le pareció sobrenatural; en la terraza superior de la casa se elevó una voz, que en una lengua extranjera, con un tono distante y sin emoción, pronunció un discurso o mensaje. Y ella escuchaba como desde el reino de la muerte.

Pero estaba muy cansada. Se echó en una cama de pieles, arrojó sobre ella la manta de lana oscura y se durmió olvidándose de todo.

Cuando se despertó, se acercaba la caída de la tarde, y el indio joven traía en una bandeja de mimbre unas tortillas y un cocido de maíz con trozos de carne, probablemente de oveja, y una bebida hecha de miel y ciruelas frescas. También le traía una larga guirnalda de flores rojas y amarillas, con racimos de pimpollos azules. La roció con agua de un cántaro, y se la ofreció con una sonrisa. Tenía un aire dulce y pensativo, y su rostro y sus ojos oscuros reflejaban una expresión de éxtasis y de triunfo, que la asustaba un poco. El brillo había desaparecido de los negros ojos, con oscuras pestañas curvas, y la miraba con ese extraño y suave fulgor de éxtasis que no era del todo humano, terriblemente impersonal, produciéndole un malestar.

—¿Necesita algo? —le dijo en su voz baja, lenta, melodiosa, que parecía contenida, como si hablara a otra persona, o como si no quisiera que llegara hasta ella.

—¿Me tendrán aquí, prisionera? —le preguntó.

—No; mañana podrá pasear por el jardín —le dijo dulcemente. Siempre aquella extraña solicitud.

—¿Le gusta esa bebida? —preguntó, ofreciéndole una tacita de barro—. Es muy refrescante.

Paladeó la bebida con curiosidad, a pequeños sorbos. Estaba compuesta de hierbas, endulzada con miel, y tenía un sabor raro y persistente. El joven la miraba satisfecho.

—Tiene un gusto especial —dijo ella.

—Es muy refrescante —repitió él, con sus ojos negros, fijos en ella, con su mirada extática y satisfecha.

Y se fue. La mujer empezó a descomponerse, tuvo vómitos violentos, que no podía dominar.

Luego sintió que la invadía una gran languidez sedante, sintió sus miembros más fuertes y libres, llenos de languidez, y se quedó extendida sobre el lecho, escuchando los ruidos de la aldea, mirando el cielo que se volvía amarillo, aspirando el perfume de ardientes maderas de cedro o de pino. Oía tan claramente el ladrido de los perrillos, el deslizarse de los pasos lejanos, el murmullo de las voces; percibía con tal agudeza el olor del humo, las flores, la caída de la tarde; veía brillar con tal nitidez la única estrella, infinitamente lejana, titilando por encima del sol poniente, que le pareció que sus sentidos se difundían por el aire y que podía distinguir el rumor que esparcían al abrirse las flores de la tarde y la cristalina vibración de los cielos, mientras que los vastos círculos de la atmósfera se deslizaban uno tras otro, como si la humedad que ascendía y descendía en el aire vibrara al modo de un arpa en el cosmos.

Estaba presa en la casa y en el jardín cercado, pero poco le importaba. Y pasaron los días sin darse cuenta de que no veía a ninguna mujer. Solo hombres; los ancianos de la casa grande que, imaginaba, sería una especie de templo, y aquellos sus sacerdotes. Pues siempre llevaban los mismos colores, rojo, naranja, amarillo y negro, y tenían la misma actitud grave y recogida.

Alguna vez venía uno de los ancianos y se sentaba a su lado, en un silencio absoluto. Nadie hablaba otro idioma que el nativo, salvo el indio más joven. Los ancianos le sonreían y la acompañaban por una hora; sonreían cuando hablaba español, y esta sonrisa lenta y benévola era su única respuesta. Parecían sentir por ella una solicitud casi paternal. Pero esos ojos som-

bríos, que la cobijaban, tenían en su fondo algo de terriblemente feroz e implacable. Lo disimulaban con una sonrisa cuando sentían que ella los miraba. Pero ella lo había visto.

La trataban siempre con esa curiosa solicitud impersonal, esa suavidad esencialmente impersonal con que un viejo trata a un niño. Pero debajo, ella sentía algo, algo terrible. Cuando su visitante silencioso, con sus maneras insidiosas y paternas, se iba, un estremecimiento de miedo la invadía; aunque no sabía qué temía.

El joven indio se sentaba y hablaba con ella libremente, con una gran sinceridad, al parecer. Pero él también callaba la verdad. Quizá no podía decirse. Sus grandes ojos oscuros, extasiados, se fijaban en ella casi con ternura, y su bella voz lánguida y lenta emitía un sencillo español agramatical.

Le contó que era nieto del indio más viejo, e hijo del hombre del sarape coloreado: eran caciques, reyes desde tiempos remotos, anteriores a la llegada de los españoles. Pero él había estado en México y también en Estados Unidos. Había sido obrero, construyó caminos en Los Ángeles. Había ido hasta Chicago.

—¿No habla usted el inglés? —le preguntó.

Sus ojos se fijaron en ella con una extraña mirada de duda y curiosidad, y en silencio sacudió la cabeza.

—¿Qué hizo de sus largos cabellos cuando estuvo en Estados Unidos? —preguntó—. ¿Se los cortó?

De nuevo sacudió la cabeza, con la misma mirada.

—No —dijo, con una voz baja y contenida—, usaba sombrero y un pañuelo envuelto a la cabeza.

Y volvió a quedar silencioso, como si lo asaltaran tristes recuerdos.

—¿Es usted el único de su pueblo que haya ido a Estados Unidos? —le preguntó.

—Sí, soy el único que ha estado fuera por mucho tiempo. Los otros vuelven pronto, a la semana. No viven fuera. Los ancianos no los dejan.

—¿Y por qué se fue?

—Los ancianos querían que fuera porque yo seré el cacique. Hablaba siempre con sencillez y con una especie de inocencia infantil. Pero ella sentía que eso era, tal vez, el efecto del español que empleaba. O quizá el idioma, para él, carecía de realidad. De todos modos, ella sentía que lo verdadero quedaba oculto.

Venía a verla con frecuencia —más de lo que ella deseara—, como si necesitase estar cerca de ella. Le preguntó si era casado. Le dijo que sí y que tenía dos hijos.

—Me gustaría verlos —dijo ella.

Pero solo contestó con una sonrisa, una dulce sonrisa casi de éxtasis, sin que los ojos oscuros dejaran apenas su abstracción enigmática.

Y cosa rara, podía estar sentado, por horas, a su lado sin que ella sintiera molestia alguna ni conciencia de sexualidad. Parecía asexual, tan tranquilo y suave y aparentemente sumiso, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante y el río de su brillante cabellera negra esparcida sobre los hombros como la de una niña.

Sin embargo, al volver a mirarle, veía sus poderosos y anchos hombros, sus negras cejas horizontales, las arqueadas, cortas y obstinadas pestañas negras sobre los ojos bajos, el pequeño bigote como una piel sobre sus pesados labios negruzcos y el enérgico mentón; y entonces comprendía que en algún otro aspecto misterioso poseía una virilidad fuerte y sombría. Y él, sintiéndose observado, la miraba a hurtadillas, con ojos sombríos y sagaces, que velaba súbitamente con una sonrisa medio triste.

Pasaban los días y las semanas, en un vago bienestar. A veces ella se inquietaba sintiendo que había perdido el poder sobre sí misma. Ya no tenía voluntad, estaba bajo el poder de otra voluntad. Y solía tener momentos de miedo y de terror. Pero los indios venían a sentarse a su lado, e insidiosamente la envolvían en su encanto con su presencia silenciosa, asexual, poderosamente física. Al sentarse a su lado parecían anular su voluntad, dejándola inerte y víctima de su propia indiferencia.

Y el joven le traía su bebida azucarada, con frecuencia el mismo emético, y otras distintas. Y cuando las había bebido, una languidez hacía pesados sus miembros, sus sentidos parecían flotar en el aire, oyendo, escuchando. Le habían traído una perrita a la que llamó Flora. Y una vez, en ese trance de sus sentidos, sintió, oyó a la perrita concebir, en su vientre minúsculo y volverse un ser múltiple, con sus pequeñuelos. Y otro día pudo oír el vasto son del girar de la tierra, como el zumbido de la cuerda de un enorme arco.

Pero los días se hacían más cortos y más fríos, y cuando tenía frío sentía un brusco revivir de su voluntad, y un deseo de salir afuera, de irse. E insistió con el joven, quería salir.

Un día le permitieron subir al último techo del gran edificio y mirar la plaza. Era el día del baile, pero no todos bailaban. Mujeres con sus niños en brazos miraban desde el umbral de sus puertas. Enfrente, en el extremo opuesto de la plaza, había una muchedumbre ante la gran casa, y un pequeño grupo brillante en la terraza del primer piso, frente a las puertas abiertas de par en par del piso superior. A través de las puertas abiertas veía un fuego que brillaba en la sombra, y sacerdotes con las cabezas adornadas de plumas negras, amarillas y escarlatas, cubiertos de mantas negras, rojas y amarillas, con flecos verdes, que se movían de un lado a otro. Se oía el redoble lento y regular de un tambor en el silencio profundo. Abajo, la multitud esperaba.

Entonces se oyó un fuerte redoble de tambor y, bruscamente, se elevó la voz grave y poderosa de los hombres cantando una pesada música salvaje, semejante al rugido del viento en un bosque secular; muchos hombres adultos cantaban al unísono como el viento; y largas filas de bailarines salieron de la gran casa. Hombres desnudos con cuerpos de bronce dorado y negros cabellos flotantes, con penachos de plumas rojas y amarillas en los brazos, y «kilts» de tela blanca rayada, con pesados bordados rojos, negros y verdes alrededor de la cintura; inclinados ligeramente hacia adelante, golpeaban el suelo con un absorto y monótono paso de baile; una piel de zorro, colgada

del hocico en los cinturones, se balanceaba sobre sus riñones, y el extremo de la cola oscilaba sobre los talones del bailarín. Y detrás de cada hombre, una mujer con un raro y complicado tocado de plumas y caracoles, vestida con una corta túnica negra, erguida, llevando en alto penachos de plumas en cada mano, balanceando rítmicamente las muñecas, golpeando sutilmente la tierra con sus pies desnudos.

Así, la larga fila de la danza se desplegaba fuera de la gran casa al frente. Y del piso bajo subía un extraño olor de incienso, un extraño silencio de muerte, luego viriles voces inhumanas respondían, y se desenvolvía la larga teoría de la danza.

Duró todo el día la insistencia del tambor, el rumor tormentoso del cavernoso, tumultuoso cantar de los hombres, el incesante balanceo de las pieles de zorro tras las robustas piernas de bronce dorado de los hombres que golpeaban el suelo; el sol de otoño que desde un cielo azul perfecto se volcaba sobre los ríos de las cabelleras negras de los hombres y de las mujeres; el valle silencioso, más allá el muro de rocas; la terrible mole de la montaña recortada contra el puro cielo, con su nieve incandescente de blancura infinita.

Durante horas y horas ella miró fascinada, como si hubiera bebido un narcótico. Y en toda la terrible persistencia del tambor y del primitivo y profundo canto, y del zapateo incesante de la danza de los hombres de colas de zorro, del paso de las mujeres en sus túnicas negras, erguidas como pájaros; en todo ello, creyó, al fin, sentir su propia muerte, su propia desaparición. Como si tuviera que ser borrada nuevamente del combate de la vida. En los extraños símbolos que se levantaban sobre las cabezas de las mujeres absortas e impasibles, creía leer una vez más el *Mane, Thecel, Phares*⁽¹⁾. Su feminidad intensamente individual y personal debía desaparecer, y los grandes símbolos primitivos debían elevarse una vez más sobre las ruinas de la independencia femenina. La agudeza y la nerviosidad estremecida de la mujer blanca mimada habían de destruirse, y la

(1) Pesado, contado, dividido. (Libro de Daniel, V. 25 a 28).

feminidad debía arrojarse en la gran corriente del sexo y de la pasión impersonales. Como una clarividente, veía el inmenso sacrificio preparado. Y volvió a su casita en un éxtasis angustiado.

Después de esto sentía siempre una angustia cuando oía, en la tarde, los tambores y la voz extraña y salvaje de los hombres que rodeaban el tambor, como seres aullando a los invisibles dioses de la luna y del sol desvanecido. Ese canto tenía algo del cloqueante y sollozante grito del coyote, del triunfal ladrar del zorro, de la alegría lejana y melancólica del aullido del lobo, del alarido atormentado del puma, y de la insistencia del macho de otras épocas, con sus breves ternuras y su perpetua ferocidad.

De vez en cuando, subía a la alta azotea, y escuchaba, a la caída de la noche, cantar durante horas al grupo sombrío de los jóvenes en torno al tambor. A veces encendían un fuego y, a su resplandor, los hombres con sus camisas blancas, o con una faja solamente, bailaban y golpeaban el suelo como espectros; durante horas, a la claridad del fuego y en el frío de la noche, bailaban y golpeaban con los pies como los pavos o se echaban acurrucados cerca del fuego, para descansar, envueltos en sus mantas.

—¿Por qué todos usan los mismos colores? —le preguntó al indio joven—. ¿Por qué todos llevan rojo y amarillo y negro sobre las camisas blancas y las mujeres tunicas negras?

Él la miró en los ojos, curiosamente, y una débil sonrisa evasiva se dibujó en su rostro. Una rara y dulce malignidad se escondía detrás de esa sonrisa.

—Porque nuestros hombres son el fuego y el día, y nuestras mujeres son los espacios de noche entre las estrellas.

—¿Las mujeres no son siquiera las estrellas?

—No. Decimos que son los espacios entre las estrellas, los espacios que separan las estrellas.

La miró con un aire singular y otra vez la chispa de burla brilló en sus ojos.

—Los blancos —dijo— no saben nada. Son como niños, siempre con sus juguetes. Nosotros conocemos el sol y conocemos la luna. Y decimos que cuando una mujer blanca se sacrifique a nuestros dioses, nuestros dioses empezarán a rehacer el mundo, y los dioses de los blancos caerán hechos polvo.

—Se sacrificará, ¿cómo? —preguntó ella, con viveza.

En seguida se recobró y disimuló su pensamiento con una sonrisa sutil.

—Es preciso que sacrifique sus dioses y venga a los nuestros; eso quise decir —replicó con gran tranquilidad.

Pero ella no estaba tranquila. Un golpe helado, hecho de terror y de certidumbre, le atravesó el corazón.

—El sol está vivo en un extremo del cielo —continuó—, y la luna vive en el otro. Y el hombre tiene que tener feliz al sol en su lado del cielo, y la mujer mantener quieta a la luna en su lado del cielo. Esa es siempre su tarea. Y el sol no puede ir a la morada de la luna y la luna no puede ir a la morada del sol, en el cielo. Así, la mujer pide a la luna que venga a su cueva, dentro de ella. Y el hombre atrae el sol, hasta tener él mismo el poder del sol. Esa es siempre su tarea. Entonces, cuando un hombre toma una mujer, el sol va a la caverna de la luna, y así es como todo empieza en el mundo.

Ella escuchaba con los ojos fijos en él, y le observaba como se observa a un enemigo que habla de un modo ambiguo.

—Entonces —le dijo—, ¿por qué los indios no son los amos de los blancos?

—Porque —explicó él— el indio se ha debilitado; ha perdido su poder sobre el sol y los blancos le han robado el sol. Pero no lo pueden guardar, no saben lo que hay que hacer. Lo tienen, pero no saben qué hacer con él, como un niño que caza un gran oso gris y no puede ni matarlo ni huir de él. El oso gris devora al niño que atrapa cuando quiere escapar a sus garras. Los hombres blancos no saben lo que deben hacer con el sol y las mujeres blancas no saben lo que deben hacer con la luna. La luna está enojada con las mujeres blancas, como un puma cuando alguien mata a sus crías. La luna muerde a las mujeres

blancas en las entrañas –y se oprimió el costado–. La luna está enojada en la caverna de una mujer blanca. El indio lo sabe..., y pronto –añadió– las mujeres indias volverán a alcanzar la luna y la guardarán quieta en sus casas. Y los indios volverán a alcanzar el sol y el poder sobre todo el mundo. Los blancos no saben lo que es el sol. No lo sabrán jamás.

Cayó en un silencio extraño y feliz.

–Pero –balbuceó ella–, ¿por qué nos odian? ¿Por qué me odia usted a mí?

Levantó los ojos de pronto, con el rostro iluminado por la llama de una sonrisa aterradora.

–No, nosotros no odiamos –protestó con dulzura y con un extraño fulgor en el rostro.

–Sí –dijo ella, desolada y ya sin esperanza.

Y después de un corto silencio, el hombre se levantó y se fue.

III

El invierno había llegado al altiplano, con nieve que se derretía al sol y noches glaciales. Ella vivía en una especie de modorra y sentía disminuir sus fuerzas más y más, como si su voluntad la abandonara. Sentía siempre el mismo relajamiento y la misma turbación, como una víctima a la hora del sacrificio, a menos que el brebaje de hierbas endulzado con miel no embotara del todo su mente, y devolviera la libertad a sus sentidos con una agudeza intensa y mística que le daba la sensación de entremezclarse deliciosamente en la armonía de las cosas. Ese fue, al fin, el único estado de conciencia que ella reconocía realmente; ese sentimiento exquisito de desangrarse y fundirse en la belleza y en la armonía de las cosas. Entonces oía a las grandes estrellas en el cielo, que divisaba a través de su puerta, hablar con su movimiento y su brillo, decir sus secretos al cosmos mientras que corrían en ondas perfectas, como campanitas en el firmamento, cruzándose y agrupándose en la danza eterna, separadas por espacios sombríos. Y oía, en los días fríos y nebulosos, los copos de nieve que gorjeaban y silbaban tímida-

mente en el cielo, como los pájaros que se juntan y levantan el vuelo en el otoño, despidiéndose de pronto de la luna invisible, escapándose por las capas de aire e irradiando un dulce calor. Ella misma gritaba a la nieve en suspenso que se dejara caer de las capas más altas del aire. Gritaba a la luna invisible que cesara en su encono, que hiciera las paces con el sol invisible como una mujer que olvida su enfado en su casa. Y sentía la dulzura de la luna ablandada por el sol en el cielo invernal, cuando la nieve caía en una suave y perfumada blandura, como si la paz del sol se volviera a mezclar al unísono con la paz de la luna.

Tenía conciencia de una especie de sombra que pesaba sobre los indios del valle, una profunda desolación estoica, casi religiosa en su profundidad.

—Hemos perdido nuestro poder sobre el sol y tratamos de recuperarlo. Pero está furioso con nosotros y receloso como un caballo desbocado. Tenemos que soportar muchos males.

Eso le decía el joven indio, mirándola en los ojos con torcida intención.

Y ella, embrujada, replicaba:

—Espero que lo recuperarán.

Una sonrisa de triunfo iluminaba la cara del indio.

—¿Lo espera? —decía él.

—Sí —respondía ella fatalmente.

—Entonces está bien, lo recuperaremos.

Y desaparecía entusiasmado.

Se sentía llevada, arrastrada a un desenlace que no tenía voluntad para evitar, pero que le parecía terrible y amenazador.

Diciembre parecía acercarse, porque los días eran cortos, cuando la condujeron, de nuevo, ante el anciano; fue despojada de sus ropas y los viejos dedos se posaron sobre su cuerpo.

El viejo cacique la miró bien de frente, con ojos de una solitaria, lejana y negra intensidad, y murmuró algunas palabras.

—Quiere que usted haga el signo de paz —tradujo el joven, mostrándole el gesto que debía hacer—. De paz y de adiós.

Ella estaba fascinada por los negros ojos, vidriosos y fijos del viejo cacique, que la miraban sin parpadear y la subyuga-

ban como ojos de basilisco. En su hondura veía una compasión paternal y también un ruego. Puso la mano delante de la cara, como le ordenaban, e hizo el signo de paz y de adiós. El viejo le respondió con el signo de la paz, y se desplomó sobre sus pieles. Pensó que el viejo iba a morir y que él lo sabía.

Siguió un día de ceremonias, en que fue traída ante el pueblo, envuelta en una manta azul con flecos blancos, sosteniendo plumas azules en sus manos. Ante un altar, en una de las casas, la sahumaron con incienso y la rociaron con ceniza. Ante el altar de otra casa fue de nuevo sahumada con incienso por los soberbios sacerdotes espeluznantes, vestidos de amarillo, escarlata y negro, con el rostro pintado de escarlata. Después, la rociaron con agua. Entretanto ella tenía conciencia, vagamente, del fuego sobre el altar, del pesado son de un tambor, del pesado son de voces de hombres que entonaban un canto grave, poderoso, salvaje, del movimiento de la multitud de rostros en la plaza, allá abajo, y de los preparativos de una danza sagrada.

Pero, ahora, ya casi era incapaz de percibir lo que la rodeaba, todo se volvía sombras casi inmateriales.

Con sus sentidos avivados y refinados oía el ruido de la tierra impelida en su vuelo, como una flecha disparada, el burbujear del aire y el zumbido de la cuerda del gran arco. Y le parecía que había dos grandes influencias en los aires: una, dorada, que iba hacia el sol; y otra, de plata, que era invisible; la primera, moviéndose como la lluvia, subía hacia la aparición de oro del sol, la segunda, semejante a una lluvia plateada, descendía las escalas del espacio hacia las indecisas nubes flotantes sobre la cima nevada de la montaña. Luego, entre ellas, otro espectro esperaba para precipitar la pesada nieve blanca que misteriosamente se amontonaba a su alrededor. Y en verano, como un águila abrasada por el sol, aguardaba el momento de librarse de sus pesados rayos. Y tenía un color de fuego. Y se sacudía sin cesar para desembarazarse de la nieve o del pesado calor, como un águila.

También había otro fantasma más extraño aún que moraba en la lejanía azul, siempre en vela. A veces corría con el

viento, o brillaba en las ondas calientes. El mismo viento azul se lanzaba al cielo como salido de las cavidades de la tierra, luego se precipitaba a la tierra desde el cielo. El viento azul, el intermediario, el invisible espectro que pertenecía a dos mundos, que tocaba sobre las cuerdas ascendentes y descendentes de la lluvia.

Cada vez su conciencia personal la abandonaba más y se sentía ahora mezclada al cosmos, como ebria o narcotizada. Los indios, con su sombría concepción religiosa, la habían arrastrado en sus visiones.

Hizo al joven indio una sola pregunta:

—¿Por qué soy yo la única que usa el color azul?

—Es el color del viento. Es el color de lo que se va y ya no vuelve, pero que siempre queda, esperando entre nosotros, como la muerte. Es el color de la muerte. Y es el color que se hace a un lado, que nos mira de lejos, que no puede acercarse. Cuando nos acercamos, él se aleja. No puede estar cerca. Nosotros somos oscuros y amarillos, con cabellos negros y dientes blancos y sangre roja. Somos los de aquí. Ustedes, los de ojos azules, son los mensajeros de cielos distantes; usted no puede quedarse y ha llegado el momento del retorno.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—A las cosas lejanas como el sol y la madre azul de la lluvia, para decirles que nosotros somos otra vez los amos del mundo, y que podemos juntar de nuevo el sol y la luna, como un caballo rojo a una yegua azul; somos los vencedores. Las mujeres blancas han echado del cielo a la luna y no quieren dejar que se acerque al sol. El sol está enojado. Y el indio debe darle la luna.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—La mujer blanca va a morir y a subir como el viento hacia el sol, para decirle que los indios abrirán la puerta a la luna. Las mujeres blancas no le permiten bajar del corral azul. La luna acostumbraba a bajar entre las indias, como una cabra blanca entre las flores. Y el sol quiere bajar entre los indios como un águila baja sobre los pinos. El sol está prisionero de los hom-

bres blancos y la luna de sus mujeres y no pueden escapar. Uno y otra están coléricos y todos en el mundo están coléricos. El indio dice que dará al sol la mujer blanca; así el sol saltará por encima del hombre blanco para volver al indio. Y la luna se sorprenderá, verá la puerta abierta y no sabrá qué camino tomar. Pero la india llamará a la luna, *¡Ven!; ¡Ven! Vuelve a mis praderas. La mala mujer blanca ya no te puede hacer daño.* Entonces el sol mirará por encima de las cabezas de los blancos y verá la luna en las praderas de nuestras mujeres con los Hombreros Rojos de pie, alrededor, como los pinos. Entonces saltará por encima de las cabezas de los blancos y vendrá corriendo al sitio donde están los indios, atravesando los abetos. Y nosotros, que somos rojos y negros y amarillos, nosotros que esperamos, tendremos al sol a nuestra derecha y a la luna a la izquierda. Podremos hacer descender la lluvia de las praderas azules y hacerla subir de las negras; y podremos llamar al viento que hace crecer el trigo, cuando lo queramos, y haremos huir las nubes y que los corderos nazcan a pares. Y seremos tan poderosos como un día de primavera. Para el pueblo blanco será un duro invierno sin nieve.

—Pero —dijo la mujer blanca—, yo no he encerrado la luna. ¿Cómo hubiera podido hacerlo?

—Sí —dijo él—; usted ha cerrado la puerta, y luego se ha reído, pensando que todo saldría a su gusto.

Nunca había comprendido la mirada que fijaba sobre ella. Era siempre tan extrañamente suave, y su sonrisa era tan tierna. Sin embargo, sus ojos tenían tales destellos y sus palabras denotaban un odio tan implacable..., un odio extraño, profundo, impersonal. Estaba segura de que a ella, personalmente, le tenía cariño. Y la trataba con dulzura, atraído por ella, extraña y dulcemente y sin pasión. Pero, impersonalmente, la detestaba con un odio místico. Le dirigía a veces una sonrisa encantadora, pero si ella se volvía de improviso, sorprendía una luz de odio en sus ojos.

—¿Debo morir y ser entregada al sol? —preguntó.

—Algún día —contestó él con una risa evasiva—. Algún día todos moriremos.

Eran dulces con ella, y muy considerados. Hombres raros aquellos viejos sacerdotes y el joven cacique; velaban por ella y la cuidaban como mujeres. Pero sus ojos, con ese extraño fulgor, y sus oscuras bocas cerradas que solían abrirse hasta la ancha mandíbula, dejando ver los pequeños dientes fuertes y blancos, revelaban una crueldad de hombres primitivos.

Un día de invierno en que caía nieve la condujeron a una gran sala sombría en la gran casa. Ardía el fuego en un rincón, sobre un alto estrado, bajo una especie de cubierta o dosel de adobes. A la luz de la lumbre vio brillar los cuerpos medio desnudos de los sacerdotes y símbolos extraños en el techo y en los muros de la habitación. No había en ella ni puerta ni ventana; habían descendido por una escalera desde el techo. Y el fuego de leña de pinos danzaba continuamente, mostrando los muros pintados con extrañas divisas, que ella no podía descifrar, y un cielo raso de vigas que formaba un dibujo extravagante, negro, rojo y amarillo, y alcobas o nichos con objetos curiosos que no podía clasificar.

Los sacerdotes más viejos celebraban una ceremonia cerca del fuego, en silencio, en el profundo silencio de los indios. Ella estaba sentada en un saliente bajo el muro, frente al fuego, teniendo a su lado dos hombres. Le dieron de beber en una copa que aceptó con alegría, debido al letargo que el brebaje le producía.

En la oscuridad y en el silencio se daba perfecta cuenta de lo que le sucedía: de cómo la desposeían de sus ropas conduciéndola ante un gran dibujo fantástico en el muro azul, blanco y negro, y la lavaban toda con agua y con una infusión extraña; le lavaron también los cabellos con suavidad y cuidado, secándolos con paños blancos hasta dejarlos sedosos y brillantes. Luego la acostaron en un lecho, bajo otra gran figura indescifrable roja, negra y amarilla, le friccionaron todo el cuerpo con un aceite perfumado y le dieron un largo masaje en la espalda y los costados que la dejó hipnotizada. Sus manos oscuras

eran increíblemente fuertes y blandas a la vez, con una húmeda blandura que no podía explicarse. Y vio que los rostros morenos que se inclinaban sobre su cuerpo blanco estaban oscurecidos de rojo con rayas amarillas sobre las mejillas. Y los ojos sombríos chispeaban mientras que las manos trabajaban sobre el dulce cuerpo blando de la mujer.

Eran tan impersonales, absorbidos en algo que ella no alcanzaba a comprender. Estaba segura de que no veían en ella a una mujer. Ella era para ellos un objeto místico, un vehículo de pasiones demasiado remotas para que ella las percibiera. Ella misma, como en éxtasis, miraba los rostros sombríos, inclinados sobre ella, brillantes de pintura roja transparente, y rayados de amarillo. Y en la sobrenatural máscara luminosa y oscura del rostro viviente, los ojos inmóviles filtraban una faz fija que no vacilaba, y los labios pintados de rojo se apretaban en una triste mueca siniestra. La inmensa tristeza fundamental, la gravedad de la decisión final, la idea fija de la venganza y el entusiasmo naciente del triunfo cercano; todos esos sentimientos los leía ella en sus rostros, mientras su carne expandía un nebuloso resplandor, frotada por las misteriosas manos oscuras. Sus miembros, su carne, hasta sus huesos parecieron fundirse en una bruma rosada donde su conciencia erraba como un resplandor de sol en una nube purpúrea.

Sabía que el resplandor se desvanecería, que la nube se volvería gris. Pero por el momento no lo creía. Sabía que ella era una víctima; que todos esos ritos complicados hechos sobre su cuerpo eran los ritos del sacrificio. Pero eso no le importaba. Lo deseaba.

Más tarde le pusieron una corta túnica azul y la llevaron a la terraza superior presentándola al pueblo. Vio la plaza; allá abajo, llena de caras oscuras y de ojos chispeantes. No había piedad: solamente una curiosa y extraña alegría. La multitud, al verla, dio un grito ahogado que la hizo estremecerse. Pero sentía una indiferencia absoluta.

El día siguiente era el último día. Durmió en un cuarto del gran edificio. Al alba la envolvieron en una gran manta azul

con franjas y la condujeron a la plaza, entre la multitud silenciosa de gente con sarapes oscuros. El suelo estaba cubierto de nieve blanca purísima, y las gentes oscuras, envueltas en sus mantas pardas, parecían habitantes de otro mundo.

Un gran tambor redoblaba lentamente y un viejo sacerdote declamaba sobre una azotea. Pero solo al mediodía apareció una hamaca, y la multitud prorrumpió en un grito ahogado, animal, tan emocionante. En la hamaca, que parecía un saco, estaba el viejo, viejísimo cacique, con sus cabellos blancos trenzados con galones negros y grandes turquesas. Su rostro parecía un trozo de obsidiana. Levantó la mano, y la hamaca se detuvo ante la mujer. Fijando en ella sus ojos de viejo, le habló por unos momentos con su voz cavernosa. Nadie tradujo sus palabras.

Llegó otra hamaca y en ella la colocaron. Cuatro sacerdotes marchaban delante, vestidos de amarillo y negro, con plumas en la cabeza. Luego, venía la hamaca del viejo cacique. Luego, los ligeros tambores empezaron a tocar y dos grupos de cantores entonaron simultáneamente un canto viril y salvaje. Y los hombres de un colorido rojo dorado, casi desnudos, adornados con las plumas y los «kilts» de las grandes ceremonias, con el río de sus cabellos negros fluyendo sobre sus espaldas, formaron dos filas y comenzaron una danza. Así atravesaron la plaza cubierta de nieve en dos largas filas suntuosas, oro y negro y pieles, que oscilaban con un débil tintineo de sílex y caracoles y que se estiraban sobre la nieve, entre los dos enjambrados de hombres que cantaban en torno al tambor.

Lentamente avanzaba la procesión, y seguía su hamaca, con el cortejo de sacerdotes empenachados, lúgubres y danzantes. Todos seguían el ritmo de la danza y, también muy hábilmente, los portadores de las hamacas. Y así salieron de la plaza, pasaron por los hornos humeantes en dirección a los grandes algodonereros, que semejabán un encaje plateado bajo el cielo azul, levantándose desnudos y exquisitos sobre la nieve; el río, muy bajo, corría entre cordones de hielo. El damero de

jardincitos rodeados de empalizadas estaba lleno de nieve, y las casas blancas parecían, ahora, amarillentas.

El valle entero, cubierto de nieve inmaculada, resplandecía cegador hasta el muro de rocas. Y sobre la tierna capa lisa de nieve se desenvolvía la larga cinta de la danza, lenta y suntuosa en su movimiento negro y naranja. Los grandes tambores batían rápidamente; en el aire helado y cristalino la marejada y el rugido del canto de los salvajes eran como una obsesión.

Extendida en su hamaca, ella miraba todo con sus ojos grandes, fijos, azules, con ojeras marcadas por el cansancio y los narcóticos. Sabía que iba a morir, entre esa nieve resplandeciente, a manos de aquel suntuoso pueblo salvaje. Y ella contemplaba el resplandor del cielo azul sobre las pesadas montañas cortadas y pensaba: *Ya estoy muerta. ¿Qué diferencia puede haber en la transición de esta muerte en que estoy y la muerte que pronto llegará?*. Sin embargo, se le oprimía el corazón y se sentía desvanecer. El extraño cortejo avanzaba lentamente, bailando; atravesó la planicie nevada y empezó a subir las laderas entre los pinos. Vio bailar a los hombres de color cobre oscuro, entre los troncos cobre claro de los árboles. Y, por fin, en su litera oscilante, ella también penetró en el pinar.

Caminaban siempre subiendo, sobre la nieve, bajo los pinos, dejando atrás los soberbios troncos de cobre pálido, salpicados de nieve por las crujientes y agitadas pisadas, y penetraban en el bosque hasta llegar a la montaña. Seguían el lecho de un río seco como en pleno verano, porque la fuente del río estaba helada. Había sauces oscuros, rojos como bronce con ramillas semejantes a hirsutos cabellos y pálidos olmos que hacían pensar en una carne helada, sobre ese fondo de nieve. Luego, salientes de roca oscura.

Advirtió que los danzarines no seguían adelante. Se acercaba más y más a los tambores como a la guarida de animales misteriosos. Atravesó los matorrales y se encontró en un extraño anfiteatro. Enfrente se elevaba un gran muro de roca hueca, donde colgaba un gran carámbano de hielo en forma de flecha. Desde lo alto del precipicio la nieve se derramaba sobre la roca,

donde quedaba suspendida, goteando desde el cielo, casi hasta las piedras huecas donde debía haber habido una gran laguna. Pero la laguna estaba seca.

A cada lado de la laguna seca se habían formado las filas de danzantes y la danza continuaba sin interrupción sobre un fondo de zarzas.

Pero una sola cosa la atraía: esa aguja de hielo suspendida al borde del sombrío peñasco, verticalmente. Y detrás de ese cable de hielo, vio las siluetas de leopardo de los sacerdotes escalando el lado hueco de la roca, para llegar a la caverna, que, como la órbita de un ojo gigantesco, cavaba un orificio, a medio camino del despeñadero.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba, los portadores de la hamaca tropezaban en las anfractuosidades de la roca y la escalaban. Estaba detrás del hielo que pendía como una cortina no desplegada, semejante a un vasto colmillo. Y arriba se abría el orificio de la caverna perdida en la profundidad de la roca. Y ella, al subir, abarcaba toda su extensión.

En la plataforma de la caverna los sacerdotes esperaban con toda su pompa de plumas y trajes siguiendo su ascensión con ojos atentos. Dos de ellos se inclinaron para ayudar a los portadores de la hamaca.

Al fin estuvo en la plataforma de la caverna, detrás de la flecha de hielo, sobre el hueco anfiteatro, donde, entre las malezas, los hombres bailaban y todos los pobladores de la aldea estaban reunidos en silencio.

El sol, a la izquierda, declinaba en el cielo de la tarde. Ella sabía que era el día más corto del año y el último de su vida. La colocaron de cara a la columna de hielo irisada que, como por milagro, estaba suspendida en el vacío.

Se dio una señal y la danza se detuvo, allá abajo. Reinó un silencio absoluto. Le dieron de beber, y dos sacerdotes le quitaron la manta y la túnica, y allí quedó con su extraña palidez entre los trajes oscuros de los sacerdotes, detrás del pilar de hielo, por encima de las gentes de rostros oscuros. Abajo, la multitud prorrumpió en un grito sordo y salvaje. Entonces los

sacerdotes la volvieron, y quedó de espaldas al mundo, con sus largos cabellos rubios tendidos hacia la multitud, la cual gritó de nuevo.

La caverna se abría ante ella. Brillaba un fuego vacilante en su fondo. Cuatro sacerdotes se despojaron de sus vestiduras y quedaron casi tan desnudos como ella. Eran hombres robustos, en la primavera de la vida, y tenían inclinadas sus oscuras caras pintadas.

Desde la hoguera vino el viejo, viejísimo sacerdote, con un incensario en la mano. Estaba desnudo y presa de un salvaje entusiasmo delirante. Sahumó a la víctima, salmodiando con voz cavernosa. Le seguía otro sacerdote sin vestiduras, con dos cuchillos de sílex.

Cuando la hubieron sahumado, la acostaron en una gran piedra plana y los cuatro hombres vigorosos sujetaban sus brazos y sus piernas bien estirados. Detrás de ella estaba el anciano, como un esqueleto recubierto de vidrio negro, sosteniendo un cuchillo y contemplando el sol; y detrás de él, otro sacerdote con otro cuchillo, completamente desnudo.

Ella estaba casi indiferente, aunque se daba cuenta de lo que sucedía. Volviéndose al cielo, miraba el sol amarillo. Este declinaba. La flecha de hielo se interponía entre el cielo y ella como una sombra. Advirtió que los rayos amarillos llenaban la mitad de la caverna, aunque no alcanzaban hasta el altar donde ardía el fuego, en lo más recóndito de la cavidad con forma de embudo.

Sí, los rayos avanzaban lentamente. A medida que se volvían bermejos, penetraban más adentro. Cuando el rojo sol estuviera a punto de morir atravesaría la flecha de hielo y penetraría hasta el fondo de la caverna.

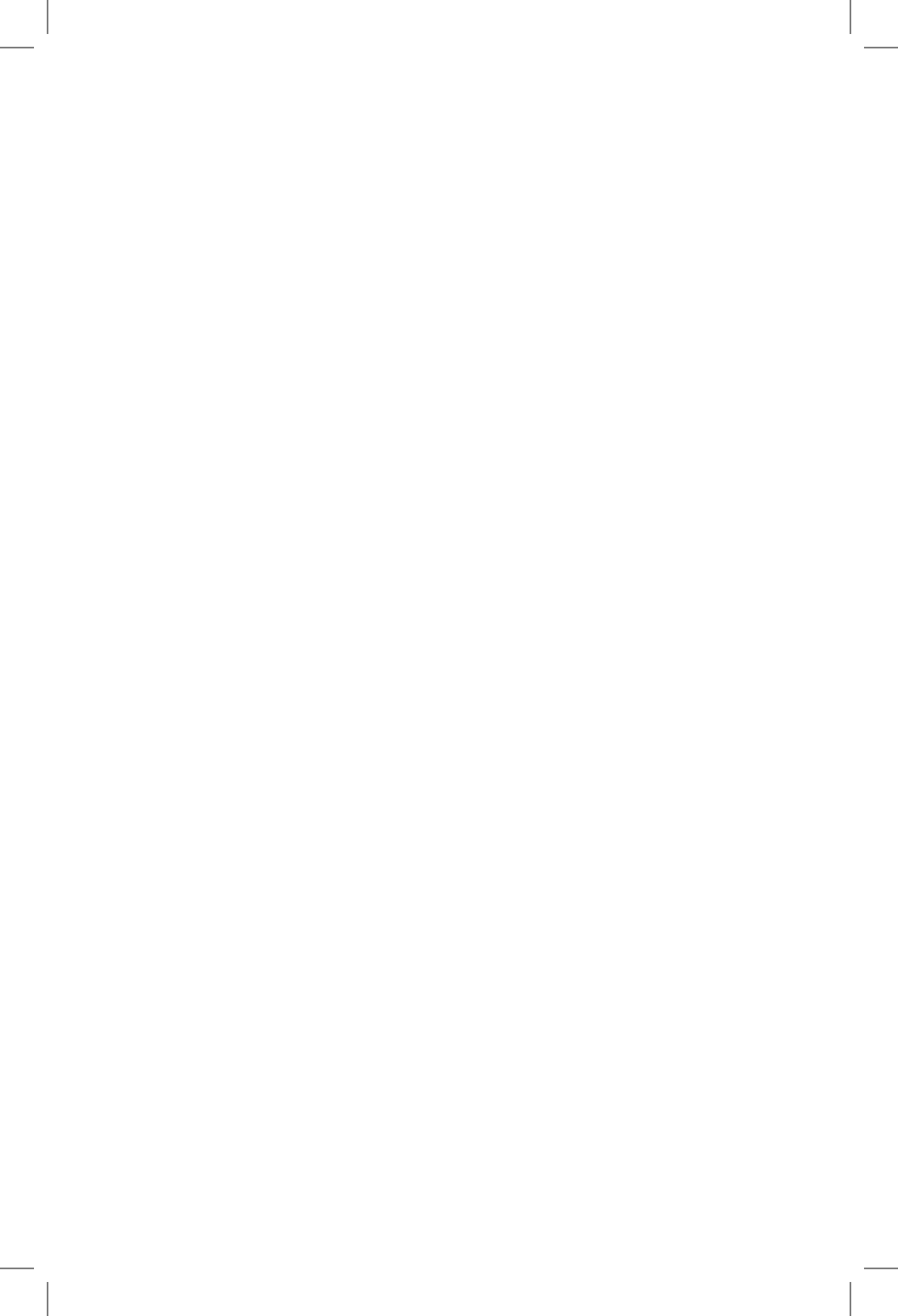
Solo entonces comprendió ella qué esperaban los hombres. También los que la sostenían inclinados se volvían; sus ojos negros escudriñaban el sol, chispeantes de impaciencia, de espanto y de deseo. Los ojos negros del cacique estaban clavados como espejos negros en el sol como si fueran ciegos y, sin embargo, pudieran dar una respuesta terrible al planeta

invernal que enrojecía. Y los ojos ardientes de los sacerdotes estaban clavados sobre el orbe que se hundía en el enrojecido y helado silencio de la tarde invernal.

Estaban anhelantes, terriblemente anhelantes, y feroces. Su ferocidad necesitaba una presa, y aguardaban el instante. Y su ferocidad se cambiaría en un místico entusiasmo triunfal. Pero aún estaban anhelantes.

Solo los ojos del anciano no estaban inquietos. Negros, fijos, y como ciegos, contemplaban el sol, viendo más allá del sol. Y en su negra y vacía pupila había poder, poder intenso y remoto, pero profundo, tan profundo que llegaba hasta el corazón de la tierra y al corazón del sol. En una quietud absoluta esperaba que el rojo sol atravesara la columna de hielo. Entonces el anciano heriría, heriría en pleno corazón, consumaría el sacrificio y alcanzaría el poder.

La dominación de la que el hombre debe apoderarse y que pasa de raza en raza.



El hombre que murió

PRIMERA PARTE

Hubo una vez, en las proximidades de Jerusalén, un campesino, que adquirió un gallo de pelea de lamentable aspecto, animal que, en el transcurso de la primavera, llegó a desarrollar un hermoso plumaje, y que, para el tiempo en que las higueras pierden las hojas con que adornan los extremos de sus ramas, se había convertido, gracias a su curvo gáznate anaranjado, en un magnífico ejemplar.

El labrador era pobre. Vivía en una casucha de adobe, cuyo único desahogo consistía en un pequeño patio destartado, donde había crecido una resistente higuera. A diario trabajaba duro en los olivares, trigales y viñedos de su señor, y siempre regresaba para dormir a aquella casa de adobe, situada al borde de un sendero. Pero estaba orgulloso de su gallo. En aquel mismo patio tenía también tres escuálidas gallinas, que ponían unos huevos miserables, desperdigaban por doquier las escasas plumas que lucían y producían increíbles cantidades de estiércol. En una de las esquinas, bajo un techado de paja, se cobijaba un asno taciturno que, con cierta frecuencia, utilizaba el campesino para ir a su trabajo, aunque algunos días lo dejaba en casa. No hay que olvidar a la esposa del agricultor, una mujer bastante joven, de cejas negras, y no muy inclinada a trabajar, pues sus ocupaciones se limitaban a echar un poco de grano, o las sobras de la comida, a las gallinas, y a segar, con ayuda de una hoz, algo de forraje verde para el burro.

Con el tiempo, aquel gallito se convirtió en un gallo que llamaba la atención. Por algún capricho del destino, en aquel corral sucio, habitado por tres desastradas gallinas, era todo

un gallito. Y pronto aprendió a estirar el cuello y a responder con agudos graznidos al canto de los otros gallos, que vivían más allá de su cercado, en un mundo desconocido para él. Emitía con vehemencia su quiquiriquí, porque los reclamos de aquellas aves lejanas le producían una insólita ansiedad.

—Mira cómo canta —dijo el campesino, al tiempo que se levantaba de la cama con la camisa echada sobre la cabeza.

—Ese puede con veinte gallinas —replicó la mujer.

El campesino se asomó a la ventana y contempló con orgullo a aquel gallo arrogante y esplendoroso, que ya había conocido a sus tres astrosas gallinas. Pero el gallito ladeaba la cabeza para mejor escuchar los desafíos de los gallos invisibles y lejanos de un mundo desconocido: eran voces fantasmales que, misteriosamente, le instaban a abandonar el limbo en que vivía, y a las que respondía con sonoros desafíos, sin amilanarse jamás.

—El día menos pensado se nos escapa por ahí —comentó la mujer del campesino.

Así que lo tentaron con grano, lo agarraron y, aunque se resistió con alas y patas, lo ataron por una de estas a una cuerda, y se la ciñeron por encima del espolón; el otro extremo del cordel lo aseguraron al poste sobre el que descansaba el techado que resguardaba el reducto del asno.

Una vez libre, el gallo dio unas cuantas zancadas encabritadas, como muestra de su indignación hacia los humanos; llegó hasta donde la cuerda se lo permitía, dio un tirón con una sacudida de la pata que tenía atada, y rodó por el suelo al instante. Para horror de las miserables gallinas, se revolvió con furia en aquella hedionda superficie, hasta que, tras revolcarse en la inmundicia, consiguió ponerse en pie, postura en la que se mantuvo, como si se hubiera detenido a reflexionar. Tanto el labrador como su mujer se echaron a reír con ganas, y el gallito los oyó. Fue entonces cuando supo, con melancólico presentimiento, que estaba amarrado por una pata.

No volvió a hacer cabriolas, ni a agitar ni a erizar las plumas. Dentro de los límites de la soga, caminaba con gesto sombrío.

Aun así, se las apañaba para apoderarse de las mejores raciones de comida, y hasta apartaba alguna tajada especialmente succulenta para la que consideraba su gallina preferida en cada momento. Incluso se abalanzaba a poseer con estremecida y violenta ferocidad a aquel ejemplar de su triple harén que, por descuido, caía dentro de su campo de acción, mientras emitía imperceptibles y seductores reclamos. Y respondía desafiante a los cantos de los otros gallos que, al amanecer, se escuchaban más allá de su limbo.

Pero comenzó a dar muestras de una feroz voracidad en la manera de engullir el alimento, mientras daba muestras de circunspección en la celebración de sus éxitos, cuando caía sobre una de aquellas pobres gallinas. Su canto, sobre todo, había perdido el dorado timbre que lo caracterizaba. Estaba atado por una pata, y lo sabía. Tanto su cuerpo como su alma y su espíritu estaban unidos a aquella cuerda.

En su fuero interno, sin embargo, su arrojo vital permanecía intacto. Tenía que romper aquella soga. Y una mañana, justo antes del amanecer, tras despertar con repentinas y renovadas fuerzas, dio un salto hacia delante, se ayudó con las alas, y la cuerda se rompió. Emitió un extraño y salvaje graznido, se encaramó de un salto hasta lo alto del cercado y, una vez allí, cantó con fuerza penetrante. Armó tal escándalo que el campesino despertó.

En aquel mismo momento, y a la misma hora, anterior a la amanecida, de aquella misma mañana, un hombre, amortajado, despertaba de un largo sueño. Se sintió frío y entumecido, en aquel agujero excavado en la roca. Durante su larga modorra, había percibido que su cuerpo estaba completamente magullado, y aún seguía muy dolorido. Aunque no abrió los ojos, supo que estaba despierto, anquilosado, helado, agarrotado, dolorido y amortajado. Gélidas vendas cubrían su rostro, y también sus piernas ligadas. Solo las manos tenía libres.

Tomó conciencia de que, si así lo quería, podía moverse. Pero no sintió deseo alguno de hacerlo. ¿Quién querría

levantarse de entre los muertos? Ante la idea de realizar cualquier movimiento, notó cómo se removía en su interior una sensación de profunda náusea. Se sentía realmente mal por el hecho de haber recuperado la conciencia, esa extraña y desmedida conmoción que había tenido lugar en su ser. No había deseado tal cosa. Hubiera preferido permanecer allí, en aquel lugar, donde la memoria era como un pedrusco muerto.

Como cuando se recibe una misiva devuelta, algo había vuelto a él, aunque permanecía anonadado por la náusea que aquel retorno le producía. Sus manos se movieron de repente; se alzaron frías, pesadas, doloridas. Las alzó para arrancar de su rostro las vendas que lo cubrían, para quitárselas de los hombros. Y las dejó caer enseguida, frías, abotagadas, entumecidas, doloridas por el movimiento que habían realizado, y sin ganas de llevar a cabo ninguno más.

Con la cara al descubierto y los hombros libres, se quedó tumbado de nuevo, yacente, como sumido otra vez en el reposo de la fría nada de la muerte. Era lo que más deseaba. Y casi logró instalarse en la desolada y absoluta nada de quien ya pertenece al otro mundo. Pero, de repente, cuando ya estaba casi muerto, tensadas por el dolor que sentía en las muñecas, sus manos se alzaron de nuevo, y comenzaron a desliar las vendas que unían sus rodillas, y sus pies comenzaron a moverse, a pesar de que aún tenía el pecho helado y como muerto.

Finalmente, abrió los ojos, en la oscuridad. ¡La misma oscuridad! Aunque debía de haber una levísima grieta por donde una insoportable luz hendía aquella negra tiniebla. No fue capaz de levantar la cabeza. Cerró los ojos de nuevo. Una vez más, todo había terminado.

Súbitamente, se levantó, y todo le dio vueltas. Cayeron las vendas. Estaba embutido entre unas estrechas paredes de roca, que le provocaron la renovada angustia de sentirse prisionero. La luz se filtraba por algunas hendiduras. Con un esfuerzo, nacido de la misma repugnancia que sentía, se inclinó hacia delante, en aquel angosto pozo de piedra, y dirigió sus manos

debilitadas hacia las rocas, hasta el lugar por donde se filtraba la luz.

La fuerza le vino de alguna parte, probablemente de la misma repulsión que experimentaba; se produjo un estruendo, y la luz entró a raudales. El hombre muerto se encontró agazapado en su cubil, mientras trataba de hacer frente a aquel insoportable torrente de claridad. Apenas había amanecido y hasta él llegaba ese hálito de penetrante vitalidad con que despunta el día. Era el completo despertar.

Muy despacio, con suma lentitud, salió a rastras de aquella celda de piedra, con los miramientos de quien sabe que ha sufrido gravísimos quebrantos. Dejó atrás vendas, sudario y aceites perfumados, y se puso en cuclillas, se apoyó en la pared de piedra, y buscó el olvido. Con inefable dolor, observó cómo sus maltrechos pies tocaban de nuevo el suelo y contempló aquellas escuálidas piernas muertas. Sintió dentro de sí un sufrimiento tan irreconocible, un dolor que tenía tanto que ver con la más completa decepción corporal, que optó por permanecer de pie, con una de sus manos rotas apoyada en el borde del sepulcro.

¡Estar allí! ¡Estar allí de nuevo, después de todo lo pasado! Contempló las vendas junto a sus pies muertos y, tras inclinarse, las recogió, las dobló y las arrojó a la gruta que acababa de abandonar. Echó mano a continuación al sudario perfumado, se envolvió en él, como en una toga, y dirigió sus pasos hacia el pálido estremecimiento del alba.

Estaba solo. Tras haber muerto, estaba más allá de la soledad. Dominado todavía por una sensación de inefable desilusión, el hombre descendió, con sus pies doloridos, por aquella ladera rocosa, y pasó frente a los soldados dormidos junto a unos laureles silvestres, arrebujados en mantas de lana. En silencio, con los pies desnudos y maltrechos, envuelto en el blanco sudario, reparó un instante en los cuerpos inertes y hacinados de los soldados. Aunque le resultaba repulsiva la visión de aquellos cuerpos miserables, no dejó de sentir una

cierta compasión. Se dirigió hacia el camino, para que no despertaran.

Como no tenía ningún sitio a donde ir, se alejó de la ciudad que se encaramaba en las colinas. Despacio, siguió el camino que lo alejaba de ella, y dejó atrás unos olivares, a cuyos pies, bajo el rocío matutino, languidecían unas anémonas purpúreas, rodeadas de hierba prieta, fuerte. El mismo mundo de siempre, la naturaleza, una avalancha de verdor; un ruiseñor, embriagador y melancólico, que cantaba dulcemente en unos matorrales junto a un arroyo; la naturaleza, el mismo e imperecedero mundo, tanto al amanecer como en el ocaso, y para el cual él ya había muerto.

Con los pies malheridos, continuó su camino, sin pertenecer a este mundo ni al otro. Ni de aquí ni de allá; sin ver, pero no ciego, sino aturdido, se alejaba de la ciudad y sus suburbios, sin dejar de preguntarse por qué lo hacía, dominado por la confusa sensación que le producía la náusea de la desilusión, pero con una voluntad de la que no era del todo consciente.

Mientras andaba, en aquel estado de semi inconsciencia, costeano el muro de un huerto de olivos, le llamó la atención el penetrante y estridente canto de un gallo muy cerca de él, un sonido que lo estremeció, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Por encima del camino, en una rama, vio a un gallo negro y anaranjado, y a un campesino, vestido con una túnica gris de lana, que corría entre los olivos. Tras saltar sobre la hierba, apareció otra vez el gallo negro y anaranjado, con su roja cresta y una cola de esplendorosas plumas.

—¡Atrápalo, maestro! —gritó el campesino—; ¡que se me ha escapado!

Tras esbozar una espontánea sonrisa, el hombre extendió las enormes alas blancas de su sudario ante el ave saltarina. El gallo cayó al suelo, sin dejar de graznar y de agitar las alas. El rústico dio un salto. Se produjo un terrible batir de alas, al que siguió un volar de plumas, hasta que el campesino tuvo a buen recaudo, entre sus brazos, al gallo huído, con las alas

replegadas, aunque el animal, a los picotazos, aún estiraba denodadamente la cabeza, con los ojos desorbitados.

—¡Es el gallo, que se me había escapado! —dijo el labrador, mientras tranquilizaba al pájaro con la mano izquierda y, sudoroso todavía, contemplaba la cara de ese hombre envuelto en un sudario blanco.

Cuanto más miraba la macilenta y cadavérica cara del hombre que había muerto, más se descomponía el rostro del campesino, que se había quedado perplejo: aquel rostro de palidez mortal, al que le había crecido una barba negra, como a los muertos; aquellos oscuros ojos negros, abiertos como platos, como los de un cadáver; aquellas cicatrices, en su frente de cera. El pacífico hombre de campo se había quedado boquiabierto, incapaz, como un niño, de dar cara a una situación así.

—¡No te asustes! —le dijo el hombre del sudario—; no estoy muerto. Me enterraron antes de tiempo. Por eso he vuelto a la vida. Aunque si me descubren, me matarán de nuevo.

Su voz transmitía un eco de antiquísimos agravios. ¡La humanidad! ¡Y más, los hombres revestidos de autoridad! Tan sólo podía hacer una cosa: fijó sus ojos negros e indiferentes en la furtiva y ansiosa mirada del campesino, quien se acobardó, inerte ante aquella expresión de mortal indiferencia, de tan fría como resuelta determinación. Tan solo acertó a pronunciar las palabras que más miedo le daban:

—¿Quiere esconderse en mi casa, maestro?

—Sí; me gustaría descansar. Pero si haces algún comentario a alguien, ya sabes lo que te ocurrirá. Tendrás que comparecer ante la justicia.

—¿Yo? No diré una palabra. ¡Démonos prisa!

Con miedo, el campesino echó un vistazo a su alrededor, mientras se preguntaba, fastidiado, por qué se había metido en aquel lío. El hombre de los pies malheridos subió penosamente el declive del huerto de olivos, y siguió los pasos apresurados del atribulado labrador por el trugal verde que crecía bajo los árboles. Sintió, bajo aquellos pies que habían muerto, la fría

suavidad del trigo joven, y percibió con claridad la dureza de su vida apartada. Contempló, en los salientes de las rocas, los tiernos y alicaídos capullos, grisáceos y plateados, de las anémonas escarlatas. Pero también aquellas flores pertenecían a otro mundo. En el suyo, el hombre se encontraba solo, desesperadamente solo. Todo lo que veía a su alrededor formaba parte de un mundo que jamás había muerto. Pero él sí que había muerto, o lo habían matado para sacarlo de ese mundo, y lo único que le quedaba era un gran vacío, una profunda náusea de amarga decepción.

Llegaron a una casa de adobe. Abatido, el campesino aguardó para ceder el paso a aquel hombre.

—¡Entre, entre! —le dijo—; ¡nadie nos ha visto!

El hombre del sudario blanco penetró en aquella construcción de barro, seguido por un rastro de aromas de perfumes exóticos. El campesino cerró la puerta exterior, y franqueó otra interior que daba al patio, donde se encontraba el asno, tras unos altos muros para que nadie se lo robase. Con muestras de desasosiego, el campesino ató de nuevo al gallo. El hombre del rostro como la cera se sentó en una estera cerca del hogar. Se sentía agotado, casi sin sentido. Desde afuera, le llegó la voz susurrante del campesino: hablaba con su mujer, que había contemplado toda la escena desde la azotea.

Al poco, entraron ambos, y la mujer se cubrió el rostro. Sirvió un vaso de agua, y puso un poco de pan y unos higos secos en una bandeja de madera.

—¡Coma, maestro, coma! —dijo el labrador—; nadie nos ha visto.

Aunque el extraño no tenía ninguna gana, mojó un trozo de pan en el agua, y se lo llevó a la boca. Había que hacer por la vida. Pero toda ansia, hasta la de comer y beber, había muerto en él. Se había levantado de su tumba sin desearlo, sin ganas de vivir siquiera, vacío de todo, menos de la abrumadora decepción que, como una náusea, lo inundaba al recordar su vida pasada. Más profunda quizá que esa desilusión, más

incluso que la conciencia recuperada, era aquella determinación carente de deseos.

El campesino y su mujer permanecían de pie en el marco de la puerta, y lo observaban. Aterrados, se fijaron en las lívidas heridas de las delgadas y pálidas manos, de los delicados pies de aquel extraño; en las pequeñas laceraciones de esa frente aún muerta. Con miedo, aspiraron el aroma de los ricos perfumes que exhalaba su cuerpo, y repararon en el fino, immaculado y caro lino. A lo mejor se trataba, en realidad, de un rey muerto, que regresaba de la región de las sombras, aunque todavía permaneciera en los helados y remotos dominios de la muerte, mientras de su cuerpo transparente emanaban aquellos aromas, como si proviniesen de alguna flor exótica.

Tras haber comido con dificultad un poco del pan humedecido, alzó los ojos hacia ellos. Y los contempló tal como eran: limitados, de escasos recursos, carentes de toda gracia en cuanto a gestos o valor. Eran lo que eran: perezosas e inevitables partes del mundo natural. No poseían ningún rasgo noble, pero el miedo los obligaba a mostrarse compasivos.

Y el extraño se compadeció de ellos, una vez más, porque sabía que reaccionarían mejor a la afabilidad, aunque sólo correspondieran con su torpe cortesía.

—No se asusten—les dijo sosegadamente—. Permítanme que me quede aquí, con ustedes. No será por mucho tiempo. Luego me iré para siempre. Pero no se asusten. Nada malo les ocurrirá por culpa mía.

Le creyeron al instante, aunque el miedo no los había abandonado. Y ambos le replicaron:

—¡Quédese, maestro, el tiempo que quiera! ¡Descanse! ¡Descanse tranquilo!—Pero estaban muertos de miedo.

Así que los dejó con sus cosas. El campesino se fue con el asno. Aunque el sol ya brillaba en todo su esplendor, en aquella casa oscura, con la puerta cerrada, el hombre se sintió otra vez como en la tumba. Y dijo a la mujer:

—Preferiría echarme un rato afuera, en el patio.

Ella lo barrió para él, y extendió una estera en el suelo. Al resguardo del cercado, el hombre se tumbó bajo el sol matutino. Desde aquella posición, contempló las primeras hojas verdes, vibrantes como llamas, en el extremo de las ramas de la higuera, que se perfilaban contra la desnudez del cielo primaveral. Pero el hombre que había muerto era incapaz de mirar; sólo estaba tendido al sol, que aún no calentaba demasiado, y no sentía deseo alguno, ni siquiera de moverse. Inerte por completo, yacía al sol, con sus piernas delgadas y unos brazos escuálidos y lechosos, mientras sus negros y perfumados cabellos le caían por las cavidades del cuello. Mientras permanecía en esa posición, las gallinas cloqueaban y picoteaban, y el gallo que se había escapado se agazapaba en una esquina, cautivo y con la pata amarrada.

La mujer del campesino estaba asustada. Había mirado a hurtadillas y, tras observar que no se movía, tembló ante la idea de que hubiera un hombre muerto allí, en su patio. Pero el sol calentó más; él abrió los ojos, y la miró. Y en aquel instante, de nuevo se sintió atemorizada ante el hombre que estaba vivo, pero que no hablaba.

Había abierto los ojos, y contemplaba de nuevo el mundo, reluciente como un cristal. Aquello era la vida, de la que él ya nunca formaría parte. Pero allí estaba, resplandeciente, fuera de su alcance, como el cielo azul y la desnuda higuera con sus minúsculos brotes verdes. Tan brillante como un cristal, pero el hombre no se encontraba dentro del mundo, porque carecía de todo deseo.

Sin embargo, allí estaba; no se había extinguido. Pasó el día en estado de inconsciencia y al caer la tarde entró en la casa. El campesino regresó, pero estaba asustado y no tenía nada que decir. El extraño comió unas pocas judías. A continuación, se lavó las manos, se volvió de cara a la pared y permaneció en silencio. El matrimonio se calló también la boca, mientras contemplaba a su huésped dormido. Dado que el sueño era un estado tan cercano a la muerte, aún podía dormir.

Cuando el sol salió de nuevo, volvió a tumbarse en el patio. El sol era lo único que le atraía, lo único que aún ejercía una cierta influencia sobre él, porque lo obligaba a anhelar el fresco aire de la mañana que le penetraba por la nariz, a contemplar el cielo pálido, allá arriba. No le gustaba estar encerrado.

En cuanto salió al patio, el gallito cacareó. Su canto era frío, desgano; en sus graznidos se percibía algo más profundo que un mero disgusto: la necesidad de vivir, incluso de proclamar bien alto el triunfo de la vida. El hombre que había muerto se puso en pie, y observó al gallo que se había escapado, otra vez allí, descompuesto, alzado sobre sus patas, con la cabeza estirada y el pico abierto, como un desafío de la vida frente a la muerte. Continuó con sus arrogantes cacareos que, aunque amortiguados por culpa de la cuerda que llevaba atada a la pata, no habían dejado de oírse. El hombre que había muerto echó una ojeada indiferente sobre la vida, y contempló, por todas partes, aquella vasta determinación que con tanta fuerza se exhibía en la cresta de las olas, tanto en bonanza como con tiempo revuelto, en las gotas de espuma procedentes del azul invisible, en el gallo negro y anaranjado o en las lenguas de verdor que brotaban en las ramas de la higuera. Todas las cosas y criaturas de la primavera se presentaban hinchadas de deseo, de ganas de afirmarse. Eran como rizos de espuma de un enorme, oculto y poderoso mar, procedentes de una azul riada de deseo incorpóreo, que surgían por doquier, coloreados y tangibles, evanescentes, inmortales en el momento de su aparición. Y el hombre que había muerto contempló el gran salto a la existencia de las cosas que no habían muerto, pero no captó su trémulo deseo de existir, de ser. En su lugar, fijó su atención en aquel insistente y arrogante desafío hacia lo ya existente.

Con aquellos ojos que habían muerto ahora bien abiertos, aunque todavía turbados, el hombre continuó echado, mientras contemplaba la eterna determinación de la vida. Entretanto, con su ojo inmóvil y plano, el gallo le devolvía la mirada vidriosa de cualquier ave. Pero el hombre que había muerto no veía sólo

al animal, sino también la instantánea y acerada ola de la vida de la que el gallo no era más que la cresta. Observó los extraños movimientos de aquel ser mientras picoteaba y engullía sobras de comida; aquella mirada propia del ojo de la vida, siempre alerta y vigilante, arrogante y cautelosa; y su canto vital, graznido de triunfo y afirmación, aunque disminuido por causa de un cordel circunstancial. Y hasta le pareció oír el extraño parloteo de la vida misma, cuando el gallo imitó con gallardía el cloqueo de su gallina favorita al poner un huevo, a pesar de que aquel canto del macho adoptara el sepulcral acento que le imprimía la pata atada a una cuerda. Y cuando el hombre le arrojó un trozo de pan, oyó cómo el animal emitía un arrullo de increíble ternura, al tiempo que zarandeaba y ponía a buen recaudo el alimento para sus gallinas. Estas acudieron con voracidad, y se llevaron el trozo de pan más allá del campo de acción que le permitía el cordel.

Orondo, el macho iba tras ellas, hasta que, de pronto, notó un tirón en el límite de su atadura que le obligó a desistir: se sintió hundido; decayó su entusiasmo; pareció encogerse; se agazapó en la sombra. Y, sin embargo, aún era joven, como lo revelaban las plumas de su cola que, a pesar de tan lustrosas como lucían, aún no se habían desarrollado por completo. Aquella misma tarde, la marea de la vida que llevaba dentro le indujo a olvidar de nuevo. Cuando su gallina preferida comenzó a deambular con indiferencia cerca de él y emitió su canto para atraerlo, el gallo se precipitó sobre ella, con las plumas erizadas. El hombre que había muerto observó la inestable y oscilante vibración de aquella ave tan resuelta. Pero no fue en el macho en lo que se fijó, sino en la cresta de la ola de la vida, la misma que restalla a cada minuto en el vaivén de la marea del océano de la propia vida. Fue en aquel momento cuando tuvo la sensación de que el destino de la vida le resultaba más intenso y apremiante que el de la muerte. El hado de la muerte era como una sombra en comparación con el feroz destino de la vida, con el oleaje de la vida y su determinación.

Cuando cayó el crepúsculo, el campesino regresó a casa en el asno, y comentó:

—¡Maestro! dicen que alguien ha robado el cuerpo del huerto, que la tumba está vacía y que han retirado la guardia. ¡Malditos romanos! Allí estaban unas mujeres, y lloraban.

El hombre que había muerto miró al hombre que no había muerto.

—Está bien —le dijo—. No digas nada, y estaremos a salvo.

El campesino se sintió aliviado. Tenía aspecto de sucio, de alelado: nunca resplandecería en él ni siquiera la gallardía de aquel gallo joven, al que había atado por una pata. Carecía de arrojo. Mas el hombre que había muerto pensó: “¿Por qué debería ser salvado? Basta con remover los terrones para airearlos; no es preciso alzarlos. Que la tierra sea tierra, y que se plante cara al cielo. Me equivoqué al tratar de ensalzarla, me metí donde no me llamaban. La reja del arado de la devastación hendirá el suelo de Judea, y la vida de este campesino será aventada, igual que un terrón. No hay hombre capaz de impedir que la tierra sea labrada. Se trata de eso, de cultivar, no de salvar...”.

Contempló a aquel campesino, a aquel labrador, con compasión. Pero el hombre que había muerto no sintió ni el más mínimo deseo de inmiscuirse en el alma del hombre que no había muerto, y que quizá nunca moriría, aunque sí que habría de retornar a la tierra. Que vuelva a la tierra a su hora y que nadie trate de entrometerse en lo que la tierra reclama como propio. Y el hombre de las cicatrices permitió que el labriego se apartase de él, porque carecía de la posibilidad de renacer. Sin embargo, el hombre que había muerto se paró a reflexionar: “Es mi anfitrión”.

Al amanecer, cuando se sintió mejor, el hombre que había muerto se levantó y, de nuevo lentamente, dirigió sus pies ulcerados hacia el huerto, porque en un huerto había sido traicionado y, también en un huerto, enterrado. Tras rodear unos macizos de laurel, cerca ya de la pared de la roca, vio que una mujer, vestida de azul y amarillo, rondaba por la tumba,

y que introducía la cabeza, una vez más, por la entrada del sepulcro, honda como un pozo sin fondo; pero allí no había nada. Se retorció las manos, y sollozó. Cuando se alejaba, vio al hombre vestido de blanco, de pie, junto a los laureles, y dio un grito, creyéndolo un espía. Acto seguido, exclamó:

—¡Se lo han llevado de aquí!

Y el hombre la llamó:

—¡Magdalena!

La mujer se tambaleó, como si fuera a caerse, porque lo había reconocido. Y él le dijo:

—¡Magdalena! No tengas miedo. Estoy vivo. Me enterraron demasiado pronto, y he retornado a la vida. He permanecido oculto en una casa.

Sin saber qué decir, la mujer se postró a sus pies para besarlos.

—No me toques, Magdalena —le dijo—. ¡Todavía no! Aún no estoy curado, ni he vuelto a tener contacto con los hombres.

La mujer se echó a llorar, porque no sabía qué hacer. Y él añadió:

—Vamos a otro sitio, ahí entre los arbustos, donde podamos hablar sin ser vistos.

Con el manto azul y la túnica amarilla, ella le siguió por entre los árboles, hasta que él se sentó bajo unos mirtos. Y él le dijo:

—Todavía no estoy recuperado del todo. ¿Qué habrá que hacer de ahora en adelante, Magdalena?

—¡Maestro! —le respondió—. ¿Cuánto te hemos llorado! ¿Volverás con nosotros?

—Lo que ha concluido, bien acabado está y, para mí, el final ya es pasado —le replicó—. El curso de agua fluirá hasta que haya lluvia que lo abastezca; entonces, se secará. Para mí, aquella vida se acabó.

—¿Y renunciarás a tu victoria? —le preguntó la mujer, con un dejo de tristeza.

—Mi triunfo —le respondió— consiste en que no estoy muerto. He sobrevivido a mi misión, y no sé nada más. En

eso consiste mi victoria: he sobrevivido al día y a la muerte de mi intromisión, pero todavía soy un hombre. Aún soy joven, Magdalena; ni siquiera he alcanzado la edad mediana. Estoy contento de que todo haya terminado. Así tenía que ser. Pero, ahora, estoy encantado de que todo haya concluido, de que ya haya pasado el día de mi intromisión. Han muerto en mí el maestro y el salvador. Y ya puedo dedicarme a mis cosas, a llevar mi propia vida.

Ella le escuchaba sin comprenderlo del todo, aunque cierto malestar crecía en su interior, después de lo que le había oído decir.

–Pero, ¿volverás junto a nosotros? –preguntó, con insistencia.

–No sé lo que haré –le contestó–. Cuando haya sanado por completo, lo tendré más claro. Pero mi misión ha concluido, igual que se acabaron mis enseñanzas; la muerte me ha librado de mi propia salvación. Magdalena, quiero llevar mi propia vida, la que me corresponda. Se acabó mi vida pública, esa vida en la que yo era importante. Ahora esperaré en la vida, sin decir nada, sin nadie que me traicione. Quise ser más de lo que abarcan mis manos y mis piernas, y me traicioné a mí mismo. Sé que juzgué mal a Judas, a mi pobre Judas, porque he muerto, y ahora sé cuáles son mis limitaciones. Ahora puedo vivir sin luchar para persuadir a nadie, porque mi horizonte se acaba en la punta de mis dedos, y mis pasos no van más allá de donde me lleven mis pies. Sí, yo, el mismo que me entregaba a las multitudes, aun sin haber estrechado de verdad a nadie entre mis brazos. Pero Judas y el Sumo Sacerdote me han salvado de mi propia salvación. Recobraré mi destino como un hombre que se baña en el mar y llega solo a la orilla, en el alba.

–¿Quieres estar solo, entonces? –preguntó ella–. ¿No significa nada tu misión? ¿No era verdadera?

–No –dijo él–. No más que tus antiguos amantes. Eran mucho para ti, porque tomabas más de lo que dabas. Y por eso llegaste hasta mí para salvarte desde tus propios excesos. Yo también cometí excesos en mi misión: di más de lo que tomé

y también eso es funesto y vanidoso. Así, Pilatos y el Sumo Sacerdote me salvaron de mi excesiva salvación. No cometes otro exceso ahora, Magdalena: eso no es más que otra muerte.

La mujer se inclinó con amargura, porque la necesidad de dar sin límites estaba en ella y no admitía la negación.

—¿Y no volverás a nosotros? ¿Has vuelto para ti solo?

Él sintió el sarcasmo de su voz y observó al hermoso rostro que reclamaba la salvación de la mujer que había sido antes, de la hembra que había dispuesto de los hombres a su antojo. Había en ella la sombría necesidad de que se la salvase de la vieja, de la obstinada Eva que fue de tantos hombres y tomaba más de lo que daba. Pesaba sobre ella, ahora, la otra condena: quería dar sin recibir. Y también eso es duro y cruel para el cuerpo vivo.

—No me he levantado de entre los muertos para buscar nuevamente la muerte—dijo él.

Ella lo miró y notó que el cansancio se marcaba en su rostro de cera, y una vasta desilusión en sus ojos negros y una profunda indiferencia. Él sintió su mirada y se dijo:

“Ahora mis mismos discípulos querrán volver a matarme por haber vuelto diferente del que esperaban”.

—¿Pero no volverás con nosotros, que te amamos?

Él rió un poco y dijo:

—¡Ah, sí! —y luego agregó—: ¿Tienes algunas monedas? ¿Me puedes prestar algunas monedas? Debo saldar una deuda.

Ella no tenía mucho, pero le gustaba darle.

—¿Crees—dijo él— que podría ir a vivir a tu casa?

Ella clavó en él sus grandes ojos azules, que brillaban extrañamente.

—¿Ahora?—preguntó la mujer con un tono en el que había algo de triunfo.

Y él, que huía ahora de todo triunfo, propio o ajeno, respondió:

—Ahora no. Más tarde, cuando esté curado y... en contacto con la carne.

Las palabras le faltaron. Y supo en su corazón que nunca iría a vivir a casa de ella. Porque el resplandor del triunfo había iluminado los ojos de Magdalena: la codicia de dar. Pero ella murmuró emocionada:

—Bien sabes que te lo daría todo.

—No —dijo él—. No pedí eso.

El recuerdo de su vida pasada lo asaltó de nuevo: la gran náusea de la desilusión que le atravesaba las entrañas. Se tendió sin fuerza bajo los mirtos, pero sus ojos permanecieron abiertos. Y ella lo volvió a mirar y vio que no era el Mesías. El Mesías no había vuelto. El entusiasmo, la arrebatada juventud, la ardiente pureza se habían ido. ¿Dónde estaban? Su juventud estaba muerta. Este hombre estaba cargado de años y desilusiones, con una terrible indiferencia y una determinación que el amor no quebraría. No era este el Maestro que ella había adorado, joven, fogoso, descarnado, el exaltado conductor de su alma. Este hombre se parecía a sus antiguos amantes, pero con una mayor indiferencia en lo relativo a las cuestiones personales, y una menor susceptibilidad.

Y se sintió despojada de su extático y angustioso sentimiento de adoración. Este hombre resucitado representaba la muerte de sus sueños.

—Debes irte ahora —le dijo él—. No me toques, porque pertenezco aún a la muerte. Regresaré aquí dentro de tres días. Ven si quieres, al alba, y hablaremos de nuevo.

Conturbada y abatida, se alejó de su lado. Mas, mientras caminaba, su mente desechó la amarga realidad, recreó su capacidad de éxtasis y asombro, y decidió que el Maestro había resucitado, y que no estaba muerto. ¡Estaba de pie el Salvador, el único capaz de ensalzar, el hacedor de maravillas! Había resucitado, y no como hombre, sino como el mismo Dios: la carne no podía rozarle, y sería arrebatado al Paraíso. Se trataba del más glorioso y fantástico de los milagros.

Mientras tanto, el hombre que había muerto se recogió en sí mismo y, lentamente, recorrió la distancia que le separaba de la casa del campesino. Se sentía feliz de regresar a aquel

lugar, lejos de Magdalena y de sus propios discípulos. Porque aquellos labradores participaban de la inercia de la tierra y le permitirían descansar, y no le pedían nada.

La mujer estaba en la azotea; lo esperaba. Tenía miedo de que se hubiera marchado, porque la presencia de ese hombre en la casa era dulce para ella como el vino. Se apresuró a abrirle la puerta.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. ¿Por qué te fuiste?

—He ido a dar un paseo por el huerto. He visto a una amiga que me prestó unas monedas. Son para ti.

Y extendió su esquelética mano con la pequeña suma que era todo lo que Magdalena le había dado. Como no andaban bien de dinero, brillaron los ojos de la mujer del campesino, quien exclamó:

—¡Oh, maestro! ¿De verdad es para mí?

—¡Tómalo! —le replicó—; sirve para comprar pan, y el pan nos da vida.

Y fue a tumbarse de nuevo en el patio, contento por encontrarse otra vez solo. Con aquellos campesinos podía estar a solas, cosa que sus propios amigos jamás le permitirían. En la seguridad que le daba aquel patio, hasta el gallito le resultaba agradable, incluso si graznaba con aquel incomparable entusiasmo por la vida, aun cuando su canto finalizase en la insalvable humillación de estar atado por una pata. Aquel día el asno estaba en el cobertizo, y meneaba el rabo. El hombre que había muerto se tumbó, y se apartó de la vida por completo, dominado por el hastío de la muerte en vida.

Pero la mujer le llevó vino, agua y unos dulces; se despabiló; y comió un poco por complacerla. Hacía calor aquel día y, cuando ella se agachó para servirle, él contempló, bajo su túnica, cómo se agitaban los pechos de aquel humilde cuerpo. Supo que ella, joven y no desagradable como era, anhelaba que él la deseara. Y él, que nunca había conocido mujer, la hubiera deseado de haber podido. Pero no sentía ningún deseo de ella, aunque se sintió ligeramente atraído por aquel humilde cuerpo inclinado. Era incapaz de fundirse con los pensamientos, con

la vida interior de aquella mujer. Ella estaba encantada con el dinero, y ahora quería conseguir algo más de él. Y deseó que aquel cuerpo la estrechara. Pero su pobre alma era seca, corta de miras y pacata, y, aunque su cuerpo experimentaba cierto deseo, carecía del sentido de cálido agradecimiento ante un regalo. En voz baja, él le dirigió unas palabras afables, y se fue. Se sentía incapaz de tocar aquel pequeño y triste cuerpo: ni la pobre y limitada vida de aquella mujer, ni la de ninguna otra. Se alejó sin dudarle siquiera.

Aunque hubiera resucitado, había caído en la cuenta, finalmente, de que también el cuerpo gozaba de una vida propia a su manera, aunque, más allá de él, se extendiese la vida con mayúsculas. Era virgen y rechazaba la pobretona, pero ansiosa, vida de los cuerpos. Pero ahora sabía que también la virginidad es una forma de deseo, y que el cuerpo está siempre dispuesto a dar y a tomar, a tomar y a dar, sin medida. Se daba cuenta también de que había regresado por una mujer, o por las mujeres, esos seres que saben de la vida verdadera del cuerpo, que no conocen límites para dar ni para tomar, y con las que podría fundir su propio cuerpo. Pero como había muerto, se había cargado de paciencia, porque sabía que tenía tiempo, toda una eternidad. Y no se dejaba guiar por impetuosos deseos, como tampoco se permitía entregarse a los demás ni adueñarse de nada para sí. Porque había muerto.

El campesino regresó del trabajo, y le comentó:

—Maestro, gracias por el dinero; pero no era lo que pretendíamos: todo lo que tenemos es tuyo.

El hombre que había muerto se sintió entristecido, porque allí estaba aquel labrador, en el pobre y limitado cuerpo que le había tocado en suerte, mientras sus ojos brillaban astutamente con la esperanza de mayores y posteriores recompensas monetarias. Ciertamente que el campesino lo había cobijado gratuitamente, y había corrido el riesgo de no recibir nada a cambio. Pero las esperanzas que albergaba acrecentaban su astucia, porque no de otra madera están hechos los seres humanos. Cuando el agricultor se aproximó para ayudarlo a

incorporarse, porque ya había anochecido, el hombre que había muerto le dijo:

–No me toques, hermano, porque aún no he subido al Padre.

El sol brilló aún un instante en toda su plenitud, y el gallo joven pareció más lustroso. Pero el campesino aseguró la cuerda, y el animal se sintió prisionero. Como, en aquel ser, la llama de la vida había alcanzado el punto de culminación, el ave miró de soslayo y con arrogancia al hombre que había muerto. Este sonrió afablemente al animal, y le dijo:

–Seguro que, de entre todas las aves, tú has subido ya hasta el Padre.

A modo de respuesta, el joven gallo cantó.

Cuando, al amanecer del tercer día, el hombre se dirigía al huerto, caminaba absorto, sin dejar de pensar en la vida del cuerpo con mayúsculas, la que va más allá de la pequeña y limitada vida personal. Dejó atrás los tupidos macizos de laurel y mirtos, y se llegó hasta la roca, cuando, de pronto, observó que había tres mujeres junto a la tumba. Una era Magdalena; otra era la mujer que había sido su madre; la tercera resultó ser una mujer a quien conocía, llamada Juana. Alzó la vista y las miró a las tres. Ellas lo vieron y sintieron temor.

Se mantuvo a cierta distancia, porque sabía que le iban a exigir que regresase, físicamente. Pero él no quería volver con ellas en modo alguno. Desde su palidez, en aquella mañana gris que amenazaba lluvia, las vio y se alejó. Pero Magdalena echó a correr tras él.

–No he sido yo quien las ha traído –le dijo–; vinieron por sí mismas. Mira, te he conseguido más dinero... ¿No vas a hablar con ellas?

La mujer le dio unas monedas de oro; él las tomó, y repuso:

–¿Puedo quedarme con este dinero? Lo necesitaré. No puedo hablarles, porque aún no he subido hasta el Padre. Tengo que dejarte.

–Y, ¿adónde vas? –gritó la mujer.

Él la miró, y percibió cómo se aferraba al hombre que en él había muerto, y que muerto estaba; al hombre que había sido en su juventud, cuando llevaba a cabo su misión, al casto y apocado; a lo que había sido su vida con minúsculas, cuando daba sin tomar nada a cambio.

—¡Tengo que subir hasta mi Padre! —le respondió.

—¿Y vas a dejarnos así? ¡Allí está tu madre! —le gritó, volviéndose con aquella angustia familiar, que a ella le era dulce todavía.

—Tengo que ascender hasta mi Padre —le replicó—. Dio unos pasos hacia atrás, en dirección a los arbustos, se volvió rápidamente y se fue, mientras decía para sí: “No pertenezco a nadie, y carezco de ataduras, misión o evangelio que anunciar. Y aun así no puedo hacer mi propia vida. ¿Qué tengo que salvar?.. Aprenderé a estar solo.

Y regresó a la casa del campesino, al patio en el que estaba el gallo joven, atado por una pata con un cordel. Y no deseó estar con nadie, porque era mejor permanecer a solas, y la presencia de la gente lo hacía sentirse solo. El sol y el sutil bálsamo de la primavera curaron sus quebrantos. Hasta comenzó a cerrarse la herida abierta de la desilusión que le traspasaba las entrañas. Su necesidad de hombres y mujeres, su ansia de tenerlos alrededor y ser salvado por ellos parecía desvanecerse. Cualquier contacto entre él y la humanidad habría de ser, en adelante, libre y sin obligaciones. Y comentó para sí: “Traté de forzarlos a vivir; por eso, ellos me obligaron a morir. Es el fruto de toda compulsión. La cautela mata a la acción. Ha llegado mi hora de estar solo”.

En consecuencia, no volvió por el huerto. Pero gustaba de tumbarse y mirar al sol; o de caminar, al atardecer, entre los olivos retorcidos o por el trigo verde, que crecía un palmo cada día de buen tiempo. Y no dejaba de pensar: “Qué bien que ya haya concluido mi misión, y que me encuentre más allá de todo. Ahora podré estar solo, y dejar que las cosas sigan su curso, que la higuera sea estéril si ese es su deseo, o que los ricos puedan serlo sin más. Mi camino es mi propia soledad”.

Y los verdes brotes de las hojas de la higuera se desarrollaron con ayuda de la brillante, traslúcida y verde sangre del árbol. Y el gallo joven mejoró, y se puso más lustroso con el calor del sol, aunque seguía atado por una pata con un cordel. Y el ocaso resultaba cada vez más impresionante, en el aire dorado y rojo. El hombre que había muerto tomó conciencia de todo eso, y pensó: “La Palabra es como una mosca que nos molesta al anochecer. El hombre vive atormentado por las palabras, que son como moscas, y que le persiguen hasta la tumba, pero ya no pueden ir más allá. He llegado al lugar en que las palabras no me lastiman, y el aire está limpio, y no hay nada que decir: estoy a solas, dentro de mi propia piel, que es como la frontera de mi dominio”.

Se curó de sus heridas, y disfrutó de la inmortalidad de estar vivo, ajeno a toda inquietud. Porque en la tumba se había despojado de los lazos que conocemos como preocupaciones; porque en la tumba había dejado su inquieto yo con sus ansias de imposición y de afirmación. Ahora, curado del desprendimiento de su propio ser, complacido en su fuero interno, sonrió para sus adentros en la soledad absoluta, que es también una suerte de inmortalidad.

Y entonces se dijo: “Vagaré por la tierra, y no diré nada, porque nada resulta tan maravilloso como estar a solas, apartado, en el inconstante mundo de los fenómenos. No lo he visto bien: cuando estaba en él, me cegó mi propia confusión. Ahora erraré por el conmovedor y agitado mundo exterior, porque sólo la emoción, que vive en todas las cosas, me permite estar en perfecta soledad”.

Hizo un examen de conciencia y decidió ser médico, porque todavía conservaba el poder de sanar a cualquier adulto o niño que le moviesen a compasión. Se cortó el pelo y se afeitó la barba, según la costumbre, y sonrió para sus adentros. Se compró unas sandalias, una túnica adecuada y se cubrió la cabeza con un sombrero para ocultar las pequeñas cicatrices. Y el campesino le preguntó:

—Maestro, ¿te alejarás de nuestro lado?

—Sí, porque ha llegado la hora de que vuelva con los hombres.

Le entregó una moneda al labrador, y le dijo:

—Dame el gallo que se escapó, y que tienes atado por la pata. Quiero llevármelo conmigo.

A cambio de la moneda, el campesino le entregó el ave al hombre que había muerto. Y, al amanecer, el hombre que había muerto orientó sus pasos hacia el mundo exterior, para saciarse en él con su propia soledad. Porque antes se había mezclado demasiado en él. Después había muerto. Ahora volvería y se mantendría solo en él. Pero ni siquiera entonces estaba completamente a solas, ya que, bajo el brazo, y mientras caminaba, llevaba el gallo, cuya cola ondeaba alegremente por detrás, y que estiraba la cabeza, preso de gran agitación, porque se aventuraba también, por vez primera, en el anchuroso mundo exterior, que es capaz de conmover hasta el cuerpo de los gallos. La mujer del campesino derramó unas lágrimas, y se metió en casa, como campesina que era, para echar otro vistazo a las monedas. Hasta le pareció que aquellas piezas de metal emitían maravillosos destellos.

Era un día soleado aquel en el que el hombre que había muerto se echó a andar. A medida que caminaba, miraba a todas partes; se hizo a un lado al paso de una recua que iba a la ciudad. Y se dijo: “¡Sucio y limpio a un tiempo! ¡Qué extraño es el ancho mundo de las cosas! Soy el mismo, pero me siento apartado, mientras la vida bulle de maneras distintas. ¿Por qué me empeñaría en que ese borboteo fuera idéntico para todos? ¿Qué es lo que he predicado? Es más fácil que un sermón se apelmace como el fango, o se ciegue como un manantial, a que eso ocurra con un salmo o con un cantar. Me equivoqué. Y entiendo que me ajusticiaran por haberles predicado. Aunque, finalmente, no lo han conseguido, porque he resurgido en mi propia soledad, y heredo la tierra, puesto que ya no tengo pretensiones sobre ella. Estaré solo en medio del bullir de todas las cosas. Para siempre, y esto es lo primero y fundamental, estaré solo. Pero he de arrojar a este pájaro al hervidero de los

fenómenos, porque tiene que hacer su vida. ¡Con qué pasión la contempla! En algún sitio, muy pronto, lo dejaré con unas gallinas. Y quizás alguna noche encuentre yo a una mujer que espabile mi cuerpo resucitado, sin que deba renunciar a mi soledad. Porque ha muerto el deseo en mi cuerpo, y ya no pertenezco a ningún sitio, bien lo sé. Todo, al fin de cuentas, es vida. Este gallo resplandece en su estruendosa soledad, y aun así es capaz de dar respuesta a la llamada de las gallinas. Tengo que darme prisa en llegar a aquel pueblo que está más adelante, encaramado en la colina. Porque ya estoy cansado y me siento débil, y quiero cerrar los ojos a todo lo que me rodea.

Al apresurar la marcha con la esperanza de llegar pronto, alcanzó a dos hombres, que caminaban despacio, mientras charlaban. Como sus pasos eran sigilosos, los oyó que hablaban de él. Y los reconoció, porque les había conocido durante su vida, en el tiempo de su misión. Los saludó, pero no se dio a conocer y, en la sombra del crepúsculo, ellos no lo reconocieron. Y les preguntó:

—¿Qué fue de aquel hombre que decía ser rey y que fue condenado a muerte por ello?

Con una sombra de suspicacia, ellos le respondieron:

—¿Por qué quieres saber de él?

—Lo conocí, y he pensado muchas veces en él —fue su respuesta.

Ellos le aseguraron:

—Ha resucitado.

—¡Vaya! Y, ¿dónde está? ¿Dónde vive?

—No lo sabemos, porque no nos ha sido revelado. Sólo sabemos que ha resucitado y que, dentro de poco, subirá hasta el Padre.

—¡Ya! Y, ¿dónde está su Padre?

—Si no lo sabes, es que eres un gentil. Su Padre está en los cielos, sobre las nubes y el firmamento.

—¿De verdad? Y, ¿cómo ascenderá hasta allí?

—Será arrebatado en toda su gloria, como Elías, el profeta.

—¿Hasta el cielo?

—Hasta el cielo.

—Entonces no ha resucitado en carne y hueso.

—Ha resucitado en carne y hueso.

—Y, ¿ascenderá su cuerpo hasta el cielo?

—El Padre que está en los cielos se lo llevará con Él.

El hombre que había muerto no dijo más, porque no tenía nada más que decir, y las palabras solo engendran palabras, como insectos. Pero, los dos hombres le preguntaron:

—¿Por qué llevas un gallo?

—Soy curandero —les respondió—, y esta ave tiene virtud.

—¿No eres creyente?

—¡Sí! Creo que el ave está llena de vida y virtud.

Tras decir esto, siguieron su camino en silencio. Pero él entendió que no les había gustado su respuesta. Y sonrió para sí, porque los hombres de mente estrecha son uno de esos peligrosos fenómenos que se dan en el mundo, ya que niegan el derecho de sus semejantes a permanecer solos. Cuando llegaban a las afueras del pueblo, el hombre que había muerto se plantó ante ellos, a la luz del crepúsculo, y les preguntó con su antigua voz:

—¿No me reconocen?

—¡Maestro! —exclamaron, llenos de miedo.

—¡Sí! —les respondió, con un amago de sonrisa.

Pero torció de repente por una callejuela lateral, y cruzó las murallas antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.

Llegó a una posada, donde había unos burros en el patio. Pidió unos buñuelos, y se los prepararon. Luego, se quedó dormido bajo un cobertizo. A la mañana siguiente, lo despertaron unos tremendos graznidos, al tiempo que el canto de su gallo le retumbaba en los oídos. Y vio al gallo de la posada, seguido por numerosas gallinas, que se aprestaba a pelear. Entonces, el ave del hombre que había muerto aleteó hacia adelante, y comenzó la pelea. El posadero acudió a toda prisa para poner a salvo a su animal, pero el hombre que había muerto le dijo:

—Si gana mi gallo, te lo regalo; si pierde, podrás comértelo.

Los dos lucharon salvajemente, hasta que el gallo del hombre que había muerto acabó con la vida del vulgar gallo de la posada. Entonces el hombre que había muerto le habló a su joven gallo:

–Tú al menos has alcanzado ya tu reino, y las hembras adecuadas a tu cuerpo. Tu soledad llegará a ser esplendorosa gracias al seductor aderezo de tus hembras.

Y allí abandonó al gallo, y se fue para introducirse más en el mundo exterior, que no es sino un vasto complejo de enredos y alicientes. Y se hizo a sí mismo una última pregunta:

–¿De qué y para qué habría que salvar a este infinito torbellino?

Siguió su camino, a solas. Pero el palpitar del mundo le parecía increíble, a medida que observaba, por todas partes, aquel peculiar enredo de pasiones, circunstancias y compulsiones, como si no hubiese nada más que el pavoroso insomnio del apremio. Lo que volvía locos a los hombres era el miedo, el temor ante la muerte definitiva. Y se vio obligado a cambiar de lugar continuamente, porque si permanecía en un mismo sitio, sus vecinos percibían el dominio que tenía sobre ese miedo y recibía amenazas. No había nada que pudiera hacer, porque, como en una insana afirmación de su propio ser, todos trataban de apremiarle, lo que representaba una violación de su soledad intrínseca. Una única obsesión se hacía presente en todas las ciudades, en todas las sociedades, hasta en cada uno de sus anfitriones: esclavizar a cada hombre, a todos los hombres. Porque todos, hombres y mujeres por igual, estaban locos por culpa de aquel miedo egoísta ante su propia nada. Y pensaba en lo que había sido su propia misión, en cómo había luchado por que aflorase la compulsión del amor en todos los hombres. Y sintió de nuevo la antigua náusea, porque no había relación posible sin que se produjese un intento, aunque sutil, de llevar a cabo algún tipo de compulsión. Y él ya había sido urgido bastante, hasta la muerte. La náusea abrió sus viejas heridas y las dejó en carne viva, y contempló de nuevo el mundo con repulsión, temeroso ante su sórdido contacto.

SEGUNDA PARTE

Desde las invisibles nieves del Líbano, soplabla con fuerza un viento frío, de tierra adentro. Sin embargo, orientado al sur y al oeste, en dirección a Egipto, el templo recibía los cálidos rayos de un espléndido sol invernal que, en su declinante trayectoria hacia el mar, inundaba las pintadas columnas de madera que lo sustentaban. Unos cuantos árboles impedían ver el mar, aunque se oía cómo rompían las olas entre el rumor de los pinos. El aire se tornaba dorado en el atardecer. Vestida con una túnica amarilla, la mujer que atendía el culto de Isis permanecía de pie, mientras contemplaba las empinadas cuestas que bajaban hasta el agua, donde, agitados por el viento, unos cuantos olivos devolvían reflejos tan plateados como la espuma marina. Aparte de la diosa, estaba sola. Aquella tarde de invierno, la luz se prolongaba, vertical y magnífica, por encima del mar invisible, y acariciaba los montículos costeros. Ella caminó en dirección al sol por la arboleda de pinos mediterráneos y de robles de hoja perenne, hasta el lugar donde se alzaba el templo, una reducida lengua de tierra cubierta de vegetación, entre dos ensenadas.

En realidad, era muy poco lo que se podía andar. Permaneció de pie entre los troncos secos de los pinos más próximos al agua, junto a unas rocas lamidas y golpeadas por el mar, con el rostro vuelto hacia aquel horizonte en el que resplandecía el sol de invierno. El mar se tornaba oscuro, casi añil, a medida que los penachos blancos de las olas se alejaban de tierra firme. La mano del viento le confería extrañas sombras, igual que los plateados reflejos de los olivos de la pendiente. No se veía embarcación alguna.

Las tres barcas, sin embargo, estaban varadas en la abrupta playa pedregosa de la pequeña bahía, cerca de una torrecita

gris. En el borde del arenal había un cercado alto que rodeaba un huerto, cuya superficie ocupaba el escaso terreno llano que albergaba la bahía, y que ascendía, en sucesivas terrazas, por las empinadas cuevas que configuraban la costa. Allí, un poco más arriba, al abrigo de otra cerca, se alzaba una villa de una sola planta, blanca, blanca y solitaria como la costa, orientada hacia el mar. Arriba, mucho más arriba, donde los olivos dejaban paso de nuevo a los pinos, discurría un camino costero, que se encaramaba por encima de unos barrancos que se precipitaban en la bahía.

La incomparable luz de aquel atardecer del mes de enero inundaba el paisaje. O, mejor, era como si todo formase parte del gran sol: incluso el brillo, la esencia y la inmaculada soledad del mar; todo era un puro resplandor.

Agazapados en unas rocas que sobresalían del agua oscura en incesante movimiento, dos esclavos medio desnudos preparaban unas palomas para cenar. Con una concentración digna de verse, atravesaban el cuello de cada uno de aquellos pájaros vivos y azulados, y dejaban que las gotas de sangre fuesen a parar a aquel mar tumultuoso; parecía que llevasen a cabo un sacrificio, algún ritual mágico. De amarillo y blanco, sola, como un narciso de invierno, la mujer del templo permanecía de pie entre los pinos de la pequeña península elevada que albergaba el oculto santuario, y los observaba.

De pronto una paloma blanca y negra, de un blanco vivísimo, como un fantasma surgido del oscuro mar de más abajo, echó a correr, se lanzó al aire, se balanceó, planeó, se elevó y voló sobre los pinos, para irse tierra adentro hasta convertirse en una motita. Se les había escapado. La sacerdotisa oyó el grito de uno de los esclavos, uno de los trabajadores de la finca, un muchacho de unos diecisiete años. Alzó sus brazos hacia el cielo, furioso, mientras la paloma desaparecía, y así los mantuvo, desnudo, furibundo, joven. Se volvió a continuación y, en un acceso de rabia, atrapó a la chica, y la golpeó con su puño tinto en la sangre de la paloma. Ella se acurrucó y se protegió la cara, pasiva, temblorosa. Mientras, su ama los

miraba. Fue entonces cuando distinguió a otro espectador, alguien desconocido, con un sombrero bajo y ancho, y un manto gris cosido a mano; un hombre de barba oscura, que estaba de pie en el pequeño arrecife rocoso que formaba el istmo de la península en la que se hallaba el templo. Reparó en él gracias a las ondulaciones de su capote gris oscuro. Él también la vio, a lo lejos, entre las rocas, como un narciso blanco y amarillo, por el revoloteo de la blanca túnica de lino que llevaba bajo un manto amarillo de lana. Ambos miraban a los dos esclavos.

De pronto, el joven dejó de golpear a la muchacha. Se inclinó sobre ella y la tocó, como si tratase de hacerla hablar. Pero, inerte, la chica permanecía en el suelo, con la cara contra la roca pulida. El chico la rodeó con sus brazos y la levantó, pero ella se dejó caer como un muerto, aunque demasiado rápidamente como para que así fuera. Con encarnizada urgencia, el joven la tomó por las caderas y, tras darla vuelta, la abrazó contra sí. A pesar de todo el esfuerzo que concentraba en sus hombros, la muchacha parecía desvanecida. Con gesto decidido, aunque inconsciente, el muchacho se entrelazó con ella, y le introdujo las manos entre los muslos para separárselos. Un momento más tarde, la poseía con el frenesí ciego y asustado de las primerizas pasiones juveniles. En fogoso delirio, con instantánea ceguera, su cuerpo joven y desnudo se estremeció sobre el de la joven durante un minuto. Luego quedó inmóvil, como muerto.

Aterrado, echó una ojeada. Despacio, miró a hurtadillas a sus pies, y se colocó el taparrabo. Primero, vio al hombre desconocido; luego, en unas rocas más lejanas, a la dama de Isis, su ama. Cuando la vio, todo su cuerpo se encogió, amedrentado y, con un extraño movimiento reptó como pudo hasta la puerta del cercado.

La chica se sentó, y le siguió con la mirada. Cuando vio cómo desaparecía, también ella miró a su alrededor, y contempló al forastero y a la sacerdotisa. A continuación, se dio vuelta con brusquedad, como si no hubiera visto nada, para clavar sus ojos en las cuatro palomas muertas y en el cuchillo,

que yacían sobre la roca. Y comenzó a arrancar las plumas más pequeñas que, con el viento, se elevaban como si fueran partículas de polvo.

La sacerdotisa se alejó. ¡Esclavos! ¡Que el capataz se ocupase de ellos! Ella no tenía ningún interés en esa clase de asuntos. Por entre los pinos, regresó lentamente hasta el templo, que seguía bañado por el sol, en el minúsculo claro, en mitad de aquella lengua de tierra. Era un pequeño santuario de madera, pintado de rosa, blanco y azul, en cuya fachada había cuatro columnas, también de madera, que se alzaban como tallos hasta los abultados brotes de loto egipcio que coronaban cada uno de los pilares, y que, abiertos, sujetaban el tejado, adornado con flores de loto y espinas en el friso exterior, que rodeaban todo el perímetro bajo los aleros. Dos peldaños de piedra conducían hasta el atrio, delante de las columnas; tras ellas, las puertas de acceso al templo estaban abiertas. Había un pequeño altar de piedra, con algunos rescoldos en el ara; unas oscuras manchas de sangre teñían las hendiduras.

Conocía aquel templo muy bien, porque ella misma lo había erigido, a sus expensas, y a él se había dedicado durante siete años. Allí estaba, rosa y blanco, como una flor en el pequeño claro, que se recortaba contra los oscuros robles de hoja perenne. Las sombras del atardecer rozaban ya la base de las columnas.

Entró despacio en el santuario, cruzó la oscura nave interior, débilmente iluminada por una lámpara de aceite perfumado. Y una vez más, arrimó la puerta para cerrarla; y, por enésima vez, arrojó unos granos de incienso en el brasero emplazado ante la diosa. También una vez más, se sentó ante su diosa en la penumbra, para adentrarse en los sueños de la divinidad.

Se trataba de Isis; pero no de Isis, la madre de Horus: era una Isis Afligida, una Isis Escudriñadora. De mármol policromado, la diosa alzaba su rostro y avanzaba uno de los muslos través de los delicados pliegues de su túnica, en la angustia de su aflicción y de su búsqueda. Buscaba los

fragmentos de Osiris muerto, muerto y dispersado en pedazos; muerto, fragmentado y repartido en trozos por todo el ancho mundo. Tenía que encontrar sus manos y sus pies, su corazón, sus muslos, su cabeza, su vientre, juntar todas las partes, y rodear con sus brazos aquel cuerpo reconfigurado hasta que entrase en calor y volviese a la vida, para que la abrazase y fecundase su útero. Durante años y años, había padecido aquel singular arrobamiento, aquel angustioso éxtasis. Y ella hinchaba la garganta y sus ojos huecos miraban hacia dentro, en el atormentado misticismo de sus interrogantes, y el delicado ombligo de su vientre, como un capullo, se veía a través de la sutil y ceñida túnica, como símbolo de las eternas preguntas de su búsqueda. A lo largo de los años, lo había recuperado trozo a trozo, corazón, cabeza, miembros, cuerpo. Pero aún no había dado con la última realidad, con el indicio definitivo para llegar a él, con lo único que podría devolvérselo realmente. Porque ella era la Isis del loto sutil, el útero que aguarda escondido y que, ya pimpollo, espera el roce de ese otro sol interior cuyos rayos emanan de las masculinas ijadas de Osiris.

Sola. Tal era el misterio al que había dedicado la mujer siete años de su vida, desde los veinte hasta los veintisiete. Antes, de joven, había vivido un poco en todas partes, en Roma, en Éfeso, en Egipto, porque su padre había sido uno de los capitanes y conmlitones de Antonio, con quien había combatido y al lado de quien estaba cuando el asesinato de César y la oprobiosa época posterior. Tras caer en desgracia en Roma, se dirigió hacia Asia, donde encontró la muerte en unas montañas más allá del Líbano. Su viuda, abandonada toda esperanza de recuperar el favor de Octavio, se retiró a una pequeña propiedad que tenía en la costa de aquel país. Apartó así del mundo a su hija, quien, para entonces, era ya una joven de diecinueve años, hermosa y soltera.

En su juventud, la muchacha había conocido a César, y se había sentido acobardada ante la rapacidad de aquel hombre que era como un águila. En conversaciones acerca de los dioses y de la filosofía, había compartido muchos ratos con

el magnífico Antonio, cuando este lucía su más esplendoroso vigor y rezumaba masculinidad. Porque, como un niño, aquel hombre había sentido fascinación por los dioses, aunque se mofase de ellos y los olvidase en beneficio de su propia vanidad. Un día le comentó a la joven:

—He sacrificado dos tórtolas a Venus en tu nombre, porque mucho me temo que tú no ofreces sacrificios a la dulce diosa. Guárdate de ofenderla. Dime, ¿por qué es la flor de tu entraña tan fría? ¿No hay rayo o resplandor capaces de llegar hasta ella? Créeme; una joven debe abrirse al sol cuando el astro se inclina ante ella para acariciarla.

Y los grandes y brillantes ojos de Antonio le sonrieron, mientras la envolvían con su calor. La joven sintió el maravilloso ardor de toda su masculina belleza, y una corriente enamorada recorrió todos sus miembros, todo su cuerpo. Pero él tenía razón: la honda flor de su vientre permanecía fría, casi helada, como un brote bajo la escarcha, a pesar de sentirse inundada por el fulgor de aquel hombre. Y Antonio, que respetaba al padre de la joven, quien, a su vez, la adoraba, se había apartado de ella.

Siempre pasaba lo mismo. Muchos hombres, jóvenes y viejos, se cruzaron en su camino. Por lo general, se encontraba más a gusto con los más maduros, porque le hablaban pausada y sinceramente, y no esperaban que se abriese como una flor al sol de su masculinidad. Una vez preguntó a un filósofo:

—¿Han nacido las mujeres para entregarse a los hombres?

Y el anciano le contestó pausadamente:

—Pocas son las mujeres que esperan al hombre renacido. Porque, como bien sabes, el loto no puede dar siempre respuesta al ardiente calor del sol. Al contrario, inclina su corola oscura, la oculta en las profundidades y no se mueve. Hasta que, una noche cualquiera, uno de esos escasos soles invisibles que ya han muerto y perdido su brillo resurge de entre las estrellas con un resplandor púrpura y, al igual que las violetas, lanza sus prodigiosos rayos púrpuras en la noche. Es entonces cuando, como si recibiese una caricia, el loto se estremece, y brota de

entre las aguas, y alza su hasta entonces reclinada cabeza, y se abre como ninguna otra flor; derrama los cálidos rayos de su deleite, y ofrece su suave y rico interior, muy superior al de ninguna otra flor, a la penetración de ese sol impetuoso, de oscuros tonos morados, que ha muerto y resurgido, y que no se exhibe. Pero ante los fugaces y dorados resplandores de soles que se dejan ver, como en el caso de Antonio, o de los ardientes soles invernales de los poderosos, como César, el loto ni se conmueve, ni se estremecerá nunca. Otros serán los soles que serán capaces de rasgar ese capullo. Hazme caso; aguarda al renacido; espera hasta que notes el estremecimiento del capullo.

Y ella esperó. Porque, en el universo romano, todos los hombres, ya fueran militares o políticos, eran presumidos, masculinos, espléndidos en apariencia, pero carentes de toda humildad en su interior.

Roma y Egipto la habían dejado sola e indiferente. Era una mujer libre, que jamás se dejaría cegar por un brillo superficial, ni aceptaría un matrimonio de conveniencia. Prefería esperar a que se produjese el estremecimiento del loto.

Fue entonces, cuando, en Egipto, se topó con Isis y descifró su misterio. Llevó a la diosa hasta las costas de Sidón, y vivió con ella el misterio de la búsqueda. Mientras, su madre, que tenía ojo para los negocios, se sintió a sus anchas con la atención que le reclamaba aquella pequeña propiedad y sus esclavos.

Cuando la mujer puso fin a sus meditaciones y se incorporó para cumplir con los últimos y breves ritos de Isis, volvió a llenar la lámpara, abandonó el santuario y cerró la puerta. Fuera del templo, el sol ya se había puesto, y hacía frío en aquella hora del crepúsculo, entre los rumorosos árboles, que aún se movían a pesar de que la fuerza del viento había disminuido.

Desde la oscuridad de uno de los rincones de la escalinata del templo, surgió un desconocido que sostenía su sombrero contra el viento. Era de tez trigueña, con una puntiaguda barba negra.

—Señora, ¿me podría dar albergue? —preguntó a la mujer, que permanecía de pie, con su manto amarillo, un escalón más arriba, junto a una de las columnas pintadas de blanco y rosa. El rostro de la mujer era alargado y pálido; llevaba recogido el cabello rubio oscuro con una fina redecilla dorada. Con indiferencia, contempló al vagabundo. Era el mismo que había visto observando a los esclavos.

—¿Por qué se ha salido del camino? —le preguntó.

—Vi el templo, como una pálida flor en la costa, y me gustaría descansar entre los árboles de este recinto, con el permiso de la sacerdotisa de la diosa.

—Es Isis Escudriñadora —le dijo, como respuesta a su primer comentario.

—Es una diosa magnánima —contestó él.

La mujer lo contempló con recelo. Había una leve y remota sonrisa en aquellos ojos oscuros que la contemplaban, pese a que el rostro parecía marcado por el sufrimiento. El vagabundo adivinó sus dudas, y trató de disimular.

—Quédese aquí, en los escalones —le dijo—; un esclavo le indicará un refugio.

—La señora de Egipto es misericordiosa.

Calzada con unas sandalias doradas, la mujer se fue por el camino rocoso de aquella península con forma de joroba. Bajo su túnica blanca, se veían sus hermosos pies de marfil, mientras que, por encima de su capa azafranada, meneaba la cabeza, de color rubio oscuro, como si estuviera sumida en interminables meditaciones, como una mujer enredada en sus propios sueños. No sin cierta amargura, el hombre esbozó una sonrisa, y se sentó en uno de los peldaños a esperar. Se envolvió en su capote, porque el anochecer era fresco. Al cabo de un rato, apareció un esclavo en atuendo gris de faena.

—¿Eres el que pidió albergue a nuestra ama? —le preguntó, con insolencia.

—Así es.

—Pues, ven.

Con el trato insolente con el que suele atender un esclavo a un vagabundo, el joven lo condujo, a través de los árboles, hasta un pequeño barranco hendido en una roca, donde, casi sumida en la oscuridad, había una minúscula gruta, con un camastro preparado con los altos brezos que crecían en los desolados lugares de aquella costa, bajo los pinos. El sitio estaba oscuro, pero no se oía el rumor del viento. Había un tenue olor a cabras.

—Aquí puedes dormir —dijo el esclavo—; las cabras ya no vienen a esta parte de la isla. ¡Ahí tienes agua! —Y le indicó una pequeña cavidad en la roca, en la que un culantrillo orlaba una cantidad de agua equivalente a un sorbo.

Tras despachar su encargo con tanto desdén, el esclavo desapareció. El hombre que había muerto ascendió hasta la cima de la península, donde batían las olas. Oscurecía rápidamente, y ya se veían algunas estrellas. El viento se calmaba de cara a la noche. La escarpada vertiente que daba al mar estaba oscura, y se perfilaba contra las largas ondas de las olas bajo un cielo traslúcido. Tan solo de vez en cuando, se veía el resplandor de una luz en dirección a la villa.

El hombre que había muerto regresó al refugio. Sacó un trozo de pan de un zurrón de piel, lo mojó en el agua del minúsculo manantial y masticó lentamente. Después de comer y enjuagarse la boca, contempló una vez más las estrellas que brillaban en aquel límpido cielo ventoso, y arregló el brezo del camastro. Tras poner a un lado sombrero y sandalias, colocó el morral bajo una de sus mejillas, a modo de almohada, y se durmió, porque estaba muy cansado. Durante la noche, lo despertó el frío que, fastidiosamente y a pesar del cansancio, se dejaba sentir. Fuera, brillaban las estrellas y todavía soplaba el viento. Se enderezó y se rodeó con sus propios brazos, aterido. A eso del amanecer, volvió a quedarse dormido.

Por la mañana, a la sombra, el ambiente aún era fresco en la costa, a pesar de que el sol ya lucía en lo alto, más allá de las colinas. A esa hora, la mujer salió de la villa y se dirigió al templo. El mar estaba tranquilo, de color azul pálido, rezumaba una renovada frescura, y el viento se había calmado.

La espuma blanca de las olas rompía en las rocas y batía contra los guijarros de la pequeña ensenada. Lentamente, la mujer se dirigió hacia su sueño, aunque se daba cuenta de que se había producido una interrupción.

Cuando caminaba por el pequeño istmo rocoso hacia la península y, entre los árboles, ascendía por la pendiente que conducía hasta el templo, apareció un esclavo en sentido contrario, que se quedó de pie y le hizo una reverencia. Su humildad no revelaba más que disimulada insolencia.

—¡Habla! —dijo la mujer.

—Señora, el hombre está todavía ahí, dormido. ¿Puedo hablar, señora?

—¡Habla! —repitió ella, con disgusto.

—Señora, ese hombre es un malhechor fugitivo.

El esclavo parecía exultante por erigirse en portador de noticias desagradables.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¡Mire sus manos y sus pies! ¿Por qué no le echa la señora una ojeada?

—¡Guíame hasta allí!

Rápidamente, el esclavo la condujo por el terraplén del montículo que llegaba hasta el pequeño barranco. Allí se detuvo, mientras la mujer se deslizaba por la hendidura que llevaba a la gruta. Por un momento, sintió los latidos de su corazón, porque, por encima de todo, debía preservar la inviolabilidad del templo.

El vagabundo estaba dormido, con la mejilla apoyada en el morral, y envuelto en su manto. Pero mantenía juntos sus sucios y desnudos pies para darse calor, mientras que una de sus manos le colgaba, apretada, mientras dormía. Y la mujer contempló las cicatrices en la pálida piel de los pies de aquel hombre, normalmente cubiertas por las tiras de las sandalias, así como en la palma de su mano abandonada.

No le interesaban los hombres, y menos los que pertenecían a la clase servil. Aun así, contempló aquel rostro dormido, ajado, hundido y, más bien feo. Pero, como verdadera sacerdotisa, se

fijó también en otro tipo de belleza, en la diáfana quietud de aquella vida interior. Incluso apreció una cierta majestad en aquellas cejas oscuras, que se perfilaban contra las inmóviles y maltratadas mejillas. Vio cómo sus largos cabellos negros, al margen de la moda romana, mostraban grises pinceladas en las sienes, mientras algunos pelos canos sobresalían de su barba negra y puntiaguda. Como aquel hombre era joven, eso solo podía deberse al sufrimiento o al infortunio, porque su piel morena aún conservaba el brillo plateado de la juventud.

De la delicada fealdad de aquel hombre emanaba la belleza de quien mucho ha sufrido, así como el pausado y atractivo candor de una vida admirable. Por primera vez, se sintió impresionada al ver a un hombre, como si hubiera sentido el roce de la hermosa llama de la vida. Los hombres habían despertado en ella toda clase de sentimientos, pero nunca se había sentido tocada por la mismísima llama de la vida.

Regresó hasta la roca en la que aguardaba el esclavo.

—¡Oye! —le dijo—; no se trata de un malhechor, sino de un ciudadano libre procedente de Oriente. No le molestes. Cuando despierte, condúcele hasta mí. Dile que me gustaría hablar con él.

Se expresó con frialdad, porque los esclavos le provocaban invariablemente una cierta repulsión: estaban demasiado metidos en su inferior forma de vida, y hasta sus apetitos y escasa conciencia le resultaban desagradables. Se envolvió, pues, en su sueño, y se dirigió al templo, donde una esclava ya había llevado, para ponerlos en el altar, rosas y jazmines de invierno. Pero, en aquel momento, no se sentía concentrada en su ministerio.

El sol se alzó sobre el montículo. Y, con su más prístina frescura, la luz se derramó triunfante sobre la pequeña península costera cubierta de pinos, así como sobre el templo de color rosa. El hombre que había muerto se despertó, y se calzó las sandalias. Se puso el sombrero, se colgó el zurrón bajo el capote y salió al exterior para contemplar el azul y los renovados tonos dorados de aquella mañana. Observó

un pequeño narciso blanco y amarillo, que irradiaba alegría entre las rocas. Y vio al esclavo que lo esperaba, en actitud amenazante.

—Maestro —dijo el esclavo—, nuestra ama quiere hablar con usted en el templo de Isis.

—Está bien —contestó el vagabundo.

Se puso en marcha sin prisa, deteniéndose a veces para mirar el mar azul pálido, como una flor en su imperturbable floración, y las franjas blancas que sobresalían entre las rocas, como néveas inflorescencias que surgieran de las piedras; también las escarpadas pendientes que se apartaban de la costa en dirección ascendente, grises allí donde había olivos, verdes si brillaban los trigales jóvenes. Y todo coronado por la pequeña y blanca villa. Todo era hermoso y puro en aquella mañana de enero.

El sol bañaba una de las esquinas del templo, y el hombre se sentó, bajo su luz, en uno de los peldaños, con la actitud de quien espera colmado de infinita paciencia. Había vuelto a la vida, pero no a la misma vida que había dejado atrás, la ordinaria vida diaria de la gente corriente. Tras renacer, estaba en otra vida, en el gran día de la conciencia humana. Estaba solo, apartado de la vida normal, sin mezclarse con la gente común. Pero aún no había aceptado el irrevocable “noli me tangere” que separa del vulgo a aquellos que han vuelto a nacer. Aunque tal abismo era infranqueable, al menos en el templo sintió paz, la paz fuerte y llamativa de los templos paganos, a pesar de la hostilidad de los esclavos, que sentía a sus espaldas.

Procedente del altar, la mujer apareció en el oscuro corredor interior del templo, y permaneció de pie, vacilante. Desde allí, observó cómo la oscura silueta del hombre dejaba traslucir algo casi amenazador en su paciente actitud, sentado como estaba, sumido en aquella terrible quietud que a ella le resultaba portentosa.

Avanzó por el atrio del templo, y el hombre, al darse cuenta de que estaba allí, se puso en pie. Ella le habló en griego; pero él le replicó:

–Señora, mi griego es muy limitado. Permítame que le hable en sirio vulgar.

–¿De dónde viene y adónde va? –inquirió ella, con celo sacerdotal.

–Vengo de Oriente, de más allá de Damasco, y me dirijo hacia Occidente, a donde me lleve el camino –le respondió, pausadamente.

La mujer lo observó, con ansiedad y recato repentinos.

–¿Por qué tiene las cicatrices típicas de los malhechores? –le preguntó, con brusquedad.

–¿Acaso la señora de Isis me ha espiado mientras dormía? –contestó el hombre, con profundo cansancio.

–El esclavo me habló de sus manos y sus pies –le contestó. Él la miró, y le dijo:

–¿Me dará licencia la señora de Isis para despedirme de ella y seguir mi camino?

Sopló una racha de viento, que le levantó el manto y el sombrero. Se llevó una mano a un ala, momento en el que la mujer contempló de nuevo aquel miembro escuálido y moreno, y la cicatriz.

–¿Ve usted? ¡La cicatriz! –le dijo, mientras la señalaba.

–Pues, vaya; me despido –le dijo–, con mi agradecimiento y mi reconocimiento hacia Isis por procurarme un sitio para dormir.

Hizo un gesto como para irse, pero ella lo miró con sus maravillosos ojos azules.

–¿No quiere ver a Isis? –le preguntó, en un impulso repentino; y algo parecido al dolor se agitó en el interior del hombre.

–¿Dónde está? –dijo.

–¡Ven!

Y la siguió hasta el altar que había en el interior, sumido en una casi total oscuridad. Cuando sus ojos se habituaron al tenue resplandor que emitía la lámpara, contempló a la diosa que avanzaba como una nave, altiva en el torbellino de su túnica, y le hizo una reverencia.

–¡Grande es Isis! –exclamó–; más fuerte y grande que la muerte, en su afán de búsqueda. Si maravilloso es un paso así en una mujer, igual de prodigiosa es la finalidad que persigue. Que todos los hombres dirijan a ti sus plegarias, Isis, a ti que representas más de lo que es una madre para el hombre.

La mujer de Isis lo escuchó, y arrojó unos granos de incienso al brasero. A continuación, miró al hombre.

–¿Estás a gusto aquí? –le preguntó–; ¿has sentido la presencia de Isis?

Perturbado, con un gesto de duda, miró a la sacerdotisa.

–No lo sé –le contestó.

Pero la mujer estaba considerando que aquel hombre era el desaparecido Osiris: lo había sentido en lo hondo de su alma, y experimentaba una intensa agitación.

El hombre no se quedó en el sofocante, oscuro y perfumado altar, sino que salió de nuevo al aire fresco de la mañana. Había sentido como si algo se aproximase para rozarle, pero aún sentía la urdimbre del dolor en toda su carne, el fiero mandato del *noli me tangere!*, no me toques ¡no quiero que me toques!

La mujer le siguió hasta el exterior, ansiosa y tímida. Él ya se disponía a partir.

–Extranjero, ¡no te vayas! ¡Quédate un rato con Isis!

El hombre la contempló un momento, y observó su cara, abierta como una flor, como si en su alma hubiese amanecido el sol. Y otra vez sintió un agujijoneo en las ijadas.

–No pretenderá retenerme, Hija de Isis –le dijo.

–¡Quédate! ¡Estoy segura de que eres Osiris!
–dijo ella.

Súbitamente, él se echó a reír.

–¡Todavía no! –dijo. Y observó el rostro anhelante de la mujer–. Pero pasaré otra noche en la gruta de las cabras, si Isis así lo quiere –añadió.

Ella juntó las manos, con el inocente júbilo de una sacerdotisa.

–¡Isis se alegrará! –dijo.

Con una gran turbación, el hombre descendió hacia la orilla del mar, mientras pensaba: “¿Debo permitir su contacto? ¿Debo permitirlo? Por rozarme con ellos, los hombres me torturaron hasta la muerte. Pero esta virgen de Isis es una dulce llama que cura. Soy médico y, sin embargo, no poseo dotes que puedan compararse con la llama que brilla en esta delicada joven. ¡La llama de esta delicada mujer! ¡Igual que el primer y pálido azafrán que nace en primavera! ¿Cómo he podido permanecer ciego a la curación y al embeleso del cuerpo azafranado de una dulce mujer? ¡Oh, suavidad! ¡Más terrible y amable que la muerte que padecí!”.

Recogió algunos moluscos de la roca, y los comió con gusto, maravillado de su sencillo sabor a mar. Pero, en su fuero interno, estaba inquieto, y se decía: “¿Me atreveré a sentir ese contacto? Porque eso va más allá de la muerte. Consentí en que me pusieran las manos encima y me matasen. Pero, ¿me atreveré a sentir el delicado roce de la vida? ¡Es tan pesado!”.

De vuelta ante el altar, la mujer permaneció sentada en el arrebató de sus meditaciones durante largas horas, sin dejar de contemplar el agitado paso de la diosa anhelante, ni el ombligo de aquel vientre parecido a un capullo, que era como el sello de su búsqueda ansiosa, virginal. Y se entregó a aquel femenino caudal, al impulso de la Isis Escudriñadora.

Al atardecer, la mujer fue hasta la península a buscarlo. Y se dio cuenta de que el hombre había caminado en dirección al sol, igual que lo había hecho ella el día anterior, y de que estaba sentado sobre unas agujas de pino, a los pies del mismo árbol en donde ella se encontraba cuando lo había visto por vez primera. Temerosa y lentamente, se aproximó, por miedo de que él no la diese. Oculta, permaneció un rato cerca de él, hasta que, de pronto, el hombre alzó la vista hacia ella por debajo de su ancho sombrero, y contempló el sol poniente que se reflejaba en sus cabellos despeinados. Aunque la esperaba, estaba sorprendido.

—¿Es aquella su casa? —le preguntó, mientras señalaba la villa blanca y de una planta, que se encontraba en la cuesta de los olivos.

—Es la casa de mi madre. Es viuda, y yo soy su única hija.

—¿Y todos esos son esclavos de ella?

—Excepto los que son solo míos.

Los ojos se encontraron por un instante.

—¿Quiere sentarse a contemplar el crepúsculo? —dijo él.

No se había levantado para hablarle. Le hubiera costado mucho esfuerzo. La mujer se sentó sobre las pardas agujas de pino, y se echó el manto amarillo sobre las rodillas. Desde el brillante mar abierto hacia las aguas oscuras de la bahía, se acercaba una embarcación. Unos cuantos esclavos izaban unas pequeñas redes, y su parloteo llegaba por encima de la superficie de las aguas.

—Así que esa es su casa.

—Estoy al servicio de Isis Escudriñadora —le respondió ella.

Él la miró: era como una delicada nube contemplativa y remota. Y su alma se afligió, movida por la pasión y la compasión.

—Que su deseo pueda cumplirse, doncella —le dijo, con repentina seriedad.

—¿No eres Osiris? —le preguntó, y él se sonrojó al instante.

—Lo seré, si tú me curas —contestó—; porque la soledad de la muerte está todavía sobre mí, y no puedo escaparme.

Asustada, ella le contempló un momento, desde el tranquilo sol azul de sus ojos. Luego, inclinó la cabeza, y los dos permanecieron en silencio, bajo la calidez y el resplandor del sol poniente. Allí estaban, el hombre que había muerto y la mujer de la más afanosa búsqueda.

El sol se hundía en el mar en todo su maravilloso esplendor invernal, y se derramaba sobre los cuerpos desnudos y centelleantes de los esclavos que, con sus anchas nalgas rubicundas y sus cabezas pequeñas y negras, corrían a depositar las redes en la playa pedregosa. Pan, el que todo lo tolera y al que siempre considerarían como su dios, velaba por ellos.

La mujer se puso en pie, cuando el borde de la esfera solar se sumergía ya en el agua, y dijo:

—Si decides quedarte, te enviaré víveres y abrigo.

—Y, ¿qué dirá la señora, tu madre?

La mujer de Isis le miró con extrañeza, sin ocultar un cierto recelo.

—Eso es cosa mía —replicó.

—Está bien —contestó él, con una sonrisa forzada, porque presentía dificultades.

La contempló mientras se alejaba, sumida en una insólita y concentrada emoción, con su oscura y rubia cabeza ladeada, mientras el lino blanco de la túnica ondeaba sobre sus tobillos marfileños. Observó también cómo la miraban los esclavos desnudos, no sin deseo, aunque con cierto desdén. Absorta, cruzó la entrada del cercado que daba a la bahía.

El hombre que había muerto se sentó a los pies del árbol desde donde se dominaba la arena; en aquella minúscula zona de costa, pasaba de todo. En el arroyo que corría a la vera de uno de los extremos de la cerca de la finca, unas esclavas lavaban ropa en el remanso de un pequeño y oscuro pozo y, de vez en cuando, se oían los sordos chasquidos de las telas al ser golpeadas contra las pulidas rocas. En el aire, flotaba un cierto olor a aceitunas podridas y, a veces, se percibía el sordo rumor de una muela que, situada en el interior del huerto, trituraba los frutos del olivo, así como la voz del esclavo que se encargaba del asno que movía aquella piedra. En el portalón, apareció una mujer de cabellos grises con un manto de lana blanquecino, seguida por un hombre calvo vestido de toga: un romano; probablemente su mayordomo o capataz. Permanecieron de pie en el pedregal de la playa, y echaron una rápida ojeada a su alrededor. Esclavos de poderosas nalgas y cuerpos rubicundos se inclinaban y afanaban sobre las redes, para adecentarlas; las lavanderas daban manotadas enérgicas a la ropa que lavaban; en la misma orilla, un viejo esclavo permanecía absorto, y limpiaba los peces y los pólipos que habían atrapado. De un solo vistazo, la mujer y el capataz contemplaron toda aquella

actividad. Pero también vieron, sentado al pie del árbol que crecía entre las rocas de la península a un hombre desconocido, silencioso y solitario. Y el hombre que había muerto enseguida se figuró que hablaban de él. Más allá del pequeño universo sagrado de esa península, contempló el mundo normal, y supo que le era hostil.

El sol acariciaba ya el mar, mientras a lo largo de la pequeña bahía se extendía la sombra que proyectaba el promontorio con forma de joroba. En la playa de piedras, fría y azul en la sombra, la mujer mayor dio unos pasos cansados, sin abandonar la sombra, para contemplar los peces que contenía la canasta del anciano que estaba inclinado a la orilla del agua: era un viejo esclavo, desnudo, de caderas y hombros redondeados, en cuyo pálido cuerpo anaranjado se reflejaban los últimos rayos del sol antes de apagarse. Absorto, el esclavo continuó con la limpieza del pescado, sin levantar la vista, como si la señora formara parte de la sombra del ocaso que la rodeaba.

Por el portalón, hicieron su aparición dos esclavas con cestos aplanados en la cabeza. En uno de ellos, había una tinaja de terracota para el vino y una jarra de aceite, que se balanceaban suavemente. Las muchachas llegaron hasta la playa pedregosa, al borde del cercado. A la luz del atardecer, la mujer de Isis, con su manto azafranado, las seguía. En el mar, todavía se reflejaban algunos rayos de sol; pero, por donde caminaban, ya imperaban las sombras. La madre de cabellos grises no se movió de la orilla del agua, mientras contemplaba a su hija, de amarillo y blanco, con su pelo rubio y oscuro, que andaba sin mirar y sin prestar atención a su alrededor, tras las esclavas, en dirección al istmo rocoso de la península. Sin moverse de donde estaba, la mujer mayor observó la reducida comitiva que ascendía por el montículo, entre los árboles, hasta que desaparecieron tras el follaje. Ninguna esclava había vuelto la cabeza. La mujer de cabellos grises seguía contemplando los árboles entre los cuales había desaparecido la figura de su hija. Entonces, dirigió de nuevo su mirada a los pies de aquel árbol, donde el hombre que había muerto seguía sentado, aunque

casi invisible porque ya no le daba la luz del sol, que solo relumbraba en la lejanía del mar. Ya se hacía noche. ¡Paciencia! ¡Que se cumpla el destino!

La madre avanzó con esfuerzo y con paso recio por las piedras de la playa; no a pasos largos, absorta y en éxtasis, como su hija, sino con zancadas cortas y resueltas. Al instante, por las rocas de enfrente aparecieron dos esclavos desnudos con unos enormes bultos de color verde oscuro sobre los hombros; sus piernas, fuertes y desnudas, brillaban como patas de insectos; la carga les ocultaba la cabeza. Ya corrían por la playa, descuidados y ajenos a todo, cuando, de pronto, el hombre que parecía romano, el capataz, les dio una voz y se detuvieron en seco. Aun así, seguían igual de invisibles bajo sus fardos, como si hubieran desaparecido por completo. Súbitamente, apareció una mano que señalaba en dirección a la península. Y los dos esclavos, con su verde carga, apretaron el paso hacia el recinto del templo. La mujer de cabellos grises se acercó hasta donde estaba el encargado y, lentamente, los dos juntos volvieron a cruzar el portalón que conducía del pedregal a orillas del mar hasta la propiedad en la que se alzaba la villa. Se incorporó, entonces, el viejo esclavo de formas redondeadas, pálido perfil recortado contra las sombras, con su cesto de peces recién sacados del mar; lo mismo hicieron las mujeres, en el remanso, oscuras y vivarachas, mientras hacían montones con la ropa mojada y los colocaban en canastos planos; otro tanto hicieron los dos esclavos que estaban dedicados a limpiar las redes, tras recoger las blanquecinas mallas. Y el esclavo que cargaba los remos sobre los hombros y el muchacho con las velas bajo el brazo. Y así se congregó un grupo de personas desnudas en el umbral del portalón. Hasta el hombre que había muerto llegaba el murmullo de su cháchara. A medida que el soplo del viento era más frío, entraron en la casa.

Era la vida ordinaria de cada día, la vida de la gente corriente. Y el hombre que había muerto pensó: “A menos que la integremos en el gran día, y que la vida vulgar llegue a situarse en el círculo de la gran vida, todo será un desastre”.

Las sombras ya se cernían sobre las cimas de las colinas. Y solo brillaba la luz, allá arriba, en el cielo. El mar era como una vasta sombra lechosa. Algo entumecido, el hombre que había muerto se puso en pie, y se internó en la arboleda.

En el templo, no había nadie. Se dirigió a su refugio, en las rocas. Los esclavos habían retirado el brezo viejo, habían barrido el suelo y dispuesto con gusto mirto, brezo fuerte, otro más mullido encima y brezo florido como remate, hasta conseguir un lecho digno. Como cobertor, habían extendido una piel blanca de vaca, bien curtida. A la entrada de la gruta, las esclavas habían dejado unas mantas de lana dobladas, un cántaro con vino, la jarra de aceite, un vaso de terracota y una cesta con pan, sal, queso, higos secos y huevos, todo en perfecto orden. También había un pequeño brasero de carbón vegetal. En un abrir y cerrar de ojos, la cueva se había convertido en un lugar habitable, acogedor.

La mujer de Isis permanecía de pie, al lado del remanso que formaba el pequeño manantial. Sólo había espacio suficiente para que pasase un esclavo cada vez. Las esclavas esperaban en el arranque del angosto paso. Cuando apareció el hombre que había muerto, la mujer despidió a las esclavas. Los esclavos continuaban con los arreglos de la cama, y prolongaban el trabajo lo más que podían. Pero la mujer de Isis les ordenó que se fuesen. Y el hombre que había muerto se acercó para ver su morada.

—¿Te parece bien? —le preguntó la mujer.

—Perfecto —contestó el hombre—; pero la señora, tu madre, y un hombre que es, sin lugar a dudas, el capataz, observaron atentamente a los esclavos que traían todas estas cosas. ¿No se mostrarán contrarios a tu decisión?

—¡Soy dueña de mi parte! ¿Acaso no puedo dar lo que me pertenece? ¿Quién osaría oponerse a mí y a los dioses? —replicó con furia tranquila, no exenta de irritación. De lo que él dedujo que a la madre no le parecería bien, y que el espíritu de la vida vulgar habría de enfrentarse al espíritu de la grande. Y pensó: “¿Por qué habrá renunciado esta sacerdotisa de Isis

a su porción del mundo normal? ¡Debería haber defendido lo que es suyo con uñas y dientes!”.

—¿No vas a comer ni a beber nada? —le dijo—; hay huevos templados en las brasas. Me voy a cenar a la villa, pero durante la segunda hora de la noche, volveré al templo. ¿Piensas acercarte también al santuario de Isis?

Lo miró un instante, mientras un extraño resplandor dilataba sus ojos: aquel era su sueño, más grande que ella misma. El hombre no soportaba disgustarla o herirla en nada, ni en lo más mínimo, porque la mujer se encontraba en la plenitud del misterio de su feminidad.

—¿He de esperarte en el templo? —le preguntó.

—Aguarda a la segunda hora de la noche; será entonces cuando llegue.

Él prestó atención al murmullo suplicante de aquella voz, y sus fibras se estremecieron.

—¿Y la señora, tu madre? —dijo, con delicadeza. La mujer lo miró, sorprendida.

—No me lo impedirá —le respondió.

Y él supo que la madre trataría de impedirse, porque la hija había dejado sus posesiones en sus manos, y la madre haría valer su poder.

La mujer se fue, y el hombre que había muerto se reclinó en el lecho, comió los huevos que estaban en las brasas, mojó el pan en el aceite y lo engulló, porque su cuerpo aún estaba enjuto. Mezcló vino con agua, y bebió. Se quedó tumbado en silencio y la lámpara era un pequeño capullo de luz.

Se sentía absorbido y atrapado por sensaciones nuevas. La mujer de Isis le resultaba encantadora, no tanto en las formas, como por la maravillosa feminidad que de ella emanaba. Soles de más allá de otros soles la habían sumergido en un misterioso fuego, en el misterioso fuego de la fortaleza femenina, y tocarla era como ponerse en contacto con el sol. Pero lo mejor de todo era el tierno deseo que mostraba por él, dulce y silencioso, como la luz solar. “Es como un sol para mí” —se dijo, mientras estiraba sus miembros—; “nunca había desperezado mis

miembros al sol de un deseo como el que ella siente por mí. Solo el más grande de todos los dioses ha podido concederme algo así”.

Pero, al mismo tiempo, lo perseguía el temor al mundo exterior. “Si pueden, nos matarán –pensó–; pero hay una ley solar que nos protege”. Y caviló: “He resucitado desnudo y marcado. Pero si mi desnudez basta para poder tener este contacto, no habré muerto en vano. Antes, estaba atado”.

Se puso en pie y salió. La noche era fría y estrellada, una magnífica noche de invierno. “Hay destinos llamados a ser esplendorosos –increpó a la oscuridad–, tras tantos episodios de insignificancia, humildad y dolor”.

Caminó en silencio hasta el templo, y aguardó en la oscuridad, en el interior, apoyado contra una pared, sin dejar de contemplar la noche blanquecina, las estrellas y la silueta de los árboles. Y pensó de nuevo: “Hay destinos llamados a resplandecer; existe un poder superior”. Por fin, distinguió la luz ondulante y mortecina de la lámpara de la mujer, que oscilaba de forma intermitente entre los árboles, hasta que brilló con toda claridad. De cerca, comprobó que venía sola, gracias al resplandor que se reflejaba delicadamente en la orla de su manto. Mientras temblaba de miedo y de gozo, pensaba: “Temo más a este contacto que a la muerte, pues estoy más desnudo ante él”.

–Aquí estoy, señora de Isis –dijo, en voz baja, en la oscuridad.

Ella dejó escapar un grito de temor, pero también de arrobamiento, porque ya estaba entregada a su sueño.

Abrió la puerta del santuario, y él la siguió. Tras su paso, ella empujó la puerta para entornarla. En el interior, el aire era cálido, íntimo, perfumado. El hombre que había muerto se quedó cerca de la puerta arrimada, y contempló a la mujer. Ella fue la primera en acercarse hasta la diosa. Casi en penumbra, la estatua de la diosa avanzaba levemente, con algo de temible, con la poderosa incitación de una gran presencia femenina.

La sacerdotisa no lo miró. Se despojó de su manto azafrañado, y lo depositó en un asiento bajo. En la penumbra, tenía los brazos desnudos, aunque conservaba la túnica ceñida. Pero todavía trataba de ocultarse a sus ojos. Él permanecía en las sombras, y observaba cómo ella aventaba el brasero para quemar incienso. Tenues vaharadas de un dulce aroma impregnaron el aire. Se volvió hacia la estatua, según el ritual de acercamiento: se balanceó ligeramente hacia delante, con ligeros tumbos, como una barca amarrada, al tiempo que se inclinaba ante la diosa.

Contempló a aquella mujer tan singularmente transportada, y pensó para sí: “Debo dejarla a solas en su éxtasis, con sus misterios femeninos”. Ella continuó con sus reverencias, al ritmo de aquel extraño balanceo, siempre en dirección a la diosa. A continuación, musitó unas palabras en griego, que él no comprendió. Con los susurros, amainó aquel balanceo, igual que una barca cuando crece la marea. Y mientras la observaba, contempló su alma en toda su soledad, en su femenina diferencia. Y pensó: “¡Cuán diferente es de mí, qué extrañamente distinta! Está asustada de mí, y de mi diferencia varonil. Con todo, se desnuda y se libera de sus miedos. ¡Cuán sensible y dulcemente viva se muestra, con esa vida tan diferente de la mía! ¡Qué hermosa en su suave y peculiar osadía vital, tan diferente de mi valentía ante la muerte! ¡Es maravillosa, como el corazón de una rosa o el centro de una llama! Trata de hacerse completamente penetrable. ¡Qué horror sería no corresponderla o abusar de ella!”.

La mujer se volvió hacia él, con el arrebol de la diosa en su rostro.

—Tú eres Osiris, ¿no es así? —le preguntó, con ingenuidad.

—Si tú lo quieres —le respondió él.

—¿Permitirás que Isis te encuentre? ¿No quieres despojarte de tus cosas?

Él miró a la mujer y perdió el aliento. Y todas sus heridas, especialmente la herida mortal de su costado, se hicieron sentir.

–Me dolió mucho –le dijo–. Debes perdonarme si sigo atado al pasado–. Pero se despojó de su capote y su túnica, y avanzó desnudo hacia el ídolo, mientras su pecho jadeaba del repentino terror ante aquel abrumador dolor, ante el recuerdo de tan estremecedor sufrimiento, de una aflicción demasiado amarga.

–¡Me arrastraron hasta la muerte! –exclamó, como si buscara una excusa, al tiempo que volvía su rostro hacia ella durante un instante.

Y ella contempló el fantasma de la muerte en él, mientras lo tenía delante, escuálido y desnudo; y de repente, se aterrorizó y se sintió desamparada: había percibido la sombra de las alas grises y horripilantes de la muerte triunfante.

–¡Oh, diosa –le suplicó él al ídolo, en su lengua–, me haría tan feliz vivir de nuevo, si fueras capaz de enseñarme cómo!

Porque se sentía desgarrado, una vez más, entre las ganas de vivir y la carga de su muerte.

–¡Déjame ungirte! –dijo la mujer, con suavidad–; permíteme que unja tus heridas! ¡Muéstramelas, y te las ungiré!

Ante su viejo dolor rememorado, él olvidó su desnudez. Se sentó al borde del banco, y la mujer vertió un poco de aceite en la palma de su mano. Y mientras ella le frotaba la mano, él lo revivió todo: los clavos, las heridas, la crueldad, la injusta crueldad con quien solo había ofrecido amor. Y revivió la agonía de la injusticia y de la maldad, como en la hora de su muerte. Pero ella le frotaba la palma de la mano, sin dejar de musitar:

–Lo que estaba desgarrado se convertirá en una nueva carne; lo que estaba quebrantado retorna a la vida; esta cicatriz es la yema de la flor.

Él no pudo evitar una sonrisa ante la ingenua concentración de la sacerdotisa. Este era su sueño, y él no era más que el objeto de su ensoñación. Nunca sabría ni comprendería qué era él; nunca se daría cuenta, sobre todo, de la muerte que él había conocido. Pero, ¿qué más daba? Ella era diferente: era

una mujer, y su vida y su muerte eran distintas de las de él. Y era buena para con él.

Cuando ella le ungió los pies con aceite y lo curó tiernamente, no pudo abstenerse de hacerle un comentario:

–Una vez, una mujer me lavó los pies con sus lágrimas, los secó con sus cabellos y derramó sobre ellos un ungüento precioso.

Otra vez interrumpida, la mujer de Isis alzó la cabeza.

–¿Estaban lastimados? –le dijo–. ¿Tus pies?

–No, no. Era cuando estaban bien.

–¿La amabas?

–Ella ya había pasado por el amor. Quería tan solo servir –le replicó–; había sido prostituta.

–¿Y le permitiste que te sirviese?

–Sí.

–¿Permitiste que te sirviera con el cadáver de su amor?

–Así fue.

Pero, de repente, cayó en la cuenta: “Yo le pedía a todos que me sirvieran con el cadáver de su amor. Y al final sólo pude ofrecerles el cadáver del mío. Este es mi cuerpo; tomad y comed... mi cadáver”.

Sintió una profunda vergüenza. “Después de todo –pensó– quería que me amasen con sus cuerpos muertos. Si hubiera besado a Judas con amor vivo, quizá él no me hubiera devuelto el beso de la muerte. A lo mejor me amaba en carne y hueso, y yo buscaba que me amase incorpóreo, con el cadáver de su amor”.

Amanecía en él la realidad del dulce y cálido amor contenido en el contacto, tan lleno de delicias. “Y les dije, bienaventurados los que sufren. Si me quejase aquí por causa de esta mujer, es que sigo en brazos de la muerte y debería seguir muerto. Pero sobre todo quiero vivir. La vida me ha conducido hasta esta mujer de tibias manos. Y, en este momento, el contacto con ella significa, para mí, mucho más que todas mis palabras. Porque quiero vivir”.

—¡Acércate a la diosa! —le dijo ella, dulcemente, al tiempo que lo empujaba hacia Isis con suavidad.

Aturdido y desnudo, permanecía allí, como algo no nacido, y oyó cómo la mujer le murmuraba algo a la diosa, un murmullo, un murmullo que encerraba un ruego lastimero. Y ella se inclinó para mirar la cicatriz en la delicada carne del hueco de su costado, profunda, similar a un ojo irritado por un llanto interminable, en la suave curva donde arrancaba la cadera. Por ahí se le había ido la sangre y su simiente vital. La mujer temblaba suavemente, y murmuraba algo en griego. Mientras que él, sumido en la recurrente consternación de haber muerto y en la angustiosa perplejidad de haber tratado de forzar la vida, sintió el penetrante lamento de sus heridas, los alaridos de las profundidades de su cuerpo. “Fui asesinado, y yo mismo me ofrecí al crimen. Me asesinaron, pero yo me presté al crimen”.

En silencio, pero temblorosa, la mujer vertió un poco de aceite en su mano, y llevó la palma hasta aquella herida del costado derecho. Él se estremeció, y la herida absorbió la vida de nuevo, como en millares de anteriores ocasiones. En la oscuridad, en el atroz dolor y el pánico de su conciencia tan sólo resonó un grito: “¿Cómo podrá ella arrancarme esta muerte? ¡Jamás sabrá cómo hacerlo! ¡Nunca la entenderá! ¡Nunca podrá igualarla!”.

Sin decir nada, ella frotaba cadenciosamente la herida con el óleo. Concentrada en sus funciones sacerdotales, aunaba energía y suavidad, mientras los órganos vitales del hombre aullaban de pánico. Pero a medida que ella concentraba esa fuerza, y lo ceñía como un cinturón hasta llegar a la cicatriz del otro lado, una sensación gradual de calidez empezó a ganar terreno a aquel gélido terror, y sintió: “¡Volveré a tener calor otra vez, volveré a sentirme entero! Seré cálido como la mañana. Seré un hombre. No es preciso entender nada; sólo es algo nuevo. Ella me aporta algo nuevo”.

Y escuchó el débil e incesante lamento angustioso de sus heridas, como si en adelante ya solo fueran a hacer oír su voz

por debajo del horizonte de su conciencia. El gemido era cada vez más apagado, más mortecino. Pensó en la mujer que se afanaba sobre él: “¡No lo sabe! No percibe la muerte en mí. Pero goza de otra forma de conciencia, puesto que viene hasta mí desde el otro extremo de la noche”.

Tras haber frotado con aceite la parte inferior de su cuerpo y haberlo acariciado con solemne intensidad sacerdotal, que hizo que el clamor de sus heridas se debilitase todavía más, la mujer apoyó su pecho contra la llaga del costado izquierdo del hombre, y lo rodeó con sus brazos hasta tocar la del lado derecho. Y lo atrajo contra ella con la fuerza de un calor vivo, como los meandros de un río. Y el lamento desapareció al instante, y solo había paz y oscuridad en su alma, una sosegada y oscura paz. Plenitud.

Lentamente, muy despacio, en la perfecta oscuridad de su hombre interior, sintió que se producía una conmoción, un amanecer, un nuevo sol. Un nuevo sol que nacía en él, en la perfecta y profunda oscuridad de su interior. Y aguardó, mientras contenía la respiración, estremecido, en temblorosa esperanza. “Ahora no soy yo. Soy algo nuevo”.

Luego sintió como un frío hálito de abandono: el abrazo de la mujer viva lo abandonó; la tibieza y el resplandor lo dejaron; estaba desnudo. Agotada, ella se acurrucó a los pies de la diosa, y ocultó su rostro.

Él se inclinó, y posó, delicadamente, su mano sobre aquel hombro cálido y brillante, y lo traspasó una llamarada de deseo. Y ese ardor se repitió, y llegó a preguntarse si no se trataba de otra clase de muerte, aunque magnífica.

En aquel momento, toda su conciencia estaba puesta en aquella mujer agazapada, escondida. Se agachó a su lado, y la acarició dulcemente, a ciegas, mientras murmuraba sonidos inarticulados. Su muerte y el sacrificio de su pasión no representaban ya nada para él en aquel instante. Sólo percibía la recóndita plenitud que emanaba de aquella mujer, la dulce y blanca piedra de la vida... “Y sobre esta piedra edificaré mi vida”. ¡La replegada y penetrable piedra de aquella mujer viva.

La mujer ocultaba su rostro. Mientras, él se inclinaba sobre ella, vigoroso, renovado, como un amanecer.

Se inclinó hacia ella, y sintió la llamarada de su virilidad, de su vigor, el impulso de sus ijadas en toda su magnificencia.

“¡He vuelto a la vida!”.

Esplendoroso, junto al irrefrenable ardor procedente de su carne, amanecía su propio sol irradiando calor a todos sus miembros e iluminando su rostro.

Desató el cordel que ceñía la túnica de lino de la mujer, y dejó caer la prenda hasta que contempló el brillo lechoso de sus pechos, delicadamente dorados. Los tocó, y sintió que su vida se fundía.

—¡Padre! —exclamó—; ¿por qué me has ocultado esto?

La tocó de nuevo con intensa admiración, con la maravillosa y traspasadora trascendencia del deseo. “¡Vaya! —se dijo—; esto está más allá de la oración”. ¡Era la profunda, la intrincada, la vívida y penetrable calidez de la mujer, el corazón de la rosa! “¡Mi morada es esta intrincada rosa cálida, mi alegría es esta flor”.

Y la conoció, y fue uno con ella.

Después, con oscuro asombro, ella tocó las enormes cicatrices de sus costados con la punta de los dedos, y preguntó:

—¿Ya no te duelen?

—Son soles —le respondió—. Y su luz procede de tu antorcha. Son mi reparación para contigo.

Cuando dejaron el templo, sintieron el fresco que precede al alba. Al cerrar la puerta, él contempló de nuevo a la diosa, y exclamó:

—¡Sin duda, Isis es una diosa amorosa y llena de ternura! Los grandes dioses son de corazón ardiente, y tienen tiernas diosas.

La mujer se envolvió en su manto, y regresó a su casa en silencio, sin ver nada, meditabunda como el loto que se cierra suavemente de nuevo, con su dorado interior lleno de nueva vida. No veía nada, porque sus propios pétalos eran como una

vaina que la recubría. Sólo pensaba: “Estoy colmada de Osiris. ¡Estoy repleta de Osiris resucitado!”.

El hombre contempló las relucientes estrellas del amanecer, a medida que se precipitaban al mar, así como los tonos verdosos de la constelación del Can al borde del agua. Y pensó: “¡Cuánta plasticidad, cuántas curvas y pliegues, como la aparición de una rosa invisible, de cerrados pétalos oscuros, que abriera su oscuridad al contacto del rocío! ¡Qué plenitud, mayor que la de todos los dioses! Se balancea a mi alrededor y de ella formo parte, la gran rosa del Espacio. Soy como un grano de su perfume, y la mujer, un grano de su belleza. El mundo es ahora una flor de innumerables pétalos oscuros y yo formo parte de su perfume, como una pincelada”.

En la absoluta paz y plenitud de aquel contacto, se quedó dormido en la gruta, hasta que amaneció. Tras el alba, el viento sopló más fuerte y trajo una tormenta de fría lluvia. En la deliciosa paz y el deleite del recuerdo de aquel contacto, permaneció en su refugio y disfrutó al oír el mar y las gotas de lluvia que caían sobre la tierra, y al ver un narciso blanco y amarillo, arqueado por el agua, se dijo: “Esta es la gran reconciliación: el ser en comunión; el mar gris y la lluvia, el narciso empapado y la mujer a la que espero, la invisible Isis y el sol no contemplado. Todo está en contacto, y todos son uno”.

Esperó a la mujer en el templo; ella llegó bajo la lluvia. Y le dijo:

—Déjame sola con Isis. Y ven a verme en la segunda hora de la noche. ¿Lo harás?

Y él regresó a la gruta, y se tumbó en el silencio y en el gozo de estar en comunión, a la espera de la mujer que llegaría con la noche, para consumir de nuevo la unión. Y cuando cayó la noche, apareció la mujer, radiante, porque también ella anhelaba aquel contacto, la unión con él, lo más íntima posible.

Y así pasaron días y se fueron noches, y llegaron nuevos días, y el contacto se realizaba por completo y a la perfección. Y él pensó: “No voy a preguntarle nada, ni siquiera su nombre, porque un nombre podría apartarla de mí”.

Y ella se dijo para sí: “Es Osiris. No deseo saber nada más”.

Pasado el tiempo de los narcisos, llegó el momento de los ciruelos en flor; las anémonas iluminaron la tierra y desaparecieron; el aroma de los campos de judías impregnaba el aire. Todo había cambiado: la floración del universo había mudado sus pétalos; la estación había dado un vuelco. La primavera lucía en todo su esplendor; se había establecido un contacto; el hombre y la mujer estaban saciados; y la partida estaba en el aire.

Un día, cuando el sol de la mañana más calentaba bajo el dulce aroma de los pinos, cuando por las colinas ya comenzaban a dispersarse las últimas flores de los perales, el hombre se reunió con la mujer bajo los árboles. Pausadamente, ella se acercó a él, y él percibió que se había producido un cambio en ella por su suave pereza, por su delicada resistencia a llegarse hasta él.

—¿Has concebido? —le preguntó.

—¿Por qué? —repuso ella.

—Porque pareces un árbol, lleno de savia, cuyas hojas verdes surgen tras la floración. Porque siento en ti un recogimiento.

—Así es —contestó ella—. Tengo un hijo de ti. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo él—. ¿Cómo no habría de parecerme bien? Por eso ya no se oye el ruiseñor al fondo del valle. Pero, ¿dónde parirás al niño? Porque yo estoy desnudo de todo lo que no sea vida.

—Nos quedaremos aquí —respondió ella.

—¿Pero la señora, tu madre?

Una sombra cruzó la frente de la mujer, que no contestó.

—¿Qué pasará cuando se entere? —preguntó él.

—Ya empieza a darse cuenta.

—¿Buscará hacerte daño?

—No podrá. Lo que tengo es mío por completo. Y mi gestación es fruto de Osiris... Pero tú, guárdate de sus esclavos.

Ella le miró, y la ansiedad perturbó por un instante la paz de su maternidad.

—Que tu corazón no se inquiete —repuso él—; ya he pasado por la muerte una vez.

Supo así que había llegado de nuevo la hora de partir, y que se iría solo, con su destino. Aunque no en completa soledad, porque aquella comunión permanecería a su lado, incluso si debía abandonarla junto con ella. Soles invisibles le harían compañía.

Tenía que irse. Porque, en aquella bahía, la vida normal, regida por los celos y la codicia, recuperaba su preponderancia cuando los soles de la apasionada fecundidad se debilitaban. En nombre del derecho de propiedad, la viuda y sus esclavos pretenderían cobrarse el pan que había comido, así como la relación que había entablado con la mujer en la que había encontrado deleite. Pero exclamó:

—¡No dos veces! ¡No profanarán la unión que llevo dentro!
¡Mi astucia contra la suya!

Observó con cuidado, y se dio cuenta de que conspiraban contra él. Abandonó la pequeña gruta y dio con otro refugio, una diminuta cala de arena seca, oculta bajo las rocas, a la orilla del mar. Y dijo a la mujer:

—Debo irme enseguida. Noto que los esclavos traman algo contra mí. Pero soy un hombre, y el mundo es abierto. Lo que ha existido entre nosotros dos es bueno, y está asentado. Quédate en paz. Cuando por la noche se oiga de nuevo el rui señor en el fondo del valle, regresaré, tan puntual como la primavera.

Ella respondió:

—¡No te vayas! Quédate conmigo en la otra mitad de la isla. Construiré una casa para los dos, bajo los pinos, junto al templo. Viviremos lejos de ellos.

Pero se daba cuenta de que él tenía que irse. Quería volver a sentir el frío aire que la rodeaba y alcanzar la liberación de su ansiedad.

—Si me quedo —dijo él—, me delatarán a los romanos y a su justicia. Pero no dejaré que nadie me traicione otra vez.

Cuando me haya ido, vive en paz con el niño que nazca, mientras crece. Volveré, porque todo lo que hay entre los dos es bueno, estemos cerca o lejos. Así como los soles vuelven a sus estaciones, así regresaré yo.

—No te vayas todavía —dijo ella—: he apostado a un esclavo para que vigile en el istmo de la península. No te vayas todavía, mientras no sea inminente el peligro.

Pero una tranquila y silenciosa noche en que reposaba en la pequeña cala, sintió el suave chapoteo de unos remos y el golpe seco de una barca contra las rocas. Se movió con cautela para escuchar, y oyó al capataz romano que decía:

—Vayamos sigilosamente hasta la cueva de las cabras. Una vez allí, Lisipo arrojará la red sobre el malhechor mientras duerme. Lo conduciremos ante la justicia, y la señora de Isis no sabrá nada de todo esto...

El hombre que había muerto olió la carne de los esclavos aceitados y desnudos, mientras ellos se arrastraban, así como el delicado perfume del romano. Entonces se arrastró él hasta la orilla del agua. En el bote, estaba sentado un esclavo, inmóvil, con los remos en las manos. El mar estaba tranquilo. El hombre que había muerto lo reconoció.

Y desde la profunda grieta de una roca, dijo, con voz clara:

—¿No eres tú aquel esclavo que poseyó a una muchacha bajo la mirada de Isis? ¿No eres el mismo joven? ¡Habla!

Aterrorizado, el joven se puso en pie sobre la barca. Con el movimiento, hizo que el bote chocase contra la roca. Saltó a tierra, muerto de miedo, se puso a correr y huyó por las peñas. Rápidamente, el hombre que había muerto se apoderó de la embarcación, se subió a ella y la empujó. Los remos aún conservaban el desagradable calor de unas manos serviles. Pero él los empuñó despacio, y les dio impulso para unirse a la corriente que fluía junto a la costa, y que lo arrastraría en silencio. En contraste con la noche estrellada, aquella alta ribera se mostraba completamente oscura. No se veía ningún resplandor procedente de la península. La sacerdotisa ya no iba hasta allí por las noches. Y el hombre que había muerto

remó lentamente, siguió la corriente y rió para sus adentros: “He sembrado la semilla de mi vida y de mi resurrección; he dejado mi huella para siempre en la mujer que elegí, y llevo su perfume en mi carne, como esencia de rosas. La amo en el centro de mi ser. Pero la serpiente dorada y sinuosa se desliza de nuevo para dormitar en las raíces de mi árbol.

—Que la barca me lleve. Otro será el día de mañana.



D.H. LAWRENCE

Suele repetirse que cuando David Herbert Lawrence murió, en 1930, su imagen era la de un pornógrafo audaz e inteligente. En un obituario célebre, E. M. Forster quiso demostrar que detrás de tan problemático perfil, se escondía uno de los escritores más importantes de Inglaterra en los comienzos del siglo XX. Siquiera en sus aspiraciones, Lawrence había sido algo así como un artista total: novelista, cuentista, cronista y autor de algunos enjundiosos ensayos, poeta, dramaturgo, traductor, crítico literario y hasta pintor por añadidura, pese a las dificultades que tuvo que vencer para exponer sus cuadros en las galerías londinenses.

La historia de sus desencuentros con el público —y sobre todo con las autoridades— y su deambular por los países europeos debido a la imposible inserción en su propia sociedad, recuerdan a su contemporáneo más ilustre en el área de las letras británicas. Salvadas las distancias de todo orden, su fortuna literaria se hermana a la de James Joyce, también cuestionado, censurado y errante. Lawrence vivió en la frontera de Alemania y Francia, en una ciudad germana, en Italia, en Francia, pero también en Ceilán, Australia, Estados Unidos y México. Sus experiencias lo convirtieron en un excelente narrador de viajes —*Canguro* (1923) y *La serpiente emplumada* (1926) son sus libros más atractivos en este plano— y se lanzó al mundo, según él mismo decía, en “peregrinación salvaje”: en un exilio a medias voluntario, porque acababa huyendo de las innobles presiones que despertaban sus escritos.

Nacido en 1885, hijo de un minero casi del todo analfabeto y de una maestra, Lawrence no tuvo una vida fácil. Era todavía un estudiante cuando conoció a Frieda Weekley, casada con su profesor de Lenguas Modernas: una mujer

seis años mayor que él y que tenía tres hijos. Huyó con ella y se casó al fin, al tiempo que comenzaba la Primera Guerra Mundial. No quiso ocultar su rechazo al militarismo y la política imperial y, tal vez por la nacionalidad alemana de su esposa y su suegro, terminó acusado de oscuras actividades antipatrióticas. Se sospechó que era un espía y hasta se dijo que informaba a los mandos de submarinos alemanes.

Es opinión general que, si bien no escribió nunca una autobiografía, sus obras narrativas reflejan un profundo entramado de realidades propias, tejido de sus pasiones y aventuras. El padre aparece allí como un hombre simple y brutal, dispuesto siempre a imponer el imperativo de sus necesidades más elementales. Lawrence sabía que había sido injusto al retratarlo y a partir de él desplegaba –de todos modos– su denuncia de la opresión a que estaban sometidas las clases obreras. Pero los oprimidos no eran mejores y las novelas ponían al descubierto el vicio y las ambiciones de los grupos emergentes y la profunda corrupción de las familias, cualquiera fuese su lugar social. Las novelas se leían como reivindicaciones de una perdida salud moral, de una verdad emocional que la sociedad se empeñaba en silenciar. Lawrence parecía confiar en una espontaneidad siempre reprimida, en una naturaleza humana que no era de mala levadura aunque aparecía deformada por la competencia de la civilización industrial. El amor y la sexualidad eran el sitio que volvía imposible la hipocresía. El matrimonio, y su obligada consagración del deseo unidireccional, quedaba ubicado en el centro mismo de toda esta requisitoria.

Lawrence no fue prudente a la hora de evitar equívocos y los alimentó, de algún modo, con las obras complementarias de sus novelas. Publicó, por ejemplo, el ensayo *Pornografía y obscenidad* (1928), legitimando los temibles extremos. Tampoco quiso aclarar demasiado cuando empezó a comentarse que despreciaba a las mujeres y sólo sabía pintarlas como seres capaces de destruir al hombre amado, si con ello quedaban a salvo la independencia y la voluntad dominante. Lawrence reflexionó incluso sobre su formación al fin religiosa y se

refirió a la culpa de Eva –en quien encarnó el pecado original– para deplorar después la herencia del mal. La lujuria de tantas parejas de sus novelas se teñía, así, de colores sombríos. Mujeres ilustres, como Katherine Mansfield, lo atacaron por sus heroínas en nombre del feminismo, y quedó así maltrecho el más previsible encanto de sus historias contestatarias. El amor libre aparecía en todas partes acosado por el deseo de posesión. La libertad desembocaba en la reducción del otro. Se sospechó, todavía, que su visión poco generosa de la mujer respondía a sus más íntimas y calladas preferencias y Frieda, su esposa, ya muerto Lawrence y ligada ella a su tercer marido, declaró que cuando estaba escribiendo *Mujeres enamoradas* (1928), el escritor había tenido una relación homosexual con un granjero de Cornualles.

Úrsula y Robert Birkin, los protagonistas de *Mujeres enamoradas*, son tal vez Lawrence y Frieda. La novela culmina una historia que empieza en *El arco iris* (1915), relato sobre el desafiante avance de Úrsula, arribista dispuesta a arrasarlo todo –también la castidad y el matrimonio– con tal de alcanzar el triunfo social. El público vio un perfil lésbico en la energía de esta figura. Lo autobiográfico es más relevante todavía en *Hijos y amantes* (1913), historia de dos hermanos criados por una madre sobreprotectora y sus fracasos en la experiencia madura del amor. El relato ha sido juzgado como un *Bildungsroman*: una novela de la educación, al estilo alemán de *Wilhelm Meister* de Goethe, y en la cual Lawrence habría ajustado íntimas cuentas con la figura materna.

Pero ninguna de sus obras causó mayor polémica que *El amante de lady Chatterley* (1928), centro de una contienda que duró hasta 1960, cuando se liquidó un viejo ejercicio de censuras y prohibiciones y se autorizó la publicación. Constance Chatterley, unida a un marido aristócrata e impotente, vive el amor con un guardabosques que trabaja para el esposo. La novela reclama los derechos irreductibles del cuerpo y fue condenada como una intolerable apología del instinto. Lawrence, juez poco generoso del realismo europeo en general, decía admirar en cambio a los rusos, y reconocía

a Turguénef, Tolstoi y Dostoievski como sus maestros. Freud estaba también entre sus mentores y su modernidad consiste en buena parte, tal vez, en una deslumbrada investigación de lo inconsciente y el deseo. Por ella es todavía hoy –de algún modo– un escritor que no ha envejecido.

Las dos novelas breves reunidas en este volumen bastarán para revelar la complejidad de sus textos, mucho más ricos que la denuncia de una sociedad hipócrita o la proclamación de la libertad moral. Es cierto que el comienzo de *La mujer que se fue a caballo* (*A woman who rode away*) asoma a un matrimonio del que ya resta sólo un vínculo formal y vacío. Ella se casó soñando una aventura. Él, aunque la admiraba y hasta sentía pasión por ella, aunque era tan celoso de su mujer como de su mina de plata, siempre siguió siendo íntimamente soltero. Lo inquietaba y atraía “cierta extraña inaccesibilidad de su mujer.” La lejanía no era fruto de otra cosa sino de la exaltación que había en su pecho: un deseo de hallar la vida verdadera no demasiado diferente del que arrastra a otras mujeres de Lawrence a consumir el deseo sin medir consecuencias. El relato puede leerse como un buen ejemplo de la literatura sobre sitios y culturas exóticas, pues esta mujer insatisfecha se interna en una comunidad indígena de México. Pero se está muy lejos del libro de viajes del europeo sin ocupación precisa y más o menos curioso. Estas páginas ofrecen la imagen de un mundo mágico, ordenado en subordinación a fuerzas cósmicas. La socorrida y tranquilizadora razón de las sociedades occidentales deja paso al hechizo de un tiempo detenido en el misterio. Vida y muerte dialogan en un continuo que se instala en los seres, para trascenderlos de cualquier vivencia limitada. El desnudo y el sexo cobran significaciones asombrosas y la pequeña novela muestra hasta dónde maneja Lawrence, con ejemplar habilidad, las tensiones internas del relato.

El hombre que murió (*The man who died*) es, probablemente, la novela más poderosa y desconcertante del volumen. No resulta difícil imaginar cuánto rechazo pudo generar, en la Inglaterra puritana, esta visión de Cristo vuelto

a la vida sin haber hallado plenitud alguna en el dar todo de sí. Su dolor no ha redimido a nadie y no lo ha salvado siquiera de sí mismo. Magdalena –“la necesidad de dar sin límites estaba en ella”– apunta amargamente al centro cuando le pregunta: “¿Has vuelto para ti solo?” El relato celebra por todas partes el poder de la vida, encarnado en ese gallo simbólico que no quiere estar atado, y a quien “el hombre que murió” libera al fin, para que goce su triunfo, mientras él mismo sigue hundido en la náusea. Al resucitado le falta embriagarse “con la maravillosa y traspasadora trascendencia del deseo”. Especialmente sensible ante la omnipotencia de la vida, Lawrence se demora en brillantes cuadros descriptivos. Como un poeta, transmite la belleza de paisajes y celajes, de la brisa entre los árboles y las aguas que corren, de los aromas y colores. Lo sagrado no podría excluir, en él, la suficiencia del mundo. Y sólo después de apropiarla podría volver al Padre –íntegramente humano– este casi enteramente exento y pagano hombre que murió.

Jorge Albistur

Índice

La mujer que se fue a caballo	5
El hombre que murió	47
D.H. LAWRENCE.....	107